VI

Despidióse Guillermina en la puerta de la casa, para ir al asilo, y él subió. ¡Cosa más rara! Apenas se cansaba al [illegible] la escalera. Sentíase muy bien aquella mañana, el espíritu confortado, la palpitación muy adormecida, el apetito despierto. Al entrar en su casa, pidió más té, y mientras [illegible]m se lo servía, le dijo:

"Mañana nos vamos. Haz el equipaje. Tengo que llamar a varios amigos. Luego voy en busca de Estupiñá, y le digo que me haga el favor de venir, para que traiga de las tiendas algunas cosillas. No puede uno ir de España á Inglaterra, sin llevar [illegible] de pan-deretas y abanicos para los amigos."

Luégo siguió hablando consigo mismo: "Es un mareo. Si no lleva usted panderetas con figuras de toros, chulos ó otras porquerías así, se lo comen vivo. Veremos si encuentro algunas acuarelas. También [illegible] monas, y trataré de encontrar algún cacharro de carácter. No hay peor calamidad que ser amigo de coleccionistas." Estupiñá se presentó dispuesto á llevarle todo el contenido de las tiendas de Madrid para que escogiese. Panderetas de las más abigarradas, abanicos y algunos cuadritos fueron llegando sucesivamente en todo el trascurso del día, y Moreno escogía y pagaba. Aquello le entretuvo agradablemente, y se reía pensando en la felicidad que iba á repartir entre [illegible] amistades londonenses. Esta suerte de picas con el caballo pisándose las tripas está pintiparada para las de Simpson, que son tan marimachos. Esta pandereta, con la chula tocando la guitarra, para miss Lincoln. Si ella viera los originales, ¡qué desilusión! Esta pareja del andalúz á caballo y la maja en la reja pelando la pava, para la sentimental y romancesca *mistress* [illegible], que pone los ojos en blanco al hablar de España, el país del amor, del naranjo y de las aventuras [illegible]... ¡Ah! este D. Quijote reventando á cuchilladas los cueros de vino, para el amigo [illegible], que llama á D. Quijote don *Cuiste*, y se las da de hispanolito... Bien, bien. De cacharros estamos [illegible] Estos botijos son horribles. Toda la cerámica moderna no vale dos cuartos. A ver, Estupiñá, ¿serías tú capáz de buscarme un vestido de torero completo?... Lo quiero para un amigo que sueña con ponérselo en un baile de trajes... Estará hecho un mamarracho. Pero á [illegible] no importa. ¿Podrás buscármelo?

—Pues ya lo creo—dijo Plácido, para quien no había nunca dificultades tratándose de compras.—¿Usado ó sin usar?

—Hombre, sin usar. En fin, como lo encuentres...

Salió Estupiñá como [illegible], á quien su amo tenía también ocupado en la busca de ciertos encargos. Tom se había aficionado mucho á los toros; no perdía corrida, y entre sus amigos contaba á varios [illegible] del arte del cuerno. Por esto le dió [illegible] el encargo de buscarle alguna moña, de las que guardan los aficionados como venerandas reliquias, y convenía que [illegible] manch[illegible] de sangre y [illegible] pisotead[illegible], con señales de la trágica brega. Muy desconsolado entró el inglés, diciendo que no encontraba moñas ni aun ofreciendo por ellas un ojo de la cara.

"Mira, chico [illegible]—le dijo su amo,—no te apures. Puesto que no se encuentran moñas, llevaremos otra cosa. Has visto por ahí, en el Prado y Recoletos, un [illegible] que lleva una cesta y en ella puestos en cañas, formando como un gran árbol, multitud de molinillos de papel dorado y plateado y de todos colores... ¿sabes? molinillos que dan vueltas con el viento, y que compran los niños por dos ó tres peniques. Pues tráete una docena, los llevamos y decimos que esas son las moñas que se les ponen á los toros cuando salen á la plaza, brrrr... [illegible] reventar al mundo entero con aquellos cuernos tan afilados... Y se lo creen... Si conoceré yo á mi gente.

Tom se reía; pero en su interior rechazaba aquella supercheria por dos móviles de conciencia, el movil de la rectitud inglesa y el de la formalidad de aficionado á toros. Con el fraude propuesto por su amo se cometían dos graves faltas, engañar á una nación y ultrajar el respetable arte de la Tauromaquia, el verdadero *sport* trágico. No sé que se decidió de esto creo que Tom se echó otra vez á la calle decidido á revolver medio mundo, y aun me parece que á la tarde fué con el cuento de que esperaba obtener alguna moña para el día siguiente. En tanto Estupiñá llenaba la casa de abanicos y panderetas, y Moreno escogía y pagaba, entreteniéndose luego en envolverlos en papeles y en ponerles rótulos con el nombre del destinatario.

80
quiries ij y no te de—

M.C.D.2020

13º

3ª

resuelto

Había ~~decidido~~ hacer ~~visitas~~ muy pocas visitas de despedida, pretextando el mal estado de su salud. Después de almorzar bajó al escritorio, y se ocupó en liquidar y poner en claro su cuenta personal. No ~~se ocupaba ya de~~ ningún negocio; y el trabajo de banca, que en otro tiempo le había gustado tanto, aburríale ya. Pero aquel día pareció que se le despertaban las aficiones, porque habló largamente con Ruíz Ochoa ~~de negocios~~, recomendándole no dejase de interesarse en alguna subasta de pastas de oro para el Banco. "Me parece que este año he de comprar algún oro... Bien podeis andar aquí con mucho pulso en eso de acuñar tanta plata, porque este metal va para abajo y ha de ir mucho más. Al precio que tienen aquí las libras, vale más expedir oro, y por mi parte, me he de llevar todo el que pueda." En esto entró Ramón Villuendas, preguntando á cómo tomaban las libras, y la conversación vino á recaer sobre el mismo tema. El estaba mandando oro y más oro...

intervenía en

de negocios

d

"Este pico, dárselo á Guillermina—dijo Moreno al ver ~~en la cuenta que se le presentó~~ un sobrante con que no contaba. ~~Yo tengo bastante con las tres mil pesetas oro. Ponedme las letras de libras en un sobre fuerte con una nota bien clara de las cantidades y de los~~ ~~Con el oro, hacedme paquetes de doscientos duros, y llevaré los que pueda.~~

de alquileres de sus casas,

Entraron otras personas y se habló de muy diferentes cosas. Mientras duró aquella conversación, pensaba Moreno si iría ó no á despedirse de los de Santa Cruz. Si no iba, se ofendería quizás su padrino, y ~~[illegible]~~ podían sobrevenirle contrariedades mayores, inclusa la de arrepentirse del viaje y aplazarlo. ~~Por fin hubo de [illegible] que debía ir. ¿A~~ qué hora? ¿A la de comer? ~~Esto no se atrevió á decidirlo~~ y de vuelta á su casa, estuvo discurriendo un largo rato sobre ~~[illegible]~~. "Tomada una resolución—se dijo,—lo mejor será que no la vea más en

yendo,

...No había mas remedio que ir. Pero á

Titubeaba, aquel problema de la hora.

carne y hueso, porque lo que es en idea, viéndola estoy á todas horas. ¡Qué chiquillo me he vuelto! [illegible] á la hora en que están de paseo. Y padrino puede que esté en casa. ¿Qué hora es? Caramba, pues ahora ó nunca... Tomando su sombrero, salió. Al subir la escalera de la casa, se cansaba otra vez horriblemente. Su malestar era puramente ilusoria. "Es que en ninguna escalera me canso como en la de esta maldita casa... Siempre que la subo, parece que voy á echar el último aliento... Ya estoy arriba. Gracias á Dios."

Como presumía, D. Baldomero acababa de entrar. Las señoras no habían venido todavía. Habló con su padrino, y por más que éste le rogó que se quedase á comer, no quiso aceptarlo. Díjole que comería en su casa y que se acostaría temprano para descansar antes de emprender el viaje. Pensaba hacerlo de un tirón, no deteniéndose en París más que horas. "Vas á llegar muy molido—le dijo Santa Cruz, apretándole las dos manos.—¿Pero qué prisa tienes? Bárbara y Jacinta no pueden tardar." Moreno estaba impaciente por retirarse antes de que las señoras volvieran. D. Baldomero no quiso darle el abrazo de despedida. "Si hemos de vernos mañana..." y salió con él hasta la puerta. De allí fué el misántropo á una tienda de la Plaza Mayor á [illegible] se había acordado hasta entonces de que tenía que llevar también unas mantas granadinas. Allí estuvo un cuarto de hora, y el tendero le dijo que le mandaría con Plácido lo mejor que tenía para que escogiese. Ya no se veía bien, y valía más que el señor examinase el género de día. Así se convino y se volvió á su casa. Al entrar en el portal sintió un golpecito en el hombro. Era Jacinta que le pegaba un paraguazo. Quedóse el buen señor como si le hubieran pegado un tiro. Quiso hablar y no pudo. Jacinta le cogió del brazo para subir, y [illegible] antes de llegar al primer escalón, ya había

5ª

Y dicho lastimeras palabras, de los labios de Moreno no había salido ni una siquiera.

"¿Con que al fin se va usted?

—Al fin. Ya era tiempo...

—Pero qué, ¿se cansa usted mucho hoy...? Pues vamos despacito, todo lo despacio que usted quiera... ¡Ah! ya me ha contado Guillermina que hoy estuvo usted muy santito... Así me gusta á mí la gente.

—¿Por qué no fué á verme?... Estaba yo más salado...

—Si no lo sabía. Vuelvo usted mañana.

—¿De veras que va usted á ir á verme?... Se reirá usted de mí.

—¡Reirme! Qué cosas se le ocurren. Iré á tomar ejemplo.

—¿A que no va usted?

—¿A que sí?

—Pues allí me tendrá haciéndole la compañía á Estupiñá... Verá usted, verá usted... cada día más.

—¡Cada día! ¿Pero no se va usted mañana?

—Es verdad, no me acordaba... Bueno, pues no me iré.

—Eso no; le conviene á usted marcharse, y allí...

—Allí no vale.

—¿Cómo que no vale?

—No ve usted que allá me cogen por su cuenta unas amigas protestantes que tengo, y que quiera que no, me tan á catequizar... Usted tendrá la culpa, sobre su conciencia va. ¿Conque me quedo ó me voy?

—Pues con esa responsabilidad tan grande no me atrevo á aconsejarle. Haga usted lo que le parezca mejor... Vaya, por fin llegamos. ¿Se ha cansado usted mucho?

—Un poquitito... pero con usted siempre contento. ¿Quiere usted volver á bajar?

—¿Otra vez?

—Sí, para volver á subir... Como si quisiera usted ir al cuarto piso.

—No me lo perdonaría, si usted me acompañaba, fatigándose tanto.

Entraron, y Jacinta se metió en el cuarto de

Guillermina Moreno entró en su suyo y se dejó caer en el sofá, echándose el sombrero para atrás. Pensaba descansar un ratito y pasar luégo á la habitación de Guillermina, "No, no paso; no quiero verla más. ¿Para qué atormentarme? Se acabó [illegible] Al poco rato sintió que Jacinta salía, y acercóse á la puerta con ánimo de verla. Pero no pudo ver nada. Aquella parte de la casa había muy poca luz. Sólo columbró un bulto, una sombra y pudo oir dos ó tres palabras que se dijeron al despedirse. Guillermina fué entonces al cuarto de su sobrino, y hallóle dando vueltas en él. "¿Qué tal te encuentras, —le dijo con mucho cariño.

—Regular, casi bien... Espero dormir esta noche.

—Recójete temprano.

—Eso pienso hacer... y mañana... Oye una cosa, ¿no te ha dicho Jacinta que mañana pienso volver á San Ginés?

—No, no me lo ha dicho.

—¿No te ha dicho que ella iría á verme devoto?

—No... no hemos hablado una palabra de tí.

—¿Ni dijo que había subido conmigo y que...?

—N... nada.

Moreno sintió que la horrible pulsación de su pecho se mezclaba una ida glacial. En aquel punto tuvo que sentarse, porque le flaqueaban las piernas, y se le desvanecía la cabeza.

"[illegible] Yo vendré á llamarte. Se entiende si pasas buena noche.

—Iremos á pasar un rato—dijo Moreno de una manera lúgubre,—y á echarle á mi desesperación una hora de esparcimiento, como se le echa carne á una fiera para que no muerda.

—Si tú le pidieras al Señor... pero bien pedido... que te curara esos esplines, prémelo, te los curaría... Pídeselo ¡si sabré yo lo que me digo!

—¿Qué has de saber tú?... ¿Qué has de saber lo que hay de la otra parte?

—¿Ahora sales con eso?... Tú podrás haber perdido parte de la fé; pero toda no se pierde nunca. Esas cosas se dicen sin creer en ellas por fatuidad. Con todas tus bromas, si te rascan, aparece el creyente...

—No, tonta, yo no creo en nada, en nada, en nada—le dijo Moreno con énfasis, complaciéndose en mortificarla.

—Todo sea por Dios... Bueno, lo veremos. Entonces, ¿para qué vienes conmigo á la iglesia?

—Toma, por distraerme un rato, por verte á tí, por ver á Estupiñá, figuras raras de la humanidad, por ver tipos de carácter, como todo esto que yo llevo á Londres para los que gustan lo característico y lo real.

Guillermina daba suspiros. No quería incomodarse.

"Para rarezas tú..."—dijo echándose á reir.

—A tí sí que te debían enseñar por las ferias... *á dos reales, un real los niños y soldados.* Cree que ganaba dinero el que te expusiera.

—Con un cartelón que dijese: "se enseña aquí el hombre más desgraciado del mundo."

—Por su culpa, por su culpa, hay que añadir eso. Ser desgraciado y no volver los ojos á Dios, es lo último que quedaba que ver. Eso es, bruto, encenégate más; hazte más materialista y más gozón, y á ver si te sale la dicha... Pues que dices que la paz del alma está en andar viajando por todos los ferrocarriles del mundo. Bonita paz y bonita vida. Eres un soberbio, un tonto... Mira, sobrino, me voy, porque si no me voy te pego con tu propio bastón.

Moreno estaba tan abstraído que ni siquiera la sintió salir.

VI

Comió con regular apetito en compañía de su hermana y de Guillermina, que le repitió muy en broma las cosas que le había dicho poco antes. Al levantarse de la mesa, dijo á su tía que había dado orden en el escritorio de que le entregaran el resto de su cuenta corriente, con cuya noticia se puso la fundadora más contenta que unas castañuelas, y no pudiendo contener su alegría, se fué derecha á donde estaba en una butaca, y le dijo: "¡Cuánto tengo que agradecer á mi querido ateo de mi alma! Sigue, sigue dándome esas pruebas de tu ateismo, y los pobres te bendecirán... ¿Ateo tú? ¡Ni aunque me lo jures lo he de creer!„ Él se sonreía tristemente. Tal entusiasmo le entró á la santa, que le dió un beso... "Toma, perdido, masón, luterano y anabaptista; ahí tienes el pago de tu limosna. Yo soy así.„

Sentíase él tan propenso á la emoción, que cuando los labios de la santa tocaron su frente, le entró una leve congoja y á punto estuvo de llorar. Él estrechó ligeramente contra su pecho, diciéndole: "Es que lo uno no quita lo otro, y aunque sea incrédulo, quiero tener contenta á mi *rata eclesiástica*, por lo que pudiera tronar. Supongamos que hay lo que yo creo que no hay... podría ser... Entonces mi querida *rata* se pondría á roer en un rincón del cielo para hacer un agujerito, por el cual me colaría yo...

—Y nos colaríamos todos—dijo la hermana de Moreno, gozosa, pues le hacían mucha gracia aquellas bromas.

—Vaya si le haré el agujerito—dijo Guillermina.—Roe que te roe me estaría yo un rato de eternidad, y si Dios me descubría y me echaba una peluca, le diría: "Señor, es para que entre mi sobrino, que era muy ateo... de jarabe de pico pero me daba para los pobres.„ El Señor se quedaría pensando un rato, y diría: "Vaya, pues que entre sin decir nada á nadie.„

A las diez estaba Moreno en su habitación, disponiéndose para dormir. "¿Se te ofrece algo? —le dijo su hermana.

—No. Trataré de dormir... Mañana á estas horas estaré oyendo cantar el *botijo e leche*. ¡Qué aburrimiento!

—Pero, hombre, ¿qué más te da? Con no comprárselo, si no te gusta... Si esa pobre gente vive de eso, déjalos vivir.

—No, si yo no me opongo á que vivan todo lo que quieran—replicó Moreno con energía.—Lo que no quita que me cargue mucho, pero mucho, oir el tal pregón...

—Vaya por Dios... Otras cosas hay peores y se llevan con paciencia.

Después Tom, y de Moreno Guillermina con la misma cantinela: "¿Quieres algo? A ver si te duermes, que no es mal ajetreo el que vas á llevar mañana. Mira de París telegrafías, para que sepamos si vas bien...„

y volvía: "Lo que es mañana no te llamo. Necesitas descanso. Tiempo tienes, hombre, tiempo tienes de darte golpes de pecho. Lo primero es la salud.

—Esta noche sí que voy á dormir bien—con esa esperanza de enfermo que es gozo empapado en melancolía.—No tengo sueño; pero siento dentro de mí un cierto presagio de que voy á dormir.

—Y yo voy á rezar por que descanses.—Verás, verás tú. Mientras estés allá rezaré tanto por tí, que te has de curar, sin saber de donde te viene el remedio. Lo que menos pensarás tú, tontín, es que la *rata eclesiástica* te ha tomado por su cuenta y te está salvando sin que lo adviertas. Y cuando te sientas con alguna novedad en tu alma y te encuentres de la noche á la mañana con todas esas ateas bien curadas, dirás "¡milagro, milagro!„ y no hay tal milagro, sino que tienes el padre alcalde, como se suele decir. En fin, hijo, no te quiero marear, que es tarde... Acuéstate prontito y duérmete de un tirón siete horas!

Le dió varios palmetazos en los hombros, y él la vió salir con desconsuelo. Habría deseado que le acompañase algún tiempo más, pues sus palabras le producían mucho bien.

M.C.D.2020

—Oyé una cosa... Si quieres llamarme temprano, hazlo... Yo te prometo que mañana estaré más formal que hoy.

—Si ~~te encuentro~~ despierto, entraré. Si no, no—dijo Guillermina volviendo.—Más te conviene dormir que rezar. ¿Necesitas algo? ¿Quieres agua con azúcar?

—Ya está aquí. Retírate, que tú también has de dormir. Pobrecilla, no sé cómo resistes... ¡Vaya un trabajo que te tomas!...

Iba á decir "¿y todo para qué?„ pero se contuvo. Nunca le había sido tan grata la persona de su tía como aquella noche, y se ~~sentía como~~ atraído hacia ella por fuerza irresistible. Por fin se ~~retiró~~ la santa, y á poco ~~entró el criado~~ á quien su amo mandó que se retirara. "Me acostaré dentro de un ratito—dijo el caballero; —pues aunque ~~me parece~~ que he de dormir, todavía no tengo ni pizca de sueño. Me sentaré aquí y revisaré ~~los encargos~~, á ver si no me ~~he equivocado en algún rótulo~~... ¡Ah! cuidado, ~~cómo te~~ olvidaba las mantas. La hermana de Morris se enfadará si no llevo algo de mucho carácter...„ La idea de las mantas llevó á su mente por encadenamiento ~~otras ideas, y con ellas~~ el recuerdo de algo que había visto aquella tarde. Al ir á la tienda de la Plaza Mayor en busca de aquel original artículo, había tropezado con una ciega que pedía limosna. Era una muchacha acompañada por un viejo ~~que tocaba~~ la guitarra y cantaba jotas con tal gracia y maestría, que Moreno no pudo menos de detenerse un rato ante ella. Era horriblemente fea, andrajosa, fétida, y al cantar parecía que se le salían del casco los ojos cuajados y ~~deformes~~. Tenía la cara llena de ~~costurones~~ de viruelas. Sólo dos cosas ~~bellas~~ había en ella: los dientes, que eran blanquísimos, y la voz, pujante, argentina, con vibraciones de sentimiento y un dejo triste que llegaba al alma. "Esto sí que tiene carácter„ pensaba Moreno oyéndola, y durante un rato estuvo encantado oyendo aquellas cadencias graciosas, aquel gorjeo amoroso. La letra era tan poética como la música.

Moreno había echado mano al bolsillo para sacar una peseta. Pero le pareció mucho y sacó dos peniques, digo, dos piezas del perro, y se fué.

Pues aquella noche se le representó tan al vivo la muchacha ciega, y su fealdad y su [illegible] bonito, que le parecía estarla viendo y oyendo. Sobre todo la música despertó en su cerebro [illegible] que la ilusión [illegible] realidad. Y la jota esparcía por toda [illegible] una tristeza infinita, pero que al propio tiempo era tristeza consoladora, [illegible] bálsamo que se extendía suavemente [illegible] por una mano [illegible] "Debí darle la peseta—pensó Moreno, y esta idea le produjo un sentimiento indecible. Era tan grande su susceptibilidad nerviosa, que todas las impresiones que recibía eran intensísimas, y el gusto ó pena que de ellas emanaban, [illegible] lo más hondo. Sintió como deseos de llorar... Aquella música vibraba en su alma, como si ésta [illegible] cuerdas armoniosas. Después alzó la cabeza y se dijo: "¿Pero estoy dormido ó despierto? De veras que debí darle la peseta. Si mañana tuviera tiempo, la buscaría para dársela.

El reloj de la Puerta del Sol dió la hora. Después Moreno advirtió el profundísimo silencio que le envolvía. [illegible] idea de la soledad sucedió en su mente á las impresiones musicales. Parecíale que no existía nadie á su lado, que la casa estaba desierta, el barrio desierto, Madrid desierto. Miró un rato la luz, y [illegible] otras ideas acudieron á su mente. Eran las ideas principales, como si dijéramos las ideas inquilinas, palomas que regresaban al palomar después de pasearse un poco por los aires. "Ella se lo pierde...„—se dijo con cierta convicción enfática.—Y en el desdén se lleva la penitencia, porque no tendrá nunca el consuelo que desea... Yo me consolaré con mi soledad, que es el mejor de los amigos. ¿Y quién me asegura que el año que viene, cuando vuelva, no la encontraré en otra disposición? Vamos á ver... ¿por qué no había de ser así? Se habrá convencido de que amar á un marido como el que tiene es contrario á la naturaleza, y su Dios, aquel buen Señor que está acostado en la urna de cristal, con su [illegible] de brocado finísimo, aquel mismo Dios amigo de Estupiñá, le ha de aconsejar que me quiera. ¡Oh! si el año que viene

M.C.D.2020

vuelvo... en Abril ya estoy andando para acá. Ya verá mi tío si me vuelvo yo místico, y tan místico, que dejaré tamañitos á los de aquí... ¡Oh!... mi niña adorada bien vale una misa. Y entonces gastaré un millón, dos millones en construir un asilo benéfico. ¿Para qué dijo Guillermina? ¡Ah! para locos; sí, es lo que hace más falta... y me llamarán la *Providencia de los desgraciados*, y pasmaré al mundo con mi devoción... Tendrémos uno, dos, muchos hijos, y seré el más felíz de los hombres... Le compraré al Cristo aquel tan lleno de cardenales una urna de plata... y...

Se levantó, dos ó tres pasos, volvió á sentarse junto á la mesa donde estaba la luz, porque había sentido una opresión irresistible. Las pulsaciones que un instante cesaron, volvieron con fuerza abrumadora. ¡Qué mal me siento... pero esto pasará, y me dormiré. Esta noche voy á dormir muy bien... Ya va pasando la opresión. Pues sí, en Abril vuelvo, y para entonces tengo la seguridad de que...

Tuvo que ponerse rígido, porque desde el centro del cuerpo le subía por el esófago un bulto inmenso, una ola, algo que le cortaba la respiración. Alargó el brazo como quien acompaña del gesto una expresión; pero la expresión no salió de sus labios. La onda subía, la sintió pasar por la garganta y subir, subir siempre. Dejó de ver la luz. Puso ambas manos sobre el borde de la mesa, é inclinando la cabeza, apoyó la frente en ellas exhalando un gemido. Dejóse estar así, inmóvil, mudo. Y en aquella actitud de meditación y tristeza, expiró aquél infeliz hombre. La vida cesó en él sin que produjera dolor ni conmoción alguna. Se desprendió de la humanidad como cae del árbol la hoja completamente seca, sólo sostenida por fibra imperceptible. El árbol no sintió nada en sus inmensas ramas. Por aquí y por allí caían en el mismo instante hojas y más hojas inútiles; pero la mañana próxima había de alumbrar innumerables pimpollos, frescos y nuevos.

Ya de día, Guillermina se acercó á la puerta y aplicó su oido. No sentía ningún rumor. No había luz. "Duerme como un bendito... Buen disparate haría si despertara..." Y se alejó de puntillas.

13

Disolución

III

I

A mediados de Noviembre, Fortunata estaba algo desmejorada. Ballester ~~la observaba y~~ decía para sí: "Cuando digo yo que me debía querer á mí en vez de consumir su vida por ese ~~danzante~~. ¡Qué mujeres estas! Son como los burros, que cuando se empeñan en ir al borde del precipicio, primero los matan á palos que tomar ~~[illegible]~~ camino. ~~Tendremos paciencia y esperaremos, que ella vendrá por sus pasos contados.~~"

Desde la rebotica, donde estaba trabajando, la vió pasar por la calle: "Allá va la nave... Siempre tan puntual á la cita. Doña Lupe furiosa, el pobre ~~Maxi rematado~~, y esta paloma volando al tejado del vecino. ¡Qué lejos está ella de que le he descubierto el escondrijo! Trabajillo me costó; pero me salí con la mía. Y no es que me proponga delatarla... cosa impropia de un caballero como yo. Hágolo para mi gobierno. Yo soy así; me gusta seguir los pasos de la persona que me interesa... De seguro que al volver ~~de la cita~~ entra por aquí... ¡Ah! qué memoria la tuya, Segismundo; ya no te acordabas de que para hoy le prometiste tener hechas las píldoras de *hatchisschina*, que le quieren dar al pobre Maxi, á ver si le levantan y aclaran un poco aquellos espíritus tan entenebrecidos. ~~Por cierto que el ensayo me parece un lujo... este alcalóide es de los que cuestan un riñón, y francamente, para lo que le ha de hacer... ¿No valdría más que hiciera las píldoras con puro almidón y regalíz...? Pero no, tengamos conciencia.~~ Vamos á ello, y que la alegría más expansiva y la más placentera ilusión de vida *(sacando de un armario el frasco del alcaloide)* iluminen ~~el cerebro~~ de mi desgraciado amigo, á la acción de este precioso excitante."

Dos ó tres horas después de esto, Fortunata entró en la botica. ~~Ballester~~ observó ~~[illegible]~~

Observándola,

~~botarate~~ botarate.

Otro

ita

Rubin ido,

del tortoleo

extracto de cañamo indiano.

el cacúmen

aba

El farmacéutico ~~regente~~

presión de su semblante consternación. Sin duda tenía una pena grande, grande, horrible, de esas que no pueden expresarse sino con la imagen retórica de una espada traspasando el pecho. "Amiga mía—le dijo Ballester,—no tema usted que la mortifique con consuelos vulgares. Usted padece hoy, y no es cosa de poco más ó menos, sino alguna tribulación muy gorda lo que usted tiene dentro. No, no me lo niegue. Su cara de usted es para mí un libro, el más [illegible] de los libros. Leo en [illegible] todo lo que á usted le pasa, y hoy le ha pasado á usted algo que afecta terriblemente á su corazón. No valen evasivas. Ni pretendo que usted me confíe sus penitas, hasta que no se convenza de que el médico llamado á curárselas soy yo.

—Vaya, Ballester—dijo Fortunata con malísimo humor.—No estoy ahora para bromas.

—Lo creo, l[illegible]... Tiene usted el corazón como si se lo estuvieran apretando con una soga...

—¡Ay! sí... sí—exclamó con espontaneidad la joven, á quien faltaba poco para echarse á llorar.

—Y usted ha llorado, porque los ojos lo están diciendo.

—Sí, sí... pero déjese de tonterías y no se meta en lo que no le importa. Está usted hoy muy agudo.

—*Siempre lo fué Don García.* Para otras personas tendrá usted secretos, para mí no. Sé de dónde viene usted. Sé la calle, numero de la casa y piso... Y si me apura, sé lo que ha ocurrido. Desazón, que si tú, que sí yo; que no me quieres, que sí, que tira, que afloja, que vira, que vuelta; que me engañas, que no, que tú más, y hemos concluído, y adios, y [illegible] lágrimas.

La señora de Rubín dejó caer su cabeza sobre el pecho, dando un chapuzón en el lago negro de su tristeza. Ballester la miraba sin osar decirle nada, respetando aquel dolor que

por lo muy grande no podía disimularse. Por fin, Fortunata, como quien vuelve en sí, se levantó de la silla, y le dijo:

"Esas píldoras, ¿las ha hecho usted?

—Aquí están (entregándole la cajita). Y á propósito, á usted no le vendrá mal tomarse una.

—¿Yo?... Lo mío no va con píldoras... Quédese usted con Dios; me voy á mi casa.

—Consolarse—le dijo Segismundo en la puerta.—La vida es así; hoy una pena, mañana una alegría. Hay que tener calma, y tomar la vida como viene, y no ligar todo nuestro sér á una sola persona. El mundo es grande, y cuando una vela se acaba, debe encenderse otra... Conque tengamos valor, y aprendamos á despreciar... Quien no sabe despreciar, no es digno de los goces del amor... Y por último, querida amiga mía (apretándole la mano), ya sabe que estoy á sus órdenes, que tiene en mí el más rendido de los servidores para cualquier cosa que se le ocurra, amigo diligente, reservadísimo, buena persona... Abur.

Fortunata subió á su casa. Doña Lupe no estaba, porque aquellos días iba infaliblemente á las subastas del Monte de Piedad, donde daba un salto á la casa de Torquemada. Maximiliano permanecía largas horas en su despacho ó en la alcoba, sin salir ni siquiera á los pasillos, sumergido en una meditación que más bien parecía somnolencia, por lo común echado en el sofá, la vista fija en un punto del techo, al modo de penitente extático y visionario. No molestaba á nadie; ni siquiera daba guerra para resistirse á tomar alimento ó medicinas, pues sometía silenciosamente á cuanto se le mandaba, como si dominante, en aquella fase del proceso encefálico, fuera la anulación deliberada de la voluntad, el ser nada para llegar á serlo todo. Siendo el desdichado joven como un durmiente, y estando Papitos en la cocina, Fortunata se consideraba sola en la casa. Fué de

una parte á otra, buscando una ocupación que la distrajera y consolara. Imposible. Mientras más trabajaba, con más energía y ~~[illegible]~~ re~~[illegible]~~á su mente lo que le había pasado aquella mañana.

"Yo me voy á volver loca—se dijo poniéndose á mojar la ropa.—Más loca estoy ~~[illegible]~~ que el pobre Maxi, y ~~lo de hoy~~ me acabará de rematar.//

Sin que se interrumpiera la acción mecánica, el espíritu de la pobre mujer reproducía fielmente la escena ~~de aquella mañana~~, con las palabras, los gestos y ~~[illegible]~~ significantes del diálogo. En medio de la reproducción iban colocándose, como anotaciones, los comentarios que se le ocurrían. El trabajo de su cerebro era una calenturienta y dolorosa mezcla de las funciones del juicio y de la memoria, revolviéndose con desorden y ~~[illegible]~~ándose unas á otras aquella claridad de relámpago que despedían.

17

"Tontería grande fué decir aquello... Él está hace tiempo muy frío, y como deseando volver á romper. Cansado otra vez, cansado; y allá por Junio, sí, bien me acuerdo de aquel día de Corpus, me decía que nunca más me dejaría, que se avergonzaba de verme abandonado dos veces, y qué sé yo cuántas cosas más dijo... Lo que hace ahora es buscar un pretexto para mandarme á pasear... ¡Cristo! qué cara me puso cuando le dije aquello... "No seas bobito, ni fíes tanto en la virtud de tu mujer. ¿Pues qué te crees? ¿Que no es ella como las demás? Para que lo sepas; tu mujer te ha faltado con aquel señor de Moreno, que se murió de repente, una noche en su cuarto. Lo sé, lo sé, y te lo puedo probar. La suerte tuya fué que se murió el tal, porque se [redacted] corazón de la fuerza del querer... Créete, como Dios es mi padre, que la *mona del Cielo* le quería también, y tenían sus [redacted]tas... no sé dónde... pero las tenían. Tan listo como eres, y á tí también te la dan..." ¡Bendito Dios, qué cara me puso! ¡Ah! el amor propio, la soberbia que tiene le salían á borbotones por la boca...

Fortunata sentía claramente en su oído la vibración de aquellas palabras que la habían hecho extremecer, que la [redacted] todavía, porque las palabras se repetían sin cesar como la pieza de una caja de música, cuyo cilindro sonada la última nota, da la primera. "¿Pero qué te has figurado, que mi mujer es como tú? ¿De dónde has sacado esa historia infame? ¿Quién te ha metido en la cabeza esas ideas? Mi mujer es sagrada. Quien ponga en duda su rectitud, sea quien sea, no sabe lo que se dice. Mi mujer no tiene mancilla. Yo no la merezco á ella, pero la quiero, entiéndelo bien. Mi mujer, entiéndelo bien, está muy por encima de todas las suposiciones. Tengo en ella una fé absoluta, ciega, y ni la más ligera duda pue-

de molestarme. Es tan buena, que sobre serme fiel, siempre que hablamos me entrega todos sus pensamientos para que yo los examine. ¡Ojalá pudiera yo entregarle los míos! Yo no la merezco, reconozco que no la merezco, y ahora, cuando tú me dices lo que has dicho, me veo tan por bajo de ella, que no puede ser más. Tú misma me estás castigando con eso de decirme que mi mujer es como tú, ó que en algo puede parecerse á tí. No me castigas porque me demuestras la diferencia; te comparo con ella, y si pierdes en la comparación, échate á tí la culpa... Para concluir, si vuelves á pronunciar delante de mí una palabra sola referente á mi mujer, cojo mi sombrero... y no vuelves á verme más en todos los días de tu vida.„

Comentario: "¡Y yo que me había hecho la ilusión de que no era honrada, para salir ahora con que no tengo más remedio que confesar que lo es! ¡Habrá visto visiones Aurora! Lo asegura de un modo que no sé... Puede que se equivoque... Puede que el caballero ese estuviera prendado de ella; eso no quiere decir que ella pecase ni mucho menos...

Otra vez sentía retumbar en su oído las tremendas palabras de *aquél*: "Si vuelves á pronunciar delante de mí, *etc...*„ Y el comentario parecía producirse en el cerebro paralelamente á la repetición de la filípica: "¡Ah! tuno, no hablabas antes de ese modo. En Junio, sí, bien me acuerdo, todo era *te quiero* y *te adoro*, y bastante que nos reíamos de la *mona del Cielo*, aunque siempre la teníamos por virtuosa. Que es sagrada, dices. ¿Entonces, para qué la engañas? ¡Sagrada! Ahora sales con eso. *Cojo mi sombrero y no me vuelves á ver...* Eso es lo que tú quieres hace tiempo. Estás buscando un motivo, y te agarras á lo que dije. Dice que no tiene mancilla. Bueno, chica, que no la tenga... Y á mí qué. *Te comparo con ella, y si pierdes en la*

comparación, échate á ti misma la culpa. Eso es decirme que soy un trasto, que yo no puedo ~~ver virtud~~ aunque quiera... ¡Cómo me requemaba oyendo esto y cómo me requemo ahora mismo! Se me aprieta la garganta, y los ojos se me llenan de lágrimas. ¡Decirme á mí esto! A mí, que ~~no vivo más que~~ por él... Pero, Señor, ¿qué culpa tendré yo de que esa niña bonita sea ~~virtuosa~~. Hasta la virtud sirve para darme á mí en la cabeza. Ingrato.

Reproducción de algo que ella le había contestado. "Mira; no lo tomes tan á pechos. Podrá ser mentira ~~lo que te he dicho~~... Yo qué sé. No creerás que lo he inventado yo. Para que veas que no me gustan farsas contigo, eso que te incomoda tanto, ~~me lo ha dicho~~ Aurora..."

Y él: "Como yo la coja, le arranco la lengua. Es una víbora esa mujer, una envidiosa, una intrigante. Andate con cuidado con ella."

Comentario: "~~Verdaderamente, yo no debí decirle lo que dije~~. No se debe hablar mal de nadie sin estar segura de lo que se dice. Desde aquel momento no me volvió á mirar como me mira siempre. Le chafé su amor propio. Es como cuando se ~~dobla~~ un sombrero de copa, que no hay manera, por más que se le planche, de volverlo á poner como estaba. Esta si que no me la perdona. Perdona él todo; pero que le toquen á su soberbia no lo perdona. "¿Estás enfadado?"—"¡Si te parece que no debo estarlo...!"—"Hazte el cargo de que no he dicho nada."—"No puedo; me has ofendido; te has rebajado á mis ojos. Como tú no tienes sentido moral, no comprendes esto. No calculas el valor que se dan ó se quitan las personas ~~expresando una idea~~."—"No me digas esas cosas."—"~~No tiene remedio~~. Desde que oí aquello, estoy viendo á mi pobre mujer ~~calumniada por tí~~, la veneración que le tengo se aumenta, y veo otra cosa; veo lo miserable que soy al lado suyo; tú eres el espejo en que miro mi conciencia y te aseguro que me veo horrible."

Comentario: "Cuando toma este tonito, le pegaría... Eso es decirme que soy una indecente. Yo no puedo vivir así, Dios mío; esto es peor que la muerte."

Reproducción: "¿Te vas ya?"—"¿Te parece que es temprano todavía?" — "¿Vuelves el lunes?"—"No puedo asegurártelo."—"Ya empiezas con tus mañas."—"Tú sí que te pones pesada." — "No quiero disputar. Dime lo que quieras."—"Si rompemos, no me eches á mí la culpa, porque eres tú quien la tiene."—"¿Yo?" —"Sí, tú, por salir con alguna patochada ordinaria."—"Bueno; lo que quieras... Tú siempre has de tener razón... Adios."—"Hasta la vista."

Y al cabo de un rato, su mente salió de improviso con una idea nueva, expresada en medio de los ahogos de la desesperación, como un rayo que atraviesa las nubes y momentáneamente las ilumina, las quiebra con sus refulgentes dobleces. "¿Pero qué demonios es esto de la virtud, que por más vueltas que le doy no puedo cogerla y meterla en mí?"

Entonces advirtió que no había mojado la ropa. Su tarea estaba por empezar, y los rollos de camisas, y chambras y demás prendas delante de ella, muertos de risa, lo mismo que el barreño de agua. Papitos, que entró en el comedor con los cuchillos ya limpios, fué el choque que la hizo salir de su abstracción.

II

Pasaron días y la tristeza aumentaba. Doña Lupe no podía sacarle una palabra, y esto ponía á la buena señora como una cuerda muy tirante que necesitaba poco para saltar. "El mejor día tenemos aquí una marimorena, que ya ya... Ya la habríamos tenido, si no fuera por Maxi." Este proseguía completamente aplanado, en el seno de una indiferencia y aniquilación como de penitente budista. Sus palabras eran pocas, sus acciones maquinales, su iniciativa nula; donde le ponían allí se estaba. No parecía sufrir nada, y de tiempo en tiempo observaban esposa y tía en la boca del desdichado joven una sonrisa de beatitud, mientras modulaba algunas palabras que ni una ni otra podían entender.

El día de San Eugenio ~~iban~~ doña Casta ~~que fueran~~ de merienda al Pardo; pero las de Rubín no querían ni oir hablar de nada que á diversión se pareciese. Bueno tenían ellas el espíritu para meriendas. Fueron las *Samaniegas* con doña Desdémona Quevedo y otros amigos. Por la noche, doña Casta se empeñaba en que todas habían de comer bellota, de la provisión que trajo. Estaban (en casa de Rubín de tertulia) ~~sólo~~ faltaba Aurora, ~~y~~ Fortunata esperaba con ansia, y siempre que sentía pasos en la escalera, ~~iba~~ á la puerta para abrirle ~~en seguida~~ que llamase. Por fin llegó la ~~hija mayor de doña Casta~~, fatigadísima ~~porque aquel día había trabajado atrozmente~~. Los encargos en aquel mes eran considerables, las bodas aristocráticas menudeaban, y la pobre Aurora no podía desenvolverse. Como que por cumplir y hacer las entregas á tiempo se había traído alguna labor para trabajar en su casa. Velaría hasta las doce ó la una. Brindóse ~~Fortunata~~ á ayudarla, y con la venia de las dos ~~señoras~~ se fueron á la casa ~~de Aurora~~. Fortunata deseaba estar sola con su amiga para hablar largo y tendido sobre diferentes cosas.

Encendieron luz en el gabinete, y sobre una gran mesa que allí había, por el estilo de las mesas de los sastres, Aurora, sacando sus avíos, se puso á cortar y á preparar. Fortunata la ayudaba á desenvolver los patrones, á hilvanarlos sobre la tela. A cada momento se arrancaba Aurora del pecho una aguja enhebrada ó se la clavaba en él, pues el pecho era su acerico, y allí tenía también una batería de alfileres. Extendiendo sus miradas sobre los patrones, con atención de artista, cogiendo ora la aguja, ora las tijeras, ya inclinada sobre la mesa, ya derecha y mirando desde lejos el efecto del corte; moviendo la cabeza para obtener la oblicuidad de la mirada en ciertas ocasiones, empezó á charlar, arrojando las palabras como un sobrante de la ~~explosión~~ espiritual que ~~le~~ ~~había~~ poner en su obra mecánica.

"Hoy ha sido el funeral. Cosa estupenda, según me ha dicho Candelaria. El catafalco llegaba hasta el techo, y la orquesta era magnífi-

ca; muchas luces... Ahí tienes para qué les sirve el dinero á esos ~~solterones avarientos~~. Estaban las de Santa Cruz y Ruíz Ochoa, las Trujillos, y qué sé yo quién más... Como no nos vemos desde hace muchos días, no te he podido contar la impresión que recibí aquella mañana. Verás: pasaba yo á eso de las ocho y media por la plaza de Pontejos para ir á mi obrador, cuando ví que del portal salía despavorido el criado inglés... en busca de mi primo Moreno Rubio, que vive en la calle de Bordadores. "Yo dije: "¿qué pasará?„ y ~~al entrar en la tienda~~ salió ~~Samaniego á la puerta, diciendo~~: "¿qué hay?„ —"¿Cómo que qué hay?„ El inglés ~~volvió para atrás, y dijo~~ con un terror que no puedo pintarte: "Señor, muerto, señor, como muerto.„ Corrió allá Pepe y yo detrás. En el portal había un corrillo de gente; unos salían, otros entraban, y todos se lamentaban del suceso. Subí con Pepe... la puerta estaba abierta. Los gritos de Patrocinio Moreno se oían desde la escalera. ¡Ay, qué paso, ! Yo tenía un miedo que no te puedo ponderar. Acerquéme poco á poco á la habitación. Allí estaba la santa, todavía con el manto puesto y el libro de misa en la mano. Moreno, sentado en una silla junto á la mesa. Dicen que le encontraron con la cabeza apoyada en la mano, seco, rígido y sin sangre. No puedo pintarte el horror que me causó lo que ví. Le habían incorporado en asiento. Toda la pechera de la camisa estaba manchada de sangre, la barba llena de cuajarones... los ojos abiertos. (Aquí suspendió Aurora su trabajo, poniendo todo su espíritu en lo que relataba)... No quise entrar. De la puerta me volví, y no sé cómo llegué al taller, porque me iba cayendo por el camino; tal impresión me hizo. Hay que reconocer que ese hombre tenía que concluir de mala manera; pero eso no quita que le tenga una lástima. (Volvió á poner toda la atención en su trabajo). Estuve muy mala todo aquel día, y á ratos me entraban ganas de llorar. Mal se portó conmigo, muy mal... ¡Ah! ya veo yo que todo se paga en este mundo.

—¡Pobre señor!—exclamó Fortunata.—A mí también me dió lástima cuando lo supe. Pero, ¿no sabes una cosa? que hoy hemos tenido una gran bronca *ese* y yo, porque le dije lo que tú me dijiste.

—Lo de...—apuntó Aurora, suspendiendo otra vez el trabajo, y mirando á su amiga con intención picaresca.

—Sí... Se enfadó tanto, que acabamos mal. ¡Ay, qué pena tengo! Porque si es calumnia, figúrate, ¡qué barbaridad ir con semejante

—Calumnia no—dijo atendiendo á su corte más que á lo otro.—Podrá ser equivocación. ¿Quién demonios sabe lo que pasa en el interior de *la mona*? Que el difunto Moreno andaba loco por ella no tiene duda. Falta saber si ella le correspondía ó no.

—Tú me dijiste que sí, y que tenían citas...

—Sí; pero te lo dije como una suposición nada más—replicó la astuta mujer con cierto despego, como si deseara mudar de conversación.—Tú te precipitaste al llevarle ese cuento. Se habrá volado. Hay que tener tacto, hija, y no herir el amor propio de los hombres. Ya debías suponer que le sabría peor que un

—Y tú qué crees hablando ahora como si estuviéramos delante de un confesor. ¿Tú qué crees? ¿es virtuosa?

Aurora dejó las tijeras, y se clavó en el pecho la aguja enhebrada. Después de calcular su respuesta, la soltó en esta forma:

"Pues hablando con verdad, y sin asegurar nada terminantemente, te diré que la tengo por honrada. Si mi primo hubiera vivido, no sé á dónde habrían llegado las cosas. Él hacía el de la manera más infantil del mundo. ¡Quién lo había de decir!... ¡un hombre tan corrido!... Ella... no sé... creo que se reía de él... Y bien merecido le estaba, por pillo. Quizás le miraba con alguna simpatía... pero lo que es

estás, me parece que no las había, digo, me parece y si algo de esto dije, fué como un *tal vez*, y me vuelvo atrás.„

Tornó á su faena dejando á la otra en la mayor confusión.

"Y en último resultado—le dijo después,—¿á tí que más te da que sea honrada ó deje de serlo? Lo que te importa es que él te quiera á tí más que á ella.

—¡Oh! no...—exclamó Fortunata con toda su alma,—es que si no fuera honrada esa mujer, á mí me parecería que no hay honradéz en el mundo y que cada uno puede hacer lo que le da la gana... Paréceme que se rompe todo lo que la ata á una; no sé si me explico; parécema que ya lo mismo da blanco que negro. Créetelo; esa duda no se me va de la cabeza á ninguna hora; siempre estoy pensando en lo mismo, y tan pronto me alegro de que sea como me acabe de que no lo sea. ¡Ah! no sabes tú lo que yo cavilo al cabo del día. Las cosas que me pasan á mí no tienen nombre.

—Pues para que te tranquilices de una vez—dijo la otra sin mirarla.—Tenla por honrada, y cuando hables de esto con *él*, hazle entender que lo crees así, y no aspires á que *él* te dé su respeto; conténtale con el amor. Déjale á la mona la veneración, y todo eso de ser ángel, y patatán y patatín, y cógete tú la fruta, dejándole á ella las flores.

—¿Fruta yo?... ¿amor?...—exclamó Fortunata con ganas de llorar.—Quítate de ahí, mujer. Si esto se acaba... Si me está faltando ese perro. Si en quince días no le he visto más que dos veces. ¡Siempre llega tarde, y como de mala gana. ¡Oh! yo le conozco bien las mañas: me le sé de memoria. Allá por el *Corpus* tan amante que no sabía qué hacerse. Ahora más frío que el hielo. Nada, que quiere romper otra vez; lo veo, lo estoy viendo. Hoy se lo dije claro, y no me contestó nada.

—Entonces tenemos á la mona de enhorabuena.

—¡Ah! no... Me parece que ahora la veleta marca para otro lado. Me está faltando con alguna que ni ~~la mona~~ ni yo conocemos. Más claro, á las dos nos está dando el ~~[illegible]~~, y yo estoy que no sé lo que me pasa, más muerta que viva... llena de rabia, llena de celos. No he parar hasta ~~sorprenderle~~, y de veras te digo que si le cojo, y si cojo á la otra, ~~hago una barbaridad~~. Yo vengaré á *la mona* y me vengaré á mí. No quisiera morirme sin este gusto.

—Dime una cosa... ¿Te has fijado en ~~alguna~~ mujer determinada? —le preguntó su amiga mirándola de hito en hito.

—No sé; esta noche se me ocurrió si será Sofía la Ferrolana, ó la Peri, ó Antonia, esa que estaba con Villalonga.

—Es natural, piensas en las que conoces. Vamos á una cosa. ¿Qué me das si te lo averiguo?

Al decir esto, Aurora abandonó todo trabajo y se puso delante de su amiga en la actitud más complaciente.

"¿Que qué te doy? Lo que tú quieras. Todo lo que tengo... Te lo agradeceré eternamente.

—Bueno; pues déjame á mí, que como yo coja el cabo del hilo, hemos de llegar á la otra punta. Verás por qué lo digo; en mi taller hay una chiquilla, muy ~~[illegible]~~ por cierto, que me parece, me parece...

—¡En tu taller...!

—Sí; pero no te precipites... No es ella ~~[illegible]~~... Quiero decir, que por ella he de coger el cabo del hilo, y verás... iré tirando, tirando hasta dar con lo que queremos saber. Tú confíate en mí, y no hagas nada por tu parte. Prométeme que no ~~harás nada por tu parte~~. Sin esa condición, no cuentes conmigo.

—Pues bien, yo te lo prometo. Pero me has de decir todo lo que vayas averiguando. Te digo que si la cojo... ~~no le quedarán ganas de volverme á quitar lo que es mío~~. No me importa ir á la Galera; te juro que no me importa. Y ya me parece que la tengo entre mis uñas.

Doña Casta entró, abriendo la puerta con su llavín. Era tarde, y Fortunata tuvo que retirarse. Aurora se quedó trabajando un momento más, y decía para sí: "Estas tontas son terribles, cuando les entra la rabia. Pero ya se aplacará. Pues no faltaría más... Estaría bueno...

III

Una tarde, doña Lupe vió entrar á su sobrina tan [illegible] y con la desolación [illegible] pintada en el rostro, que no pudo menos de irsele encima, llena de irascibilidad, no pudiendo sufrir ya que no le diese participación en sus secretos y que no le confiase sus penas, cualquiera que fuese la causa de ellas. "¿Te parece que estas son horas de venir? Y me haces el favor, para otra vez, de dejarte en la calle tus agonías y no ponérteme delante con esa cara de viernes, pues bastantes espectáculos tristes tenemos en casa."

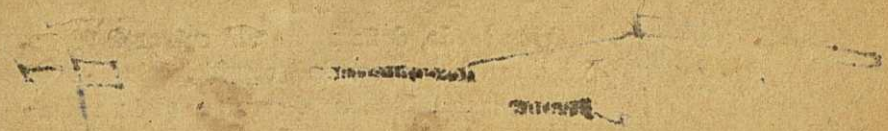
Fortunata tenía su interior tan tempestuoso que no pudo contenerse, y estalló con esa ira pueril que ocasiona las reyertas de mujeres en las casas de vecindad. "Señora, déjeme usted en paz, que yo no me meto con usted, ni me importa la cara que usted tenga ó deje de tener. Pues estamos bien... que no pueda una ni siquiera estar triste, porque á la señora esta le incomodan las caras afligidas... Me pondré á bailar, si usted quiere. Sepa usted, señora, que si no estoy contenta, mis razones tendré para ello, y me hará un favor en no ocuparse de mi para maldita cosa..."

No estaba acostumbrada doña Lupe á contestaciones de este temple, y al pronto se desconcertó. Por fin hubo de salir por este registro: "Eso de que me ocupe ó no me ocupe, no eres tú quien lo ha de decidir. ¿Pues qué? ¿Han tocado ya á emanciparse? Estás fresca. ¿Crees que se te va á tolerar ese cantonalismo en que vives? ¡Me gustan los humos de la loca esta!... Ya te arreglaré, ya te arreglaré yo."

Fortunata estaba tan violenta y tenía los nervios tan tirantes, que al apartar una silla la tiró al suelo, y al poner su manguito sobre la cómoda, dió contra un vaso de agua que en ella había y el vaso medio se vertió.

"Eso es, rómpeme la sillita... Mira cómo has derramado el agua."

—Mejor



M.C.D.2020

Unique mañana a primera hora 27

El chico á casa

—¿Sí?... Ya te mejorará yo, ya te arreglaré.

—Usted, señora, ~~señora~~ se arreglará sus narices, que á mí no me arregla nadie...

—No quiero incomodarme, no quiero alzar tampoco la voz—dijo doña Lupe levantándose de su asiento,—porque no se entere ese desventurado!

Salió un momento con objeto de cerrar puertas ~~y quizás con ánimo de armar una~~ gresca, y á poco volvió al gabinete, diciendo: "Se ha quedado dormido. Si te parece, haz bulla para que no descanse el pobrecito. Te estás portando...

(Quid)

para que no se oyera la

Silencio!

—Silencio.

—Si es usted la que chilla... Yo bien callada entré. Pero se empeña en buscarme el genio.

—Mete ruído, mete ruído. Ni siquiera has de dejar dormir al pobre chico.

—Por mi parte, que duerma todo lo que quiera.

—Y lo que más me subleva es tu terquedad —dijo doña Lupe bajando la voz,—y ese empeño de gobernarte sola, sí, esa independencia estúpida... Tú te lo guisas y tú te lo comes. Así te sabe á demonios. Bien empleado te está todo lo que te pasa. ~~Porque, vamos á ver, ¿qué cosa más natural que vinieras á mí y me dijeras: "tía, esto me pasa..." Pero no... "yo me basto y me sobro..." Así sale ello, chica... Tú te lo quieres. Aguanta cachete, y rabia, y llora y muérete de pena.~~

muy bien empleado.

Tanta turbación había en el alma de la esposa de Rubín, que la ira estaba en ella como prendida con alfileres, y el menor accidente, una nada, determinaba la transición de la ira al dolor, y de la energía convulsa á la pasividad más desconsoladora. Algo se desgarraba dentro de ella, y perdiendo toda entereza, rompió á llorar como un niño á quien le descubren travesura gorda. Doña Lupe ~~estaba muy satisfecha~~ de aquel cambio de tono, que consideraba obra de sus facultades persuasivas. Fortunata se dejó caer en una silla, y más de un cuarto de hora estuvo sin articular palabra, oprimiendo el pañuelo contra su cara.

ira

rabia

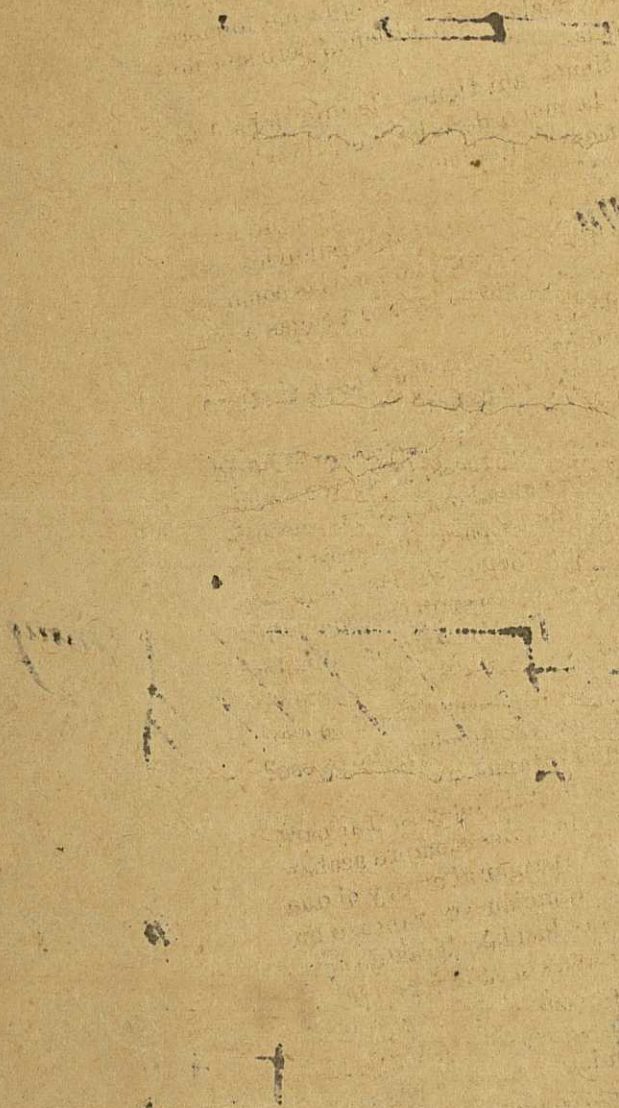
rrumb

ella,

una

mucho

se vanaglorió



"Pues sí, tía... es verdad que debiera yo... contarle á usted... No lo hice porque me parecía impropio. ¡Qué barbaridad! Traer á esta casa cuentos de... Soy una miserable; yo no debo estar aquí, no merezco estar aquí... Hasta llorar aquí por lo que lloro es una infamia. Pero no lo puedo remediar. El alma se me deshace. Yo tengo que decirle á alguien que me muero de pena, que no puedo vivir. Si no lo digo, reviento... Usted crea lo que quiera... pero soy muy desgraciada. Yo sé que me lo merezco, que soy mala, mala adrede... pero soy muy desgraciada.

—Ahí tienes, ahí tienes—le dijo doña Lupe moviendo la mano derecha, con dos dedos de ella muy tiesos, en ademán enteramente episcopal;—ahí tienes lo que te pasa por no hacer lo que yo te digo... Si hubieras seguido los consejos que te dí este verano, no estarías como estás. [illegible]

La otra estaba tan sofocada, que su tía tuvo que traerle un vaso de agua.

"Serénate—le decía,—que ahora no te he de reñir, aunque bien lo mereces. Todo por no hacer caso de mí. Aprende ahora. No, no necesitas explicarme lo que te pasa; justo castigo de Dios. ¿Crees que no entiendo yo las cosas? Me basta verte la cara. Ello tenía que suceder, porque los malos pasos conducen siempre á malos fines... El resultado es que sale todo lo que yo digo. El pecado trae la penitencia. Otra vez te da carpetazo ese hombre, ¿no es así?

—Sí, sí... ¡Pero qué infame!...

—Anda, que los dos estais buenos. Tal para cual. Las relaciones criminales siempre acaban así. Uno se encarga de castigar al otro, y el que castiga ya encontrará también su trancazo en alguna parte. Pues estás lucida... ¡Tras de cornuda, aporreada, y después sacada á bailar.

—¡Pero qué infame!—volvió á decir Fortunata, mirando á su tía con los ojos llenos de lágrimas.—¿Pues no ha tenido el atrevimiento de decirme que yo estaba enredada con Ballester? Pretextos, pretextos nada más que toma. De seguro que no lo cree.

—Aguanta, que todo te lo tienes bien merecido. No vengas ahora á que yo te consuele... Acudiendo con tiempo, no digo que no. Abres ahora los ojos y te encuentras en la más horrible de las soledades, sin familia, sin marido, sin mí.

Fortunata, con un pánico semejante al que se está ahogando, agarróse á la falda de doña Lupe, y vuelta á soltar un raudal de lágrimas.

"No, no, no... yo no quiero estar sola... triste de mí. Dígame usted algo, siquiera que tenga paciencia, siquiera que me porte ahora bien... Sí, me portaré bien; ahora sí, ahora sí.

—Ahora sí. Vaya, hija, no madrugues tanto. Tú no te acuerdas de Santa Bárbara sino cuando truena. ¿Qué sacaría yo de consolarte ahora y corregirte, si el mejor día volvías á las andadas?

—Ahora no... ahora no...

—Quien no te conoce, que te compre. En el extremo á que han llegado las cosas, me parece que no debo intervenir ya, ni encargarme de ti para nada. Sería hasta indecoroso para mí. Resultaría... así como cierta complicidad en tus crímenes. No, hija, has acudido tarde... Te he estado metiendo las indulgencias por los ojos, sin que tú las quisieras ver, y ahora que te ahogas, vienes á mí...! ¡Ay! no puedo, no puedo.

Y sin decir más, se fué á la cocina, pensando que toda severidad era poca contra aquella mujer, y que convenía aterrorizarla, á ver si se sometía al fin de una manera absoluta.

Pronto se hizo de noche. Los días menguaban, entristeciendo el ánimo de los que ya, por otros motivos, estaban tristes. A las seis y media ya la casa estaba á oscuras, y doña Lupe retardaba el encender luces todo lo posible. Fortunata, en el cuarto de su marido, y casi á tientas llegó al sofá donde él estaba echado, y le preguntó si tenía ganas de comer, sin obtener

respuesta. Oía los suspiros que daba el infeliz y en una de aquellas aproximaciones de su mujer al cuerpo extendido de su esposo, éste le cogió las manos y se las apretó con afecto. Algo había en el alma de Fortunata que respondía á tales demostraciones de ternura. Sentía hacia el cariño semejante al que inspira un niño enfermo, efusión de lástima que proteje y que no pide nada. ~~Era aquel sentimiento un refugio contra la desolación.~~

Doña Lupe trajo luz, y mirando á los esposos con sus ojos encandilados por el vivo resplandor de la llama de petróleo, dijo, sin duda por animar á Maxi con una broma: "¿Ya estais haciendo los tortolitos?... Más cuenta te tiene comer. ¿Quieres que ~~Fortunata~~ coma aquí contigo? ~~¿A que estás tan baboso con ella?~~

—Sí, sí, yo comeré aquí—dijo la esposa prontamente. Y él comerá también, ¿verdad, hijo? ¿Verdad que comerás con tu mujercita? Ella te cortará los pedacitos de carne y te los irá dando.

—Pues yo os he mandado la comida—dijo doña Lupe, poniendo la pantalla al quinqué y acortando la llama.—Tengo hoy un arroz con menudillos que es lo que hay que comer.

En el rato que estuvieron solos, antes de que entrara Papitos con el servicio y la sopa, Maxi habló á su mujer algunas cosas enteramente ceñidas al endiablado asunto que constituía su demencia. Fortunata le apoyó en todo mostrándose muy penetrada de la urgencia de establecer, como realidad en la vida, el principio de la solidaridad de la sustancia divina. A todo decía que sí, y mientras comían, notó que su marido se animaba extraordinariamente, llegando hasta mostrarse alegre, decidor y poniendo un singular calor en todo lo que fuera para lo futuro. En un momento que salió fuera, le preguntó á su tía: "¿Pero le dió usted al fin esas píldoras?

cuando Barbanta, por
p 112
combatirle la —

"Sí, por cierto. Esta mañana en ayunas se tomó una, y á las cuatro le di otra. No lo dispuso así Ballester...

—Sí... Vea usted porque está tan animado. Se conoce que le hace efecto la medicina. Pero los disparates son los mismos; sólo que ahora no ve las cosas de un modo tan sombrío, sino que las ve por lo risueño. ¡Qué cosas!

Volvió al lado de él, y le fué dando los menudillos con el tenedor, y él se los comía con gana, sin cesar de hablar y aun de reir con risa plácida y que no parecía la de un demente.

Fortunata sentía algún consuelo en su alma, y se decía: "¡Si Dios quisiera que se pusiera bueno...! Pero cómo va Dios á hacer nada que yo le pida... ¡Si soy lo más malo que Él ha echado al mundo! Para mí esta casa se tiene que acabar. ¿A dónde me retiraré? ¿Qué será de mí? Pero á donde quiera que vaya, me gustaría saber de este pobrecito, el único que me ha querido de verdad, el que me ha perdonado dos veces y me perdonaría la tercera... y la cuarta... Yo creo que me perdonaría también la quinta, si no tuviera esa cabeza como la mama... Y esto es por culpa mía. ¡Ay, Dios, qué remordimiento tan grande! Iré con este peso á todas partes, y no podré ni respirar.

Después de comer, Maxi estaba animadísimo, cual no lo había estado en mucho tiempo, pero sus conceptos eran de lo más disparatado que imaginarse puede. Como entraran doña Silvia y Rufinita de visita, doña Lupe se fué con ellas á la sala, y los esposos se quedaron solos. Maxi se levantó [illegible], y estiró todo el cuerpo, elevando los brazos. Los huesos crugieron, hizo diferentes contorsiones [illegible] y luégo volvió á sentarse abrazando á su mujer y quedándose [illegible] ella (pues estaba sentada en una banqueta junto al sofá), en actitud semejante á la que toman los amantes de teatro cuando se van á decir algo muy bonito ó á declarar lo mucho que se quieren.

IV

"Vida mía—le dijo en el tono más dulce del mundo,—gracias mil por el consuelo que me has dado con tus palabras."

Fortunata no sabía qué palabras eran aquellas que le habían dado tanto consuelo, pero lo mismo daba. Hizo un signo afirmativo, y adelante.

"Porque estando tú conforme conmigo, no deseo más. Mis aspiraciones están cumplidas. ¡Viva el gran principio de la liberación por el desprendimiento, por la anulación!..."

—¡Vivaaa...!

—Así lo dirán las multitudes, cuando esta doctrina se propague; pero esto no nos toca á nosotros, sino al que vendrá después. Cumplamos nosotros la ley de morir cuando nos creamos llegados al punto de la mayor pureza. Matemos á la bestia cuando la bestia esté completamente desligada de la sustancia espiritual, como el erizo se desprende de la castaña bien madura.

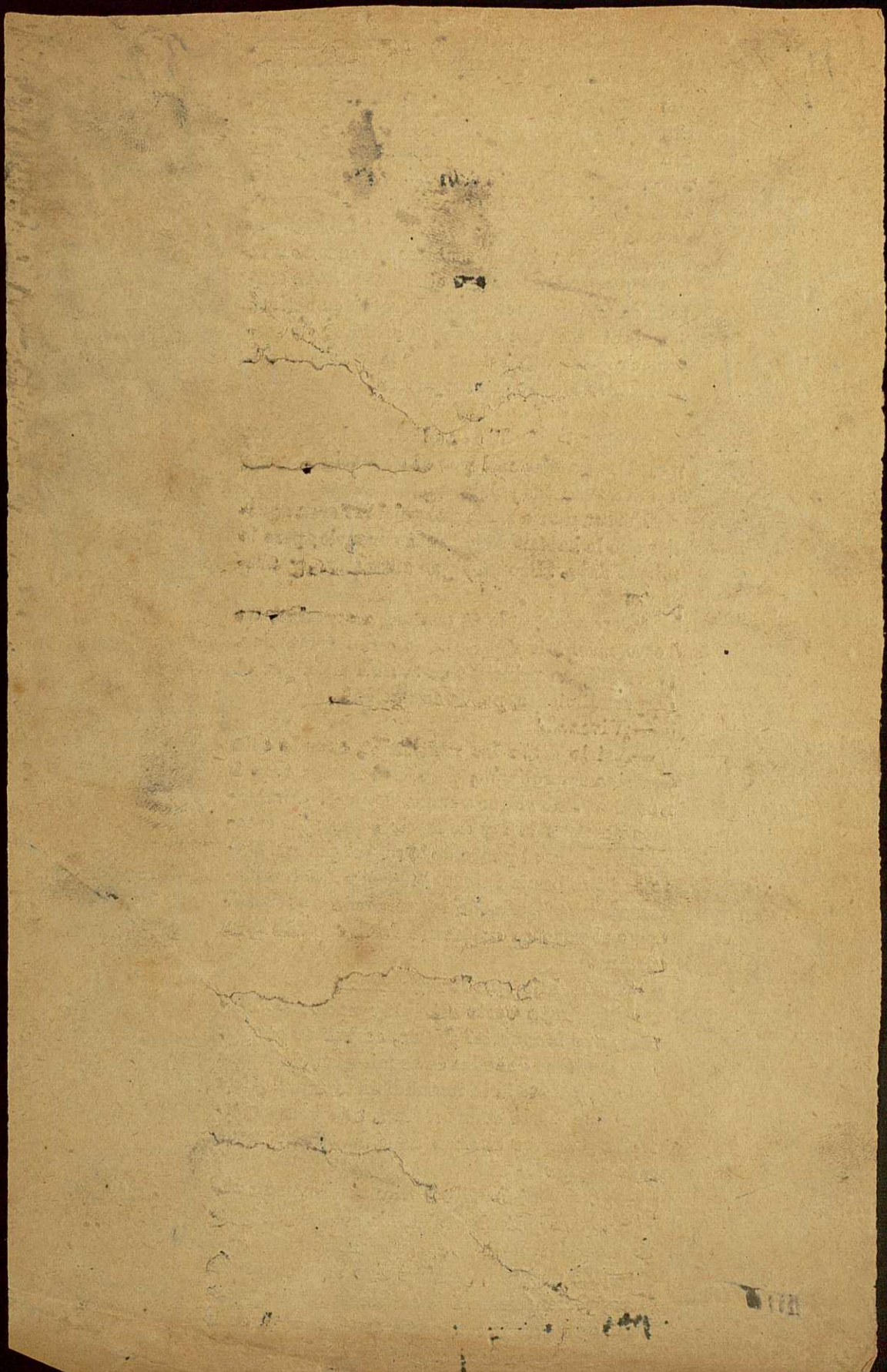
—Nada, hijo, que la matarémos.

—Me gusta verte así. ¿Hay nada más hermoso que la muerte? ¡Morir, acabar de penar, desprenderse de todas estas miserias, de tantos dolores y de toda la inmundicia terrenal! ¿Hay nada que pueda compararse á este bien supremo?... ¿Concibe el alma nada más [illegible] más puro...?

—¿Y después?—dijo Fortunata, que aun sabiendo con quién hablaba, oía con mucho gusto aquella manera de considerar la muerte.

—¡Oh! después, sentirse uno absolutamente puro, perteneciente á la sustancia divina; ser uno [illegible] parte de ella, y [illegible] todo con aquel gran todo. ¡Qué dicha tan grande!

M.C.D.2020



—No padecer..—murmuró Fortunata inclinando su cabeza sobre el pecho de él.—No temer si le hacen á uno esta ó la otra perrería.. no sufrir nada, y gozar, gozar, gozar...

Su mente se dejó ir en alas de aquella sublime idea, y se perdió en los espacios invisibles y sin confines.

"Sentir luégo la irradiación del bien en sí, y contemplarse uno en aquel todo etéreo y sustancial, infinitamente perfecto y sano, hermoso y placentero.

Esto era ya un poco metafísico, y Fortunata no lo comprendía bien. Lo accesible para ella era la idea primera: morirse, desprenderse de las miserias de este mundo y sentirse luégo persona idéntica á la persona viva, gozando todo lo que hay que gozar y queriendo todo lo que puede querer, amando y siendo amada con arrobamientos infinitos.

"Querida mía—le dijo Maxi moviendo mucho la cabeza y los músculos de la cara, señal de una fuerte excitación nerviosa;—los dos moriremos después que hayamos cumplido nuestra misión. Yo la mía, tú la tuya. Y para que te penetres bien de la tuya, te voy á decir lo que he sabido por celestial revelación.

Fortunata se preparó á oir el gran disparate que su marido anunciaba, y puso una carita muy gravemente atenta.

"Pues yo sé una cosa que tú no sabes, aunque quizás lo presientes, y que seguramente sabrás muy pronto. Quizás hayas empezado á notar algún síntoma; pero aún tu espíritu no tendrá más que presentimientos de este gran suceso.

La miraba de tal modo, que ella empezó á asustarse. ¿Qué sería, Dios, qué sería? Maxi estuvo un rato callado, clavados en ella sus ojos como saetas, y por fin le dijo estas palabras que la hicieron extremecer: "Tú estás en cinta.,,

Quedóse un rato la infeliz mujer como petrificada. Trató de tomarlo á broma, trató de negarlo; pero para ninguna de estas determinaciones tuvo valor. Terror inmenso llenaba su alma. Maxi decía lo que decía con expresión de la más grande seguridad. Pero lo último que á Fortunata le quedaba que oir era esto, dicho con exaltación de iluminado, y con un recrudecimiento espantoso de las sacudidas nerviosas de la cabeza: "Ha sido una revelación. El espí-

ritu que me instruye me ha revelado anoche, esta mañana... Misterio admirable, ¿verdad? Tú estás embarazada... Y tú lo presumes; mejor dicho, lo sabes, te lo estoy conociendo en la cara; lo ocultas porque ignoras que esto no ha de arrojar ninguna deshonra para tí. El hijo que llevas en tus entrañas, es el hijo del pensamiento puro, que ha querido encarnarse para traer al mundo su salvación. Fuiste escogida para este prodigio, porque has padecido mucho, porque has amado mucho. Nacerá á su tiempo el verdadero Mesías. Nosotros somos nada más que precursores, ¿te vas enterando? nada más que precursores, y cuanto des á luz, tú y yo habrémos cumplido nuestra misión, y nos liberarémos dándonos la muerte.

Del salto se puso Fortunata al otro extremo de la habitación. Habíale entrado tal pánico, que por poco sale al pasillo pidiendo socorro. Tenía la cara descompuesta y transfigurada, y los ojos parecían carbones encendidos. Ni siquiera reparó que su mujer se había alejado de él, y continuó hablando como si aún la tuviera al lado. La infeliz mujer, turbada y muerta de miedo, se acurrucó en el rincón opuesto, y cruzadas las manos, miraba al desgraciado demente, diciendo para sí: "¿En qué lo habrá conocido?... Dios, ¡qué hombre! ¿Será farsa todo esto de la locura? Será que se finge así para poder matarme, sin que la justicia le persiga...? ¡Pero cómo habrá descubierto...! ¡Si no lo he dicho á nadie! ¡Si no se me conoce nada todavía...! ¡Ah! lo que este hombre es un pillo. Eso de la revelación lo dice para engañar á la gente. Sin duda se lo figura, se lo teme, ó me lo ha conocido no sé en qué... ¿Lo habré dicho yo en sueños?... Aunque no, podrá haberlo adivinado por su propia locura. No dicen que las verdades las dicen los niños y los locos... ¡Ay, qué miedo me ha entrado! Dios mío, líbrame de esta tribulación. Este hombre me quiere matar y hace todas estas comedias para vengarse de mí y matarme cuando salva."

Maxi se levantó y fué hacia ella, cogiéndola por un brazo. Tal temor sentía ella, que hasta se encontró con fuerzas superiores á las de su marido, que era tan débil. "Querida mía—le dijo apretándole el brazo con nerviosa energía y mirándola con una expresión en que la desdichada veía confundidos al amante y al asesi-

no.—Nos [redacted] cuando hayas cumplido tu misión. ¿Cuándo será? Allá por Febrero ó Marzo.

—Debe ser por Marzo—pensó Fortunata;—pero para ti estaba... Ya me pondré yo en salvo. Mátate tú, si quieres, que yo tengo que vivir para criarlo y voy á ser tan feliz con él... Va á ser el consuelo de mi vida. Para eso le tengo, y para eso me lo ha dado Dios... ¿Ves cómo me salí con mi idea?... Mi hijo es una nueva vida para mí. Y entonces no habrá quien me tosa... ¡Oh! si no lo sintiera aquí dentro, yo y tú seríamos iguales, tan loco el uno como el otro, y entonces sí que nos mataríamos...

Oíase el run run de las despedidas de doña Silvia y Rufinita en el pasillo. A poco entró doña Lupe y viéndola su sobrino, se volvió al sofá, dejando á su mujer en pié en medio del cuarto.

"¿Qué tal?—dijo doña Lupe—¿Hay sueño? Son las once.

—Ha venido usted á turbar nuestra felicidad —[redacted] Maxi sentado, y moviendo las piernas en el aire. Mi [redacted] y yo deseamos estar solos, enteramente solos. Los misterios inefables que á ella y á mí...

—¿Pero qué volteretas son esas que das?

—Jo, tía, no sabiendo si reir ó ponerse seria. Pareces un saltimbanquis.

—Que á ella y á mí se nos han revelado... los misterios inefables, digo... nos da un éxtasis delicioso, de que no pueden participar las personas vulgares.

—¡Llamarme á mí persona vulgar!...

—La vulgaridad consiste en estar muy apegada á los bienes terrenos...

—¿Pero qué? ¿también vás á dar vueltas de carnero?—dijo asustada doña Lupe, viéndole apoyar las manos en el sofá y doblar luégo la cabeza hasta tocar con ella la guttapercha.

—Lo que yo dé á usted no le importa, mujer de poca fe... La noche esta fria y necesito que las extremidades entren en calor. Dentro del cráneo me han encendido un hornillo.

—¿Ve usted... ve usted...?—indicó Fortunata, no recatándose de decirlo en alta voz.—El efecto de esas condenadas píldoras. Creo que no deben dársele más. Ya ve usted cómo se pone. Esa inquietud. Luégo se le trastorna más el cerebro y adivina los secretos.

—¿Cómo que adivina los secretos... Pero, ¿qué haces?

Maxi se sentaba y se levantaba, dando botes en el asiento, como un jinete que monta á la inglesa.

"Allá por Marzo será el gran suceso, la admiración del mundo—decia el infeliz, dando vueltas sobre sí mismo.—Lo anunciará una estrella que ha de aparecer por Occidente, y los Cielos y la tierra resonarán con himnos de alegría.

—¿Pero qué estás diciendo? Vamos, hijo de mi alma, estate tranquilo.

—Lo que yo quisiera saber ahora es dónde está mi sombrero—dijo Maxi, mirando debajo de la mesa.

—¿Y para qué quieres el sombrero?

—Quiero salir, tengo que salir. Pero lo mismo da salir con la cabeza descubierta. Hace un calor horrible.

—Sí, vámonos al Retiro, Fortunata, coge la vela, y tú por delante.

El pliego 12 lleva
medio al medio día
casa de D. Miguel.

Y agarrándose al brazo del joven sin ventura, le llevaron á la alcoba. Del salto se plantó Maxi en la cama, quedándose un instante con los brazos y las piernas en alto. Después dejaba caer pesadamente las extremidades para volver á levantarlas.

"¡Bonita noche nos va á hacer pasar!—exclamó doña Lupe cruzando las manos." Fortunata, desalentada y meditabunda, se dejó caer en el sofá.

"¿A que no me aciertan ustedes en dónde estoy?—dijo Maxi.—Me he caído del Cielo sobre un tejado. ¿Qué hace mi mujer ahí que no viene en mi socorro?

—Pues sí señor, ¡bonita noche!—repetía doña Lupe, echando un suspiro por cada palabra.

Intentaron acostarle. Pero no fué posible. Se les escapaba de las manos, con viveza de niño, que á veces parecía agilidad de mono. Su risa ~~les ponía á tia y esposa los pelos de punta,~~ y últimamente no se le entendía una palabra de las muchas que soltaba de su boca atropelladamente, pronunciando de una manera primitiva, como los chiquillos que empiezan á hablar. Por fin el desgaste nervioso hubo de rendirle, y se quedó quieto en el sofá, con una pierna sobre la mesa, la otra en una silla y la cabeza debajo de un cojín, y los brazos extendidos en cruz. Una mano daba contra el suelo, y la otra ~~la tia~~ metida debajo del cuerpo, dando una vuelta ~~al brazo~~, que parecía inverosímil. No quisieron ellas variarle la difícil postura, temiendo que si le tocaban se alborotaría de nuevo y les daría otra jaqueca. Doña Lupe ~~descabezaba un sueño~~, sentada en una silla junto á la cama del matrimonio; pero Fortunata no pegó los ojos en toda la noche. Ya amanecía cuando le acostaron. Apenas daba acuerdo de sí, y gemía, al moverse, como si tuviera molido á palos su ruín y desdichado cuerpo.

V

Creo que fué el día de la Concepción cuando Maxi salió de su cuarto con un cuchillo en la mano detrás de Papitos, diciendo que la había de matar. El susto de la tía y de Fortunata fué

muy grande, y les costó trabajo quitarle el arma homicida, que era un cuchillo de la mesa, con el cual no era fácil quitar la vida á nadie. Pero el paso fué terrible. ~~Los chillidos de Papitos~~ se oyeron en toda la vecindad. Salió despavorida del cuarto del señorito, y él detrás, frío y resuelto, como si fuera á hacer la cosa más natural del mundo. *La mona* se refugió entre las faldas de doña Lupe, gritando: "¡que me mata, que me quiere matar!„ y Fortunata corrió á sujetarle, lo que no hubiera conseguido á pesar de su superioridad muscular, sin la ayuda de doña Lupe. La resistencia de él era ~~más bien nerviosa que muscular~~, y mientras se defendía de los cuatro brazos que querian ~~sujetarle~~ y arrancarle el cuchillo, decía con voz ronca: "Le siego el pescuezo y la..„ Después se supo que ~~*la mona*~~ tenía la culpa, porque le había irritado, contradiciéndole estúpidamente. Doña Lupe lo sospechó así, y mientras Fortunata se lo llevaba otra vez á su cuarto, procurando calmarle, la señora cogió á ~~*la mona*~~ por su cuenta, y con la persuasión de tres ó cuatro pellizcos, ~~le hizo~~ confesar que ella ~~tenía la~~ culpa de lo ocurrido. "Mire, señora—replicaba ella bebiéndose las lágrimas;—él fué quien empezó, porque yo no chisté. Estaba recogiendo el servicio, y él saltó contra mí, diciéndome que para arriba y que para abajo... Yo no lo entendía y me eché á reir... Pero *dimpués* salió con unos disparates muy gordos. ¿Sabe, señora, lo que dijo? Que la señorita Fortunata ~~estaba embarazada~~, y qué sé yo qué más. No pude *por menos* de soltar la carcajada, y entonces fué cuando *garró* el cuchillo y salió tras de mí. Si no doy un ~~brinco~~, me divide.

—Bueno; vete á la cocina, y aprende para otra vez. A todo lo que él diga, por disparatado que sea, dices tú *amén*.

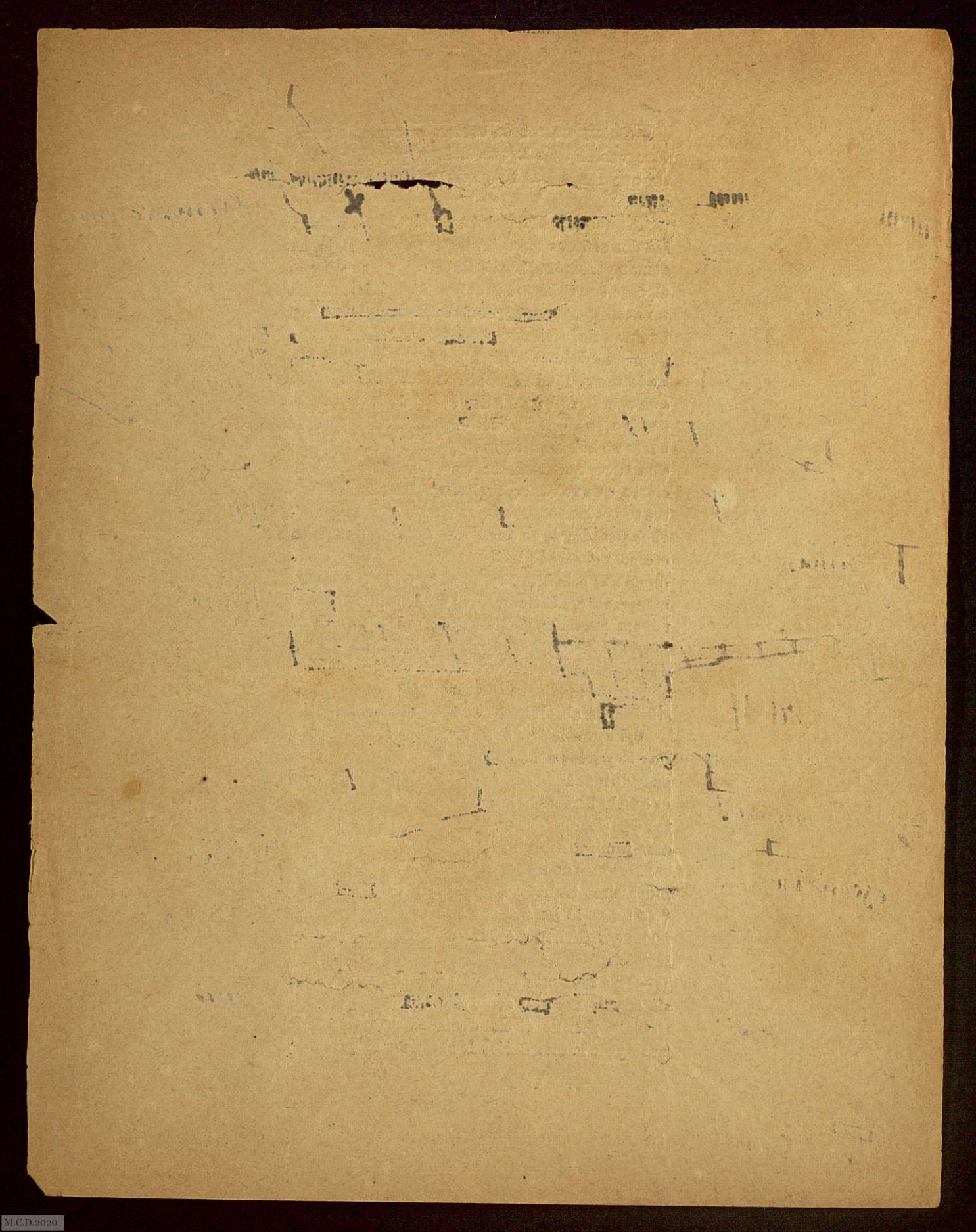
Aquel era quizás un síntoma nuevo, y las dos señoras no cabían ya en su pellejo, de temor y zozobra. No pasaron ocho días sin que el caso se repitiera. Maxi pudo apoderarse de un cuchillo, y ~~con serenidad torva y glacial~~ fué hacia su tía, diciendo ~~cosas que no le entendían, pero que debía de ser algo de la liberación y de la urgencia de acabar con la bestia.~~ Gracias que estaba allí aquel día el Sr. de Torquemada. No fué difícil ~~á éste~~ desarmarle, pero el susto no había quien se lo quitara á doña Lupe, que tuvo que tomarse una taza de tila. Por cierto que se conceptuaba la señora infeliz entre todas las señoras de la tierra, y por las muchas pesadumbres que sobre su alma tenía. No era sólo el estado lastimosísimo del más querido de sus sobrinos; otras cosas la mortificaban atrozmente, abatiendo su grande espíritu. Fortunata y ella ~~no podían ya llegar á una avenencia. La de Rubín lo habría intentado, la de Jáuregui no habría opuesto dificultades al principio; pero~~ mediaron ciertas palabras que imposibilitaron absolutamente toda concordia.

"¡Vaya—le dijo doña Lupe una noche,—~~que hoy te portas conmigo~~ ¿A qué esas reservas, cuando más indicada estaba la confianza ¿Cómo es que lo ha sabido Maxi, que está demente, antes que yo, que estoy en mi sano juicio? ¿A qué esos ~~apuros~~ conmigo?"

Después de una larga pausa, Fortunata, con muchísimo trabajo, se determinó á ~~decir~~ esto: "Yo no se lo he dicho. Él lo adivinó. Esto no podía yo decirlo á nadie de esta casa, y á él menos."

—¡Y á él menos!—repitió doña Lupe, clavando en ~~ella~~ sus ojos como ~~puñales~~.

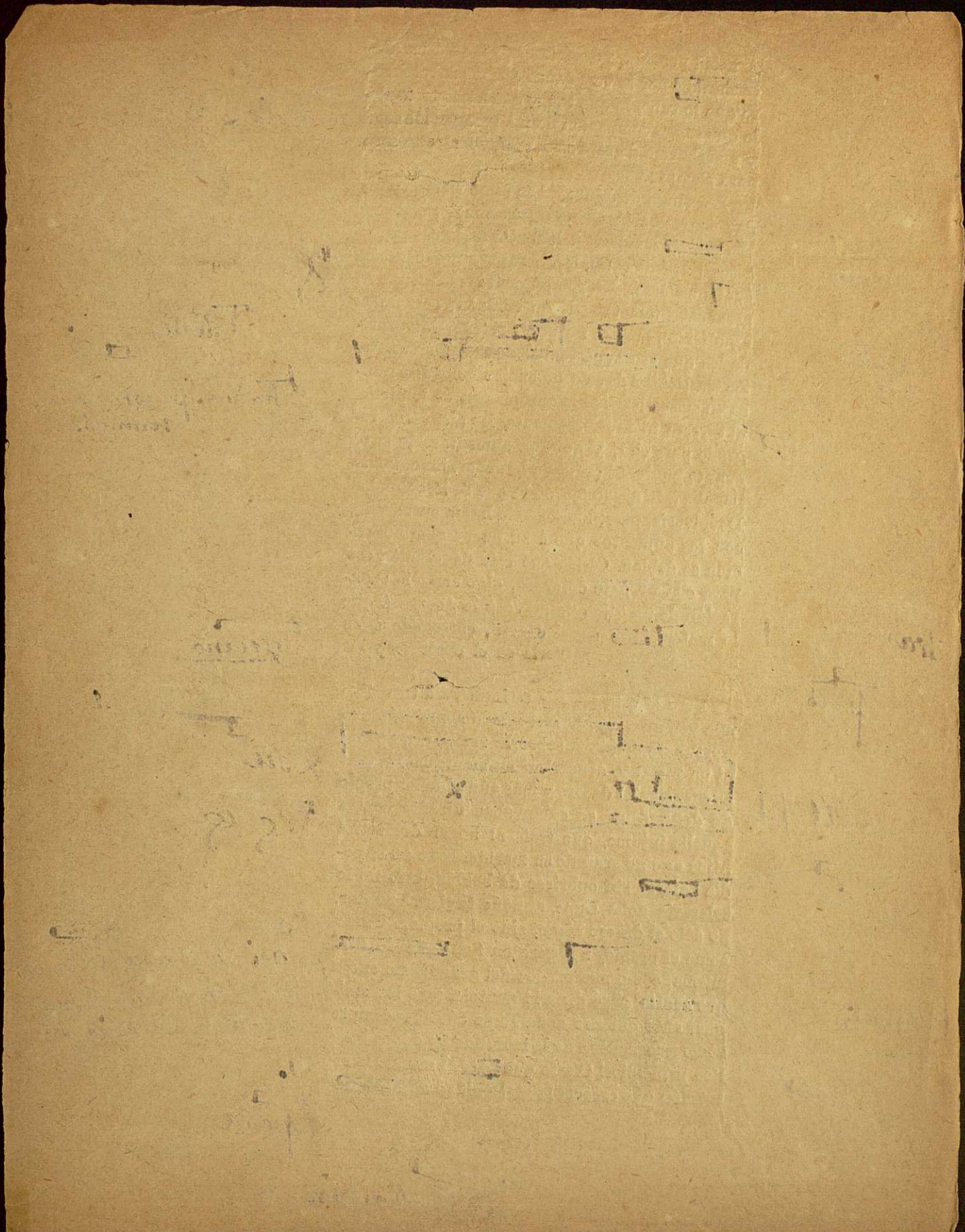
—Sí, porque él no debía saberlo nunca—prosiguió la otra haciendo el último esfuerzo.



A usted pensaba yo decírselo, pero no me determinaba por la vergüenza que me daba. Ahora que lo sabe, lo que tengo que hacer es decirle que tenga compasión de mí, recoger mi ropa y marcharme de esta casa... Ahora sí que será para siempre.

La viuda de Jáuregui se tomó tiempo para dar contestación á estas gravísimas palabras. Un mundo de ideas se le metió en la cabeza, y estuvo aturdida un largo rato, sin saber con cuál quedarse. El rompimiento definitivo le arrancaba una tira de su corazón, con dolor agudísimo, porque no podía retener las cantidades que [illegible] pertenecientes á Fortunata. La elasticidad de su conciencia no llegaba nunca en sus estirones á la apropiación de lo ajeno, ni directa ni indirectamente. Lo ajeno era sagrado para ella, y aunque aumentase lo suyo cuanto pudiera á costa de lo del prójimo, jamás llegaba á la absorción de lo que se le confiaba. Devolvería, pues, lo que se le había entregado, con los aumentos que á su buena administración se debían. Cierto que esta devolución era para ella un doloroso, algo como la separación de un hijo que se va á la guerra á que lo maten. Pero aquel dinero, entregado á su dueño, pronto se perdería en el desorden y los vicios.

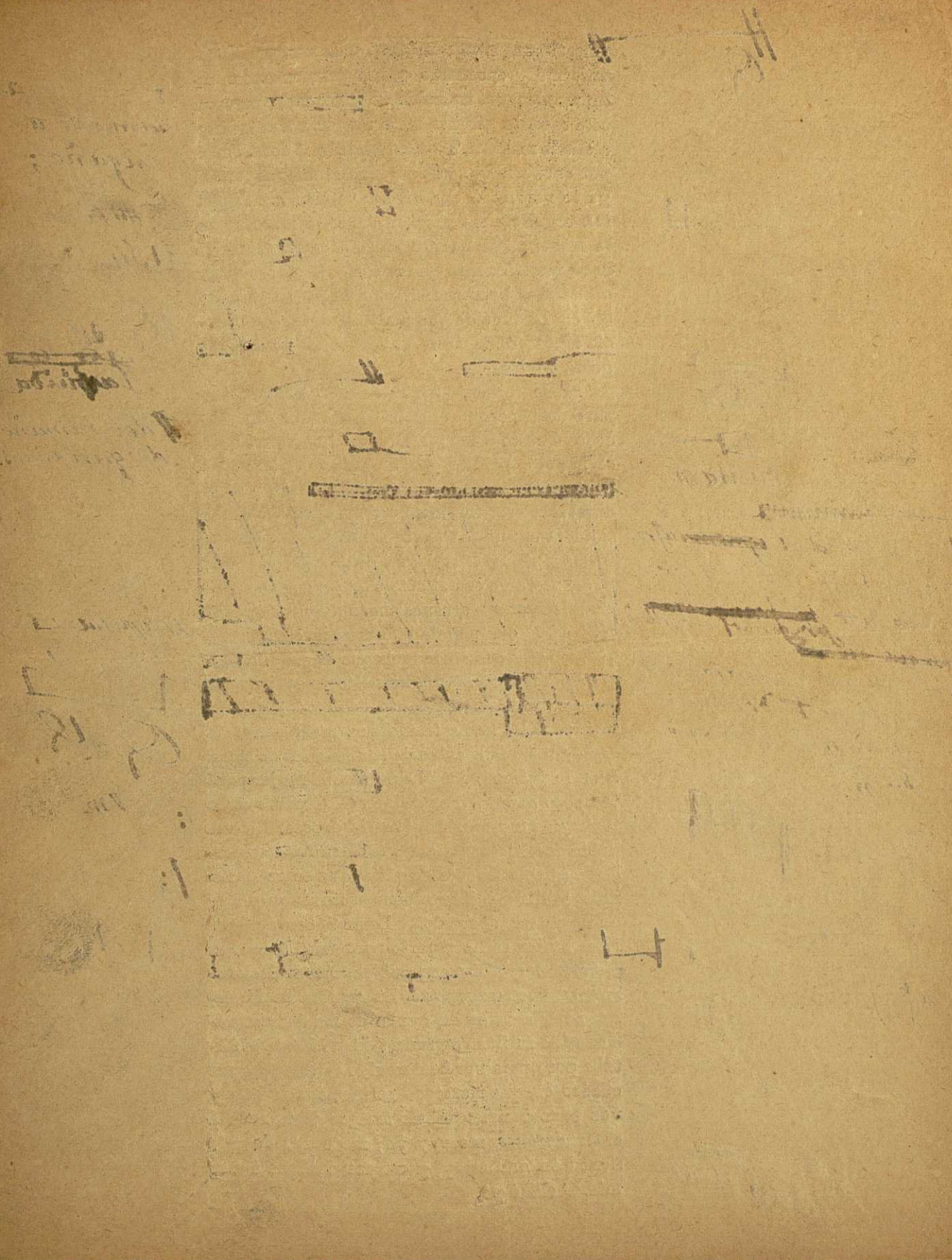
Pero si esta pena la estimulaba á transigir una vez más, recordándose de la ignominia que Fortunata arrojaba sobre la familia, no podía ni un instante acoger en su mente la idea de [illegible]. El decoro y más aún el amor propio de doña Lupe se sublevaban airados contra aquella infame, que traía al hogar doméstico hijos que no eran de su marido. Esto no se podía tolerar sin cubrirse de baldón; esto no lo toleraría doña Lupe, aunque tuviera que dar, no sólo el dinero ajeno, sino el propio... Tanto como el propio, no pero en fin, decíaselo á sí misma, como una prueba del grandísimo enojo que sentía. ¡Qué diría la gente!... ¡qué las amigas, ante quienes doña Lupe oficiaba siempre como guardadora de la moralidad y de los buenos principios! Cierto que [illegible] el mundo la situación que crearía la maternidad de Fortuna-



sería una situación legal, toda vez que Maxi, enfermo y encerrado quizás para entonces en un manicomio, no había de decir nada; pero en este caso, la afrenta sería mayor por añadirse á ella la mentira. Y todos tendrían á doña Lupe por encubridora, y le cortarían lindos sayos. Si ya le parecía á ella oirlas: "Miren esa Lupe, tan orgullosa y rígida, tapando el matute que la bribona esa ha introducido en su casa. Lo hará por la cuenta que le tiene. El padre de la criatura es hombre rico y habrá pagado bien el alijo." La idea de que pudieran decir esto hacía brotar de la frente augusta de doña Lupe gotas gordísimas de sudor.

"Ella misma—pensó—no se ha recatado para decirme que el pobre Maxi está tan inocente de esto como yo. Lo dirá lo mismo á todo el mundo, porque ella es así, muy bocona... Pero afrenta, ficheros que afrenta. Lo que yo digo, sobre ser tan mala, esa mujer, no tiene ni siquiera el pudor social, el arte de las buenas formas. ¡Quién la meterá á decir si es ó no es...! Si me viera yo en tal conflicto, primero me descuartizaban que arrancarme una confesión contraria á lo que manda la conveniencia..."

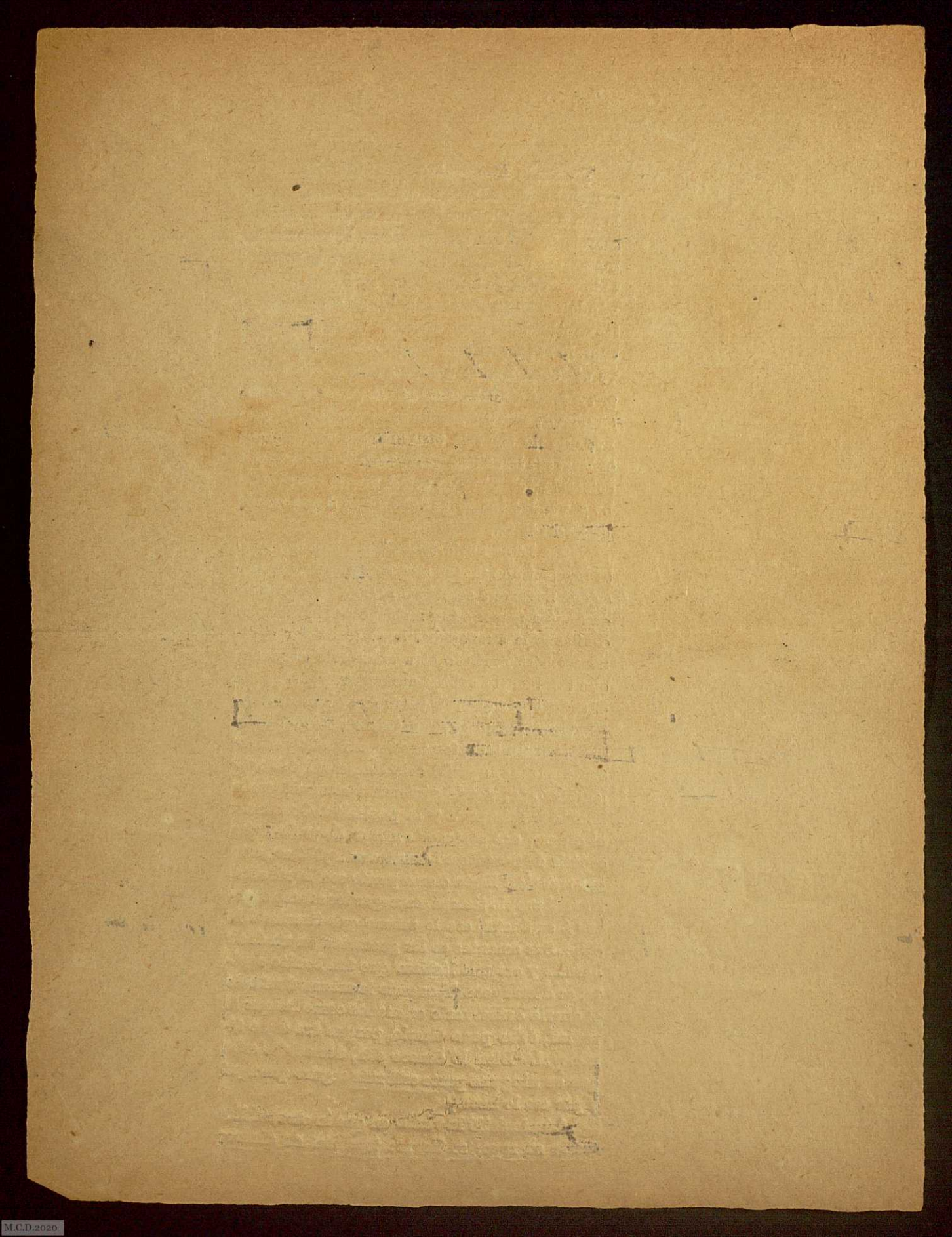
De todo esto se deducía que la maldita mujerzuela aquella, que en día infausto se casó con el pobre Maxi, se debía ir con doscientos mil demonios. Ella había traído una maldición á la casa; ella tenía la culpa de la demencia de Maxi. Bien lo vaticinó doña Lupe: mucha mujer para tan poco hombre. Naturalmente, el pobre chico tenía que morirse ó perder la cabeza. Lo que había que desear ya era que Fortunata se perdiese completamente de vista, que entre la familia y ella mediasen abismos infranqueables; que pudiera decir doña Lupe á los amigos: "esa mujer se ha muerto para mí." Y que se las arreglase allá como pudiese con su deshonra y su poca vergüenza. La sombra de Jáuregui parecía venir en ayuda de las determinaciones de su ilustre viuda, porque á ésta le faltaba poco para ver á su marido salirse de aquel cuadro en que retratado estaba, tomar vida y voz para decirle: "Si no arrojas de tu casa á esa indecente, me voy yo, me borro de este lienzo en que estoy, y no me vuelves á ver más. Ó ella ó yo."



Y cuando Fortunata repitió ante ella que se marchaba, doña Lupe no pudo menos de decirle con acritud: "¿Pero qué haces que no te has marchado ya? No me consultes. Francamente, me pasma que tengas pachorra para estar aquí todavía. Otra de más frescura no habrá.„ Y llevándola á su gabinete le habló de la entrega de las cantidades que en su poder tenía. Entonces ocurrió algo, que dejó á doña Lupe como quien ve visiones. Era lo último que le quedaba que oir. Fortunata, al oir que se le quería entregar su dinero, dijo con mucha calma y frialdad que no, que no tomaría más que los réditos, que conservase la señora el capital. "¿Cómo voy á colocarlo yo? Téngalo usted, yo guardo el recibo y vendré todos los trimestres á que me dé usted el rédito.

Doña Lupe abrió tanta boca, que por poco se le entra una mosca en ella. El primer impulso fué negarse á ser administradora y apoderada de una persona tan mala; pero tal prueba de confianza la anonadaba. Insistió en dar el dinero; insistió más la otra en dejarlo en manos que tan bien lo sabían aumentar, y así quedó el asunto, sin que recayese sobre él una sentencia definitiva en el gran ánimo de doña Lupe. Esta, por un lado, temía que entre ella y su sobrina quedase aquella relación, aquel cable telegráfico, por donde vinieran á comunicarse la honradéz más pura y la perdición. Conservar el dinero, era sostener un lazo de unión, una especie de parentesco monótono... ¡Oh! no, esto es transigir hasta cierto punto con la afrenta. Pero al propio tiempo, entregar los santos cuartos á su dueña, era lo mismo que tirarlos á la calle. Sus amantes se los gastarían en un decir Jesús... y era lástima que tan bonito capital se destruyese. Y cuando la misma dueña de él quería conservarlo en manos como las que lo tenían, daba pena tirarlo, porque era como tirarlo, sí. "Bien lo conoce ella, demasiado sabe que en ninguna parte está más seguro que aquí y por eso lo hace.„

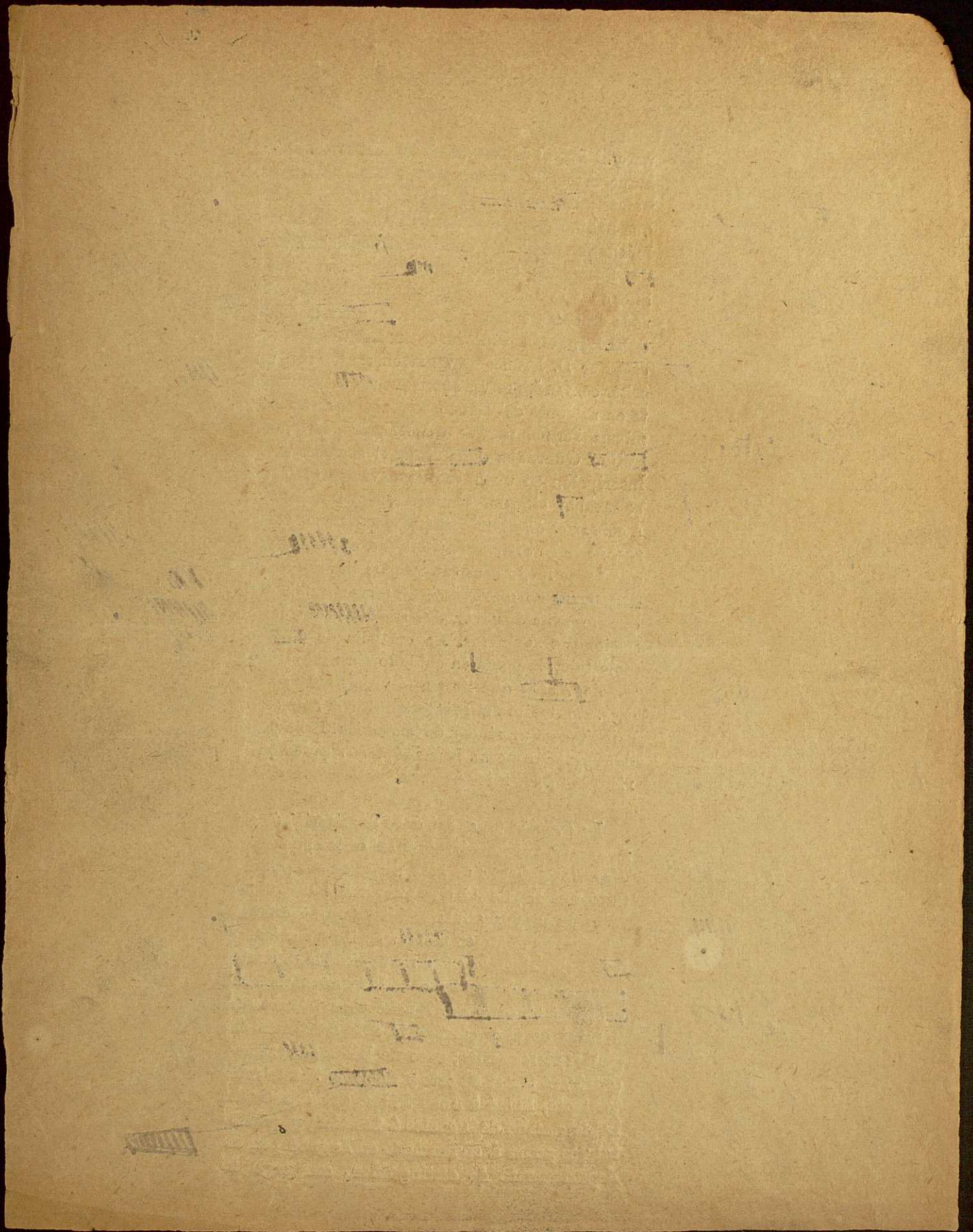
Aún insistió la viuda en que la otra, al llevarse su ropa, se llevase también su dinero;



pero al fin, el dinero quedó en favor de doña Lupe. Ascendía la suma á treinta mil reales, los veinte mil que le dió Feijóo, y diez mil y pico que habían producido desde aquella fecha, colocados en préstamos á militares por Torquemada. Precisamente en los días últimos del año, cuando ocurría lo que ahora se cuenta, casi toda la suma estaba sin colocación, y la tenía doña Lupe en su cómoda, esperando una *proporción* que D. Francisco tenía en tratos con un señor comandante. La suma que Fortunata en acciones del Banco, se conservaba en esta misma forma, porque así lo había dispuesto Feijóo. Guardaba doña Lupe el extracto de la inscripción en un hueco de su vargueño, y no se sacaba sino los semestres para ir al Banco á cobrar el dividendo. Sobre esta clase de valores, no hubo disputa entre las dos señoras, porque desde luego pensó Fortunata llevárselos, y doña Lupe no gustaba de conservar fondos de que no podía disponer para sus combinaciones financieras. La custodia de ellos le molestaba, la ponía en cuidado sin ningún beneficio. Así es que no sintió verlos salir de su casa. Los treinta mil reales quedaron bien agasajaditos en un rincón de la cómoda. Eran para doña Lupe como un hijo adoptivo á quien quería como á los hijos propios.

VI

La evasión (pues así debe llamársela) de su mujer, no fué notada por Maxi en los primeros días. Pero cuando se hizo cargo de ella, manifestó una inquietud que puso á la pobre doña Lupe en mayor aburrimiento del que estaba. Pensó seriamente en poner á su infeliz sobrino en un manicomio, pues no podía ella cuidarle como la temida enfermedad lo exigía, ni menos aspirar á su curación. Mucha pena le daba separarse de él y entregarle á la asistencia de gentes mercenarias; pero no había remedio. Para tratar de esto y disponer lo más conveniente, llamó á Juan Pablo, que á la sazón había pasado de Penales á Sanidad, y podría tal vez poner á su hermano en Leganés, en un departamento de distinguidos, con pago de



media pensión ó quizás sin pagar un cuarto.

Entre tanto Fortunata, al salir de la casa de su marido, y antes de dirigirse á su nueva morada, encaminó sus pasos á la de don Evaristo. Era éste la primera persona á quien tenía que consultar sobre la crítica situación en que se encontraba. Referirle lo ocurrido era ya para ella un verdadero castigo de su perversidad, porque de sólo pensarlo, le entraba espanto. Bueno se iba á poner Feijóo, al ~~ver~~ que lo refería, que la chulita ~~no~~ había hecho ~~maldito caso de los sanos consejos que le dió. Precisamente, había hecho todo lo contrario~~ saber de la doctrina práctica expuesta con tanto ardor y cariño por el simpático anciano cuando dispuso la separación. ~~Ay, la separación dispuesta en bien y provecho de ella!...~~ ¡Cuánto mejor no haberse separado de aquel hombre! ¡Ella le habría soportado en su vejez caduca, y habría sido feliz cuidándole como se cuida á un niño inocente! Al llegar á la Plaza de los Carros, y al ver la calle de Don Pedro, pensó que no tendría valor para contarle á su amigo ~~lo que había hecho~~. ¡Cómo, si era una contravención sistemática de todo lo prescrito en aquellas sabias reglas que tan bien exponía? ¿Pero en qué estaba ella pensando que no intentó cumplir algo por lo menos de lo mucho que le ordenara su protector?... Subió temblando por la ancha escalera, que estaba aquel día alfombrada y con muchos tiestos, por que la noche antes se había celebrado en la legación, con gran comistraje y mucha fiesta, el aniversario del Emperador. Así se lo dijo doña Paca á Fortunata, cuando ésta le preguntó por su amo. "Anoche ha estado muy inquieto, porque hemos tenido convite y recepción en el principal, y los coches no cesaron de alborotar en la calle hasta la madrugada. Esta casa es ordinariamente muy silenciosa; pero cuando hay ruido, parece que se hunde el mundo. Figúrese usted qué nos importará á nosotros que cumpla no sé cuántos años ese señor Emperador, á quien parta un rayo! ¡Valiente jaqueca nos dió anoche!... Pase usted. Hoy se encontrará un poco aturdido á consecuencia de la mala noche.

mangas y capirotes

sus últimas calaveradas

sin igual!

M.C.D.2020

Don Evaristo se hallaba ya en estado lastimoso. Las piernas las tenía casi completamente paralizadas, y salía á paseo en un cochecillo ó sillón de ruedas, que empujaba su criado. Iba á las Vistillas á tomar el sol y á veces se extendía hasta la plaza de Oriente por el Viaducto. Al centro de la Villa no venía nunca, y para las relaciones y amistades que en las partes más animadas de Madrid tenía aquella existencia paralítica y con tantos achaques aquella vida circunscrita al barrio extremo, era como una muerte anticipada, pues del verdadero Feijóo, tal como le conocimos, no quedaba ya más que una sombra. Estaba completamente sordo, teniendo que auxiliarse de una trompetilla para recoger algunos sonidos, su inteligencia sufría eclipses, su memoria se le perdía en ocasiones casi por completo quedándose en la tristeza del instante presente, sin ayer, sin historia, como si cayera de una nube en mitad de la vida, á la manera de un bólido. Sus distracciones eran ya puramente pueriles. Se pasaba las horas muertas haciendo el juego del *bilboquet*, ó bien entretenido en enredar con los muchos gatos que había en la casa. Todas las crías de la hermosa [illegible] de doña Paca se conservaban, [illegible] hasta [illegible] generación. Sentado al sol junto al balcón en su sillón muy cómodo, Feijóo arrojaba á sus graciosos amigos una pelota atada con un hilo, y se divertía riendo las monísimas cabriolas y morisquetas que hacían los pequeñuelos. Ó bien les tiraba la pelota á lo largo de la enorme estancia, ó ataba al hilo un pedazo de trapo, recogiéndolo, como recoge el pescador su aparejo, para verlos correr tras él. Cuando entró Fortunata, el juego del hilo y de la pelota estaba suspendido, por ley de variedad, y D. Evaristo tenía en la mano un *bilboquet*, saltando la bola, y acertando muy raras veces á clavarla en el palo. Dos ó tres gatitos blancos con manchas grises enredaban sobre él. Uno se le subía por la manta que le envolvía las piernas; otro estaba en su regazo sentado sobre los cuartos traseros, [illegible]ándose las patas con la lengua y el

M.C.D.2020

hocico con la pata; y un tercero se le había subido á un hombro y estaba allí siguiendo con preciosa atención los brincos de la bola del *bilboquet*, y marcándolos con la pata en el aire. Lo que él quería era meterle mano á la bola aquella tan bonita.

Al ver entrar á Fortunata, D. Evaristo puso una cara muy risueña. Todos sus sentimientos los expresaba riendo. La mandó sentar á su lado y aun quiso seguir en su juego inocente; pero tuvo que dejarlo para coger la trompetilla. Fortunata cogió en sus manos uno de los gatitos para acariciarlo.

"¿Qué hay?—dijo D. Evaristo mirándola de un modo que parecía indicar agradecimiento de las caricias que al pequeñuelo hacía.—¡Ah! ese es el más tunante de todos... Sabe más... y tiene más picardías... Con que veamos, chulita, ¿qué traes por aquí?

Fortunata no sabía cómo empezar. Contrariábala mucho tener que decir las cosas á gritos y temía que se enterasen los criados, la vecindad toda, el embajador con toda la gente extranjera. ¿Y cómo se podía contar una cosa tan delicada dando berridos, al modo que cantan los serenos las horas, ó como los pregones de las calles? Algo dijo que llevó á D. Evaristo el convencimiento de que su chulita se veía en un mal paso. De repente soltó mi hombre la risa infantil diciendo: "¿Apostamos á que ha habido algún *rasgo*? Precisamente lo que más prohibí, los dichosos *rasgos*, que siempre traen alguna desgracia.

Fortunata estaba consternada. No podía asegurar que lo que había hecho fuera *rasgo*; pero indudablemente era una cosa muy mala. Sobre todo no había hecho caso de las sabias recetas de vida social que le diera su amigo. Para hacerle comprender mejor que con largas explicaciones algo de lo que ocurría, sacó la inscripción que traía dentro de un sobre y éste lo llevaba envuelto en un papel.

Cuto

47

"¿Qué es eso, la inscripción? —dijo el viejo riéndose más.—¿Pues qué... jí jí jí... ha habido rompimiento con Maxi?...

Y se puso la trompetilla en la oreja para coger con ella la contestación.

"Completamente ido de la cabeza... manicomio.

—¡Que no come!

—Al manicomio... que le van á poner en Leganés...

—¡Ah! ¿Y doña Lupe?

—Ella y yo...

Fortunata hizo con sus dos dedos índices un signo muy expresivo, dándole punta con punta.

—Habeis reñido... jí jí jí... ¡Qué cosas! Doña Lupe muy lagarta...

El gatito que se había subido en el hombro del señor, estaba muy preocupado con la trompetilla. No sabía sin duda lo que era aquello, y quería saberlo á todo trance, porque alargaba la pata queriendo hacer un reconocimiento de tan misterioso objeto. La curiosidad del animalito interrumpió la audición, que era ya bastante penosa. Feijóo guardó el paquete de acciones debajo de la manta. Después dijo: se lo daré á mi banquero para que te lo guarde, y de él lo podrás recoger cuando te acomode... Pero qué ocurre... doña Lupe... jí jí jí... Todavía sostendrá que yo le hice el amor? No hay quien se lo quite de la cabeza. Y todo porque me solía parar en la esquina de la calle de Tintoreros, esperando á la mujer de Inza, el de la tienda de mantas.

anciano

ese bendito ?...

respuesta.

poniendolos

Ignoraba

como para

tomó el sobre

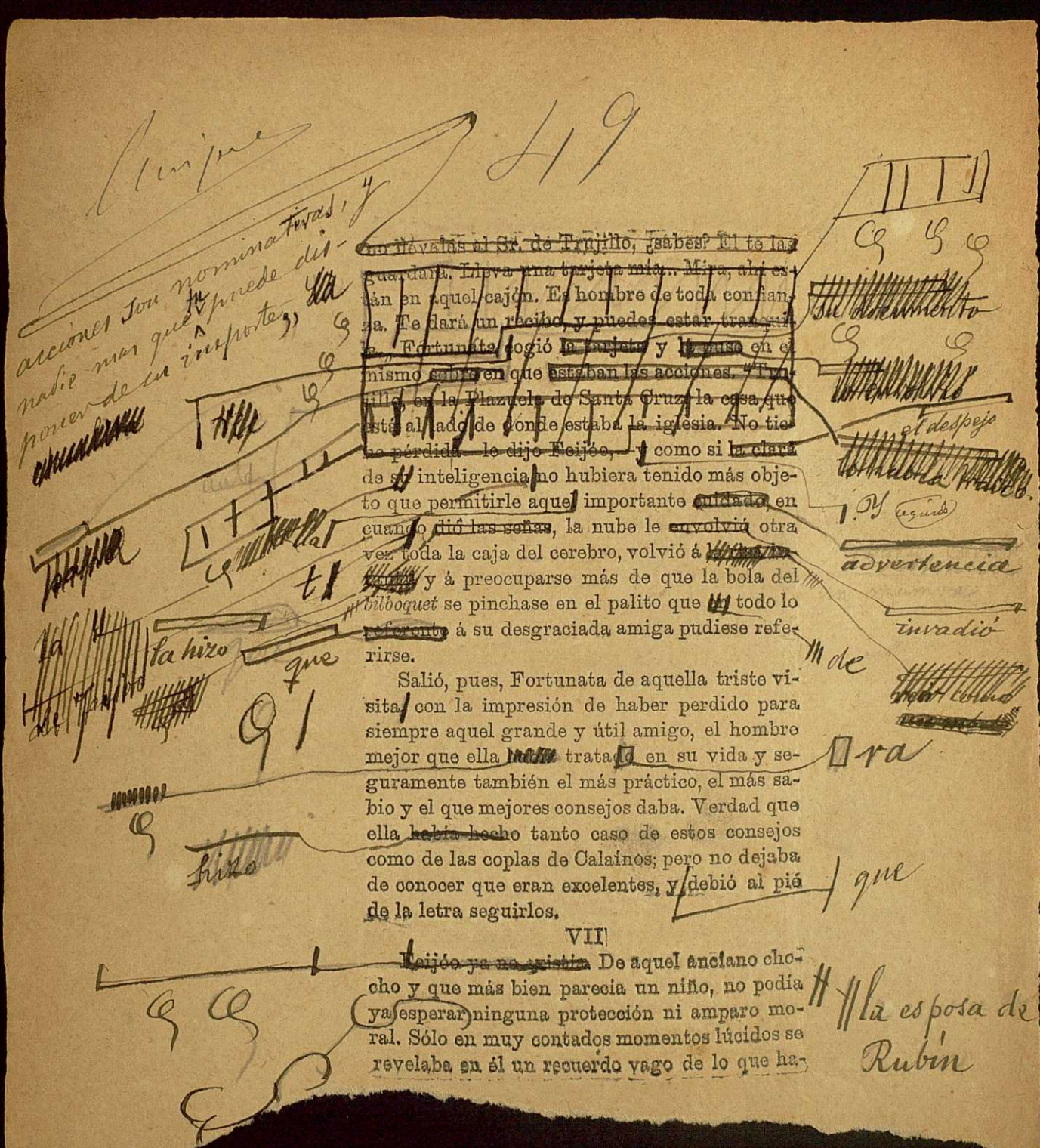
tomó la inscripción diciendo:

Vía

?

jí jí jí...

Después de esta brillante ráfaga de memoria, la preciosa facultad se eclipsó completamente, y el ayer se borró absolutamente del espíritu del buen caballero. Miró á su chulita con estupidéz y cierta expresión de duda ó sorpresa. Fortunata siguió pegando gritos. El no se enteraba; lo poco que oía era como si oyese el ruido del viento. No le sacaba sentido. Cansada de inútiles esfuerzos, Fortunata se sentó, mirando á su amigo con hondísima pena. Ya su amigo no existía. Aquella sombra no era el hombre de antes. De repente volvió á su risa infantil, motivada por las cosquillas que en el cuello le hacía el gatito... "Si es un granuja este... si no me deja vivir.„ Fortunata daba suspiros, sin que el anciano se enterase de esta manifestación de disgusto, ni de ella, comprendiendo que era inútil esperar de aquella ruina lamentable un consuelo y un consejo, decidió retirarse. Al darle un cariñoso abrazo, el anciano pareció volver en sí, recobrando su acuerdo, y se le refrescó la memoria. "Chulita, no te vayas—le dijo, dándole un palmetazo en el muslo.—¡Ah... qué tiempos aquellos! ¿Te acuerdas de aquellos días felices? Lástima que yo no hubiera tenido veinte años menos. Entonces sí que hubiéramos sido dichosos.„ Ella decía que sí con la cabeza. Entonces D. Evaristo pareció instantáneamente asaltado por una idea que le inquietaba. Después de meditar un instante, aprovechando aquella ráfaga de inteligencia que cruzaba por su cerebro, cogió el paquetito de acciones, y devolviéndoselo á Fortunata, le dijo: "No me dejes aquí. Puedo morirme de un momento á otro, y aunque son nominativas, quizás no llegaran á tus manos. Es mejor que los guardes tú. Descuidado, y



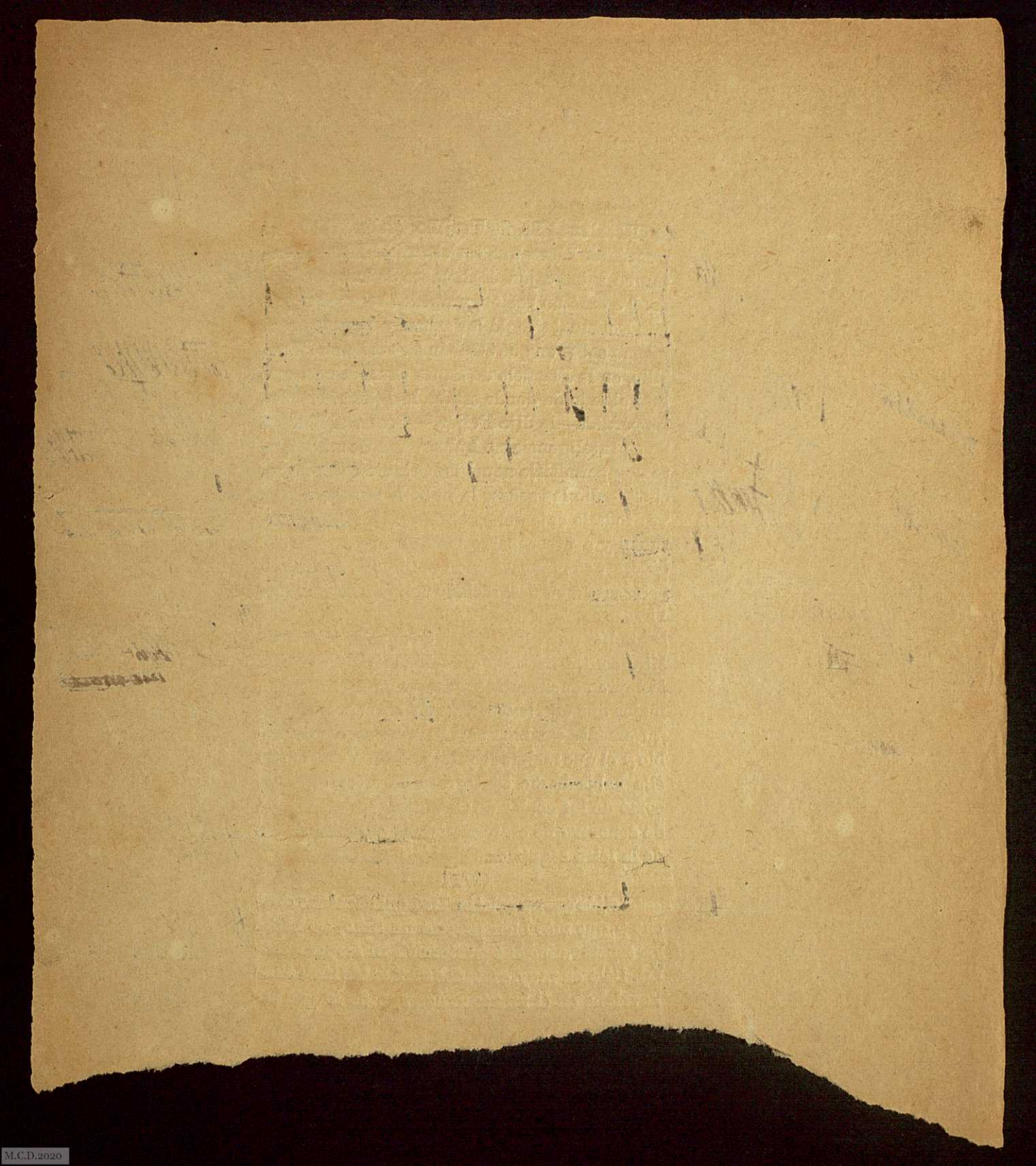
llevarás al Sr. de Trujillo, ¿sabes? El te las guardará. Lleva una tarjeta mía... Mira, ahí están en aquel cajón. Es hombre de toda confianza. Te dará un recibo, y puedes estar tranquila. Fortunata cogió la tarjeta y la puso en el mismo sobre en que estaban las acciones. "Trujillo, en la Plazuela de Santa Cruz la casa que está al lado de donde estaba la iglesia. No tiene pérdida—le dijo Feijóo, y como si la clara de su inteligencia no hubiera tenido más objeto que permitirle aquel importante cuidado, en cuanto dió las señas, la nube le envolvió otra vez toda la caja del cerebro, volvió á la [illegible] y á preocuparse más de que la bola del *bilboquet* se pinchase en el palito que todo lo referente á su desgraciada amiga pudiese referirse.

Salió, pues, Fortunata de aquella triste visita con la impresión de haber perdido para siempre aquel grande y útil amigo, el hombre mejor que ella [illegible] tratado en su vida y seguramente también el más práctico, el más sabio y el que mejores consejos daba. Verdad que ella había hecho tanto caso de estos consejos como de las coplas de Calaínos; pero no dejaba de conocer que eran excelentes, y debió al pié de la letra seguirlos.

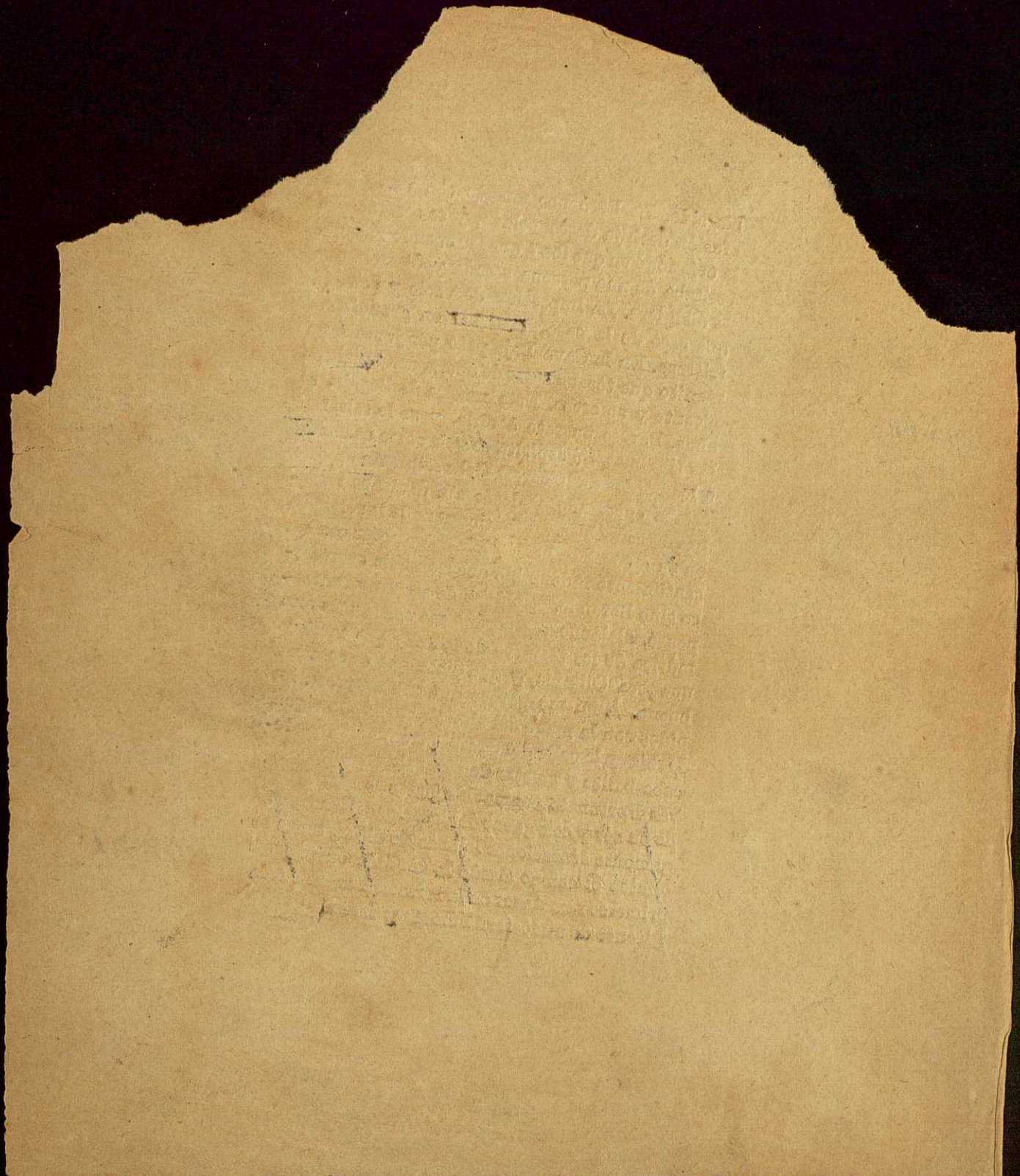
VII

Feijóo ya no existía. De aquel anciano chocho y que más bien parecía un niño, no podía ya esperar ninguna protección ni amparo moral. Sólo en muy contados momentos lúcidos se revelaba en él un recuerdo vago de lo que ha-

M.C.D.2020



bía sido. Le lloró por muerto con verdadera efusión de hija desconsolada, y se aterraba de la orfandad en que iba á quedar cuando más necesitaba de una persona sesuda y discreta que la dirigiera. La impresión de vacío y soledad que sacó de la casa, [illegible] en grandísima tristeza. En la Cava Baja pasó por junto á un pianito que tocaba [illegible] de ópera, con ritmo picante y amoroso. Esta música le llegaba al alma. Paróse un rato á oirla, y se le saltaron las lágrimas. [illegible] como asomada [illegible] los bordes de la cuenca del recipiente en que estaba encerrado, y desde allí divisaba regiones desconocidas. La música aquella le retozaba en la epidermis, haciéndola extremecer con un sentimiento indefinible que no podía expresarse sino llorando. "Yo debo de ser muy bruta—pensó, alejándose,—porque me gusta más esta música de los pianitos de la calle que la pieza que toca Olimpia, y que dicen que es cosa tan buena. A mí me parece que me aporrean los oidos con la mano del almiréz cuando la oigo." Había en la calle del Grafal otro pianito que tocaba bailes y aretas de zarzuela popular. Otra vez Fortunata, conmovida hasta lo más hondo de su sér y con ganas de llorar, percibiendo vagamente sensaciones lejanas de dicha, como se olfatea el campo desde la ciudad, cuando los primeros ramalazos de la tormenta traen á ésta giropes de atmósfera húmeda y fresca,



Había pensado Fortunata ir á su tía Segunda, que vivía otra vez en la Cava, y cuya casa pensaba alojarse; pero discurrió con buen acuerdo que antes debía depositar en el escritorio del Sr. de Trujillo las acciones, peligrosa y expuesta carga que no debía llevar mucho tiempo sobre sí. Hízolo como lo pensó, le dieron su resguardo y tomó entonces el camino de la Cava. Antes de entrar en el portal de la pollería, el mismo portal y el mismo edificio donde tuvo principio la historia de sus desdichas, una vecina le dijo que Segunda estaba en un puesto de la plazuela, comiendo con unas amigas. Fuése allá, y vió á su tía rodeada con otras dos junto á una mesilla, comiendo un guiso de cordero en platos de Talavera. Jarro de vino y botijo de agua completaban el servicio. Las tres damas estaban con los moños al aire, hablando á un tiempo en alta voz con ese desparpajo y esa independencia de modales que caracteriza á los vendedores ambulantes que viven siempre al aire libre. Segunda Izquierdo era una mujerona corpulenta y con la cara arrebatada, el pelo entrecano. Se parecía bastante á su hermano José, pero no conservaba tan bien como éste la hermosura de aquella *raza de gente guapa*, porque las miserias, las enfermedades y la vida aperreada de los últimos años habían hecho efectos devastadores en su cara y cuerpo de la placera. Los que la trataron en sus buenos tiempos apenas la conocían ya, porque su cara estaba toda llena de costurones, y en el cuello y quijada inferior llevaba unas rúbricas que daban fe de otros tantos abcesos tratados quirúrgicamente. El ojo derecho no estaba ya todo lo derecho que debía, á causa de una rija, y el párpado del mismo había adquirido cierta semejanza con un tomate á consecuencia de la aplicación de un puño cerrado, de lo que le resultó una inflamación que vino á parar en endurecimiento. El color arrebatado de esta parte de la cara así como de otras, provenía de la costumbre de alcoholizar la sangre más de lo conveniente. Ni aun su hermosa dentadura conservaba Segunda, pues un año hacía que empezaba á emigrar las piezas una tras otra. En cuanto vió venir á su sobrina, cogió de

M.C.D.2020

encima de la mesilla una llave enorme, que parecía la llave de un castillo, y alargándosela le dijo que subiera á la casa si quería. Las otras otras dos forasteras miraron á Fortunata con descarada curiosidad. A una de ellas la conocía la joven, á la otra no. Sentóse un momento en una banqueta que le ofrecieron, porque estaba cansada; pero sintiéndose molestada por las preguntas impertinentes de las amigas de su tía, subió al cuarto que debía de ser su albergue... hasta sabe Dios cuándo. Aquel barrio y los sitios aquellos éranle tan familiares, que á ojos cerrados andaría por entre los cajones sin tropezar. ¿Pues y la casa? En la casa, desde el portal hasta lo más alto de la escalera de piedra, veía ella pintada su infancia, con todos sus lances y accidentes de ella, como se ven pintados en la iglesia los Pasos de la Pasión y Muerte de Cristo. Cada peldaño tenía su historia, y la pollería y el cuarto entresuelo y después el segundo, tenían ese *revestimiento de una capa espiritual* que es propio de los lugares consagrados por la religión ó por la vida. "¡Las vueltas del mundo!—decía dando las de la escalera y venciendo con fatiga los peldaños.—¡Quién me había de decir que pararía aquí otra vez!.. Ahora es cuando conozco que, aunque poco, algo se me ha pegado del señorío. Miro todo esto con cariño; ¡pero me parece tan ordinario...! Aquellas tres mujeronas... ¡qué tipos! pues ¿y mi tía?...

El cuarto que entonces tenía Segunda en aquella casa era uno de los más altos. Estaba sobre el de Estupiñá. No había llegado Fortunata al segundo, cuando vió bajar á éste, y le entraron ganas de saludarle. Puso él una cara muy severa al verla; pero á pesar de esto, la joven sentía ganas de entrar en parola con él. Érale simpático; conocía sus apetitos *parlamentarios*, y aunque por sus amistades con los de Santa Cruz, podía contarle ella en el número de los enemigos, le miraba con buenos ojos, teniéndole por hombre inofensivo y bondadoso. "Aunque usted no quiera, D. Plácido, buenos días." El gran Rossini no se dignó volver hacia ella su perfil de cotorra, y refunfuñando algo que Fortunata no pudo entender, siguió por la escalera abajo, haciendo sonar con desusado estrépito los peldaños de piedra.

Nada más ver el cuarto. ¡Ay, Dios, qué malo era, y qué sucio y qué feo! Las puertas parecía que tenían un dedo de mugre, el papel estaba lleno de manchas, los pisos muy desiguales. La cocina era un horror. Indudablemente se había ella adecentado mucho y adquirido hábitos de señora, porque la vivienda aquella se le representaba como muy inferior á su categoría, á sus hábitos y á sus gustos. Hizo propósito de lavar las puertas y aun de pintarlas, y de adecentar aquel basurero lo más posible, sin perjuicio de buscar casa más á la moderna, quisiera ó no Segunda vivir en su compañía. El cuarto en que ella había de vivir, tenía una gran reja para la Plaza Mayor. Estuvo un rato ocupada en hacer mentalmente la colocación de sus muebles, la cama, la cómoda, una mesa y unas sillas. Por cierto que todo esto tenía que comprarlo, pues de la casa matrimonial no había de sacar nada. Recorriendo la casa vió que si el administrador se conformaba á hacer algunas reparaciones, no quedaría mal. Era menester blanquear la cocina, tapar con yeso algunos agujeros y enormes grietas que por todas partes había, empapelar la salita, que iba á ser su cuarto, y pintar las puertas. Ya discurría la jaqueca que le iba á dar el administrador, cuando se acordó (su gozo en un pozo) de que el administrador era Estupiñá y recordó que no había querido contestarle á su saludo al encontrarla en la escalera. "De seguro pensará en cuanto le hable de obras en la casa, se va á poner hecho un tigre. Claro, me tiene tirria, que es él más que un servilón de los de Santa Cruz. Con todo, pienso decirle algo, porque en último caso, con dejarle el cuarto le arreglo... Y ahora que recuerdo, esta casa era de D. Manuel Moreno-Isla, que el año pasado le dió la administración á D. Plácido. Me lo contó mi tía, y D. Plácido es tan tirano, que no da una paletada de yeso aunque le amartillen. Falta saber de quién es ahora la casa... ¿La habrá heredado doña Guillermina?...„ Quedóse pensando en que como su destino no le permitía salir de aquel círculo de personas que en los últimos tiempos la había rodeado, era como una red que la envolvía. Pensaba escabullirse por algún lado, y se encontraba otra vez cogida. "No; habrán heredado la casa los señores de Ruiz Ochoa, ó la mujer de Zalamero... Y después de todo, ¿á mí qué me importa que herede la finca Juan ó Pedro? Yo no la he de heredar,

Mañana mi mo
me voy

128

vamos, no dira —
che ha dicho: amigo mio
vete, y me voy! —

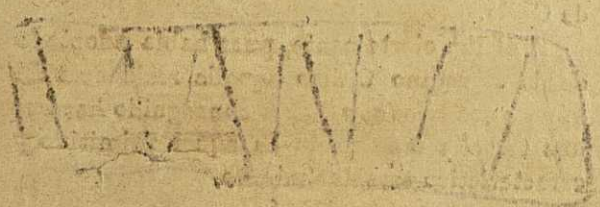
Si tuviera agua en abundancia, se pondría inmediatamente á lavar toda la casa; pero desde el siguiente empezaría. Vió que la reja daba á un balconcillo ó terraza, y al punto determinó poner allí todos los tiestos de flores que cupiesen. La vista del cuadrilátero de la plaza era bonita, despejada y alegre. El jardín lucía muy bien desde arriba, con sus dos fuentecillas y el caballo panzudo, del que Fortunata veía los cuartos traseros, como los de cebón, y el Rey aquel encima con su canuto en la mano. Acercábase Navidad, y ya estaban preparando los puestos de Noche-Buena. Desde su observatorio Fortunata á su tía y á las otras dos matronas que, ayudadas de un jayán, estaban claveteando tablas y armando un toldo. Poco después miró para la acera de la Casa-Panadería y vió á Juan Pablo, sentado en uno de los puestos de limpia botas, y le vió un periódico mientras le daban lustre al calzado. Después le vió pasar á la acera de enfrente y seguir hasta el rincón de la escalerilla, como si fuese al café de Gallo.

Él iba ciertamente, pues había adoptado desde el verano último aquella residencia. El género era bueno, y había conseguido hacerse una tertulia muy grata en aquel primitivo y característico establecimiento.

VIII

Como antes se ha dicho, á los pocos días de la desaparición de su mujer, Maxi empezó á echarla de menos, mostrándose receloso, y apeteciendo su compañía con cierta mimosidad fatal que á doña Lupe le enfadaba más que sus arrebatos raros airados y violentos. "¡Si él supiera!... Se me revuelve el estómago cuando le oigo decir que no puede vivir sin ella. Buena calamidad se me ha quitado de encima. ¡Ay Dios mío, estoy ahora como en la gloria." Juan Pablo y ella disertaron largamente sobre lo que se debía hacer, y por fin el primogénito dijo que intentaría aplicar á su hermano un buen sistema terapéutico, antes de recurrir al extremo de encerrarle en un manicomio. No se habían probado las duchas, ni el sacarle á paseo bien vigilado, ni los arsenitos, que estaban dando tan buen resultado contra la peri-encefalitis difusa y contra toda la meningo-encefalitis, etc... y siguió echando términos de medicina por aquella boca, pues entonces le daba por leer libros de esta ciencia, y con una idea tomada de aquí y otra de allá ha-

M.C.D.2020



M.C.D.2020

Dicho y hecho. Todas las mañanas iba Juan Pablo á buscar á su hermano, y unas veces engañado, otras casi á la fuerza, le llevaba á San Felipe Neri, y allí le administraba una ducha capáz de resucitar á un muerto. Algunas tardes le sacaba á paseo por las afueras, procurando entretener su imaginación con ideas y relatos agradables, absolutamente contrarios al fárrago de disparates que había tenido últimamente en su cerebro. A los quince días de este tratamiento, [illegible] mejoró visiblemente, y su hermano y médico estaba muy satisfecho. Algunas tardes se expresaba así durante el paseo como la persona más razonable. De su mujer no hablaba nunca. Cuando saltaba en la conversación algo que de cerca ó de lejos se relacionara con ella, se le veía caer en sombrías meditaciones y en un mutismo tétrico del cual Juan Pablo, con todas sus retóricas, no le podía sacar. Una mañana, al salir de la ducha, y cuando el enfermo parecía entonado por la reacción, ágil y con la cabeza muy despejada, se paró en la calle y cogiendo suavemente las solapas del gabán de su hermano, le dijo: "Pero vamos á una cosa. ¿Por qué ni tú, ni mi tía, ni nadie quereis decirme dónde está mi mujer? ¿Qué ha sido de ella? Tened franqueza, y no hagais más misterios conmigo... ¿Es que se ha muerto, y no me lo quereis decir? ¿Temeis que la noticia me altere mucho?"

Juan Pablo no supo qué contestarle. Viendo en la cara y en los ojos de su hermano señales de [illegible], trató de desviar la conversación. Pero [illegible] se aferraba á ella repitiendo sus preguntas y parándose á cada instante. "Pues mira—le dijo al fin su hermano.—Hazte cuenta que se ha muerto... porque lo que yo te digo... Pongamos que no vive. ¿A tí qué [illegible] ¿Para qué quieres tú mujer? Las mujeres no sirven más que para dar dis-

gustos, chico. Ve aquí por lo que yo no he querido casarme nunca.

—¡Muerta! —dijo Maxi con extraordinaria luz en los ojos.—¡Muerta!... De modo que yo me puedo volver á casar.

Al decir esto, se insubordinaba; no quería ir por la acera, sino por el empedrado, dando manotadas y tropezando con algunos transeuntes. Juan Pablo le metió en un coche para llevarle á su casa. Enterada [illegible], apoyó la misma idea respecto á Fortunata, diciéndole: "Hijo, todos nos tenemos que morir. No te asombres de que le haya tocado á ella la china antes que á tí. Si Dios se la ha querido llevar, ¿qué quieres que hagamos? conformarnos, mandar decirle sus misas correspondientes... y yo te aseguro que ya lleva dichas más de cuatro y consolarnos poco á poco, como podamos."

Desde que ocurrió esto, la mejoría iniciada con el nuevo tratamiento pareció desmentirse. El enfermo no alborotaba; pero volvió á chapuzarse en hondísimas abstracciones. Sin duda en su cerebro había aparecido una nueva idea, ó reproducídose alguna de las antiguas, como en la difteria aparecen nuevas placas cuando se creían vencidas las primeras. Durante muchos días no nombró á su mujer, hasta que una noche, yendo de paseo con Juan Pablo por las calles, se paró y le dijo: "Me quieres hacer creer que se ha muerto. ¡Qué tontería! En ese caso, ¿por qué no nos vestimos de luto?

—¡Qué atrasado de noticias estás! ¿No sabes que hay ahora una ley prohibiendo el luto?

—Una ley prohibiendo el luto! Si creerás que á mí me comulgas con ruedas de molino. Pero va... Mira, chico, aunque parece que estoy trastornado, veo más claro que todos vosotros.

Y no se habló más del asunto. Conviene apuntar, antes de pasar adelante, que aquella

M.C.D.2020

57

abnegación de Juan Pablo y el asiduo interés que por la salud de su hermano mostraba, serían absolutamente inexplicables, dado el egoismo del señor de Rubín, si no se acudiera para encontrar la causa á ciertas ideas relacionadas con la economía política, ó la ciencia que llaman financiera. Tiempo hacía que Juán Pablo tenía un proyecto de conversión de ~~una~~ deuda flotante, proyecto vasto, para cuya ~~realización~~ necesitaba el concurso de ~~los~~ Rostchild, por otro nombre, su tía. Respecto á la necesidad del empréstito, no cabía la menor duda; era cuestión de vida ó muerte. Lo que restaba era que doña Lupe se prestase á hacerlo, pues la garantía moral de la entidad ~~que pedía los cuartos~~ no era ni con mucho tan sólida como la de Inglaterra ~~á~~ Francia. Empezó, pues, el primogénito de Rubín por ~~lavarle la cara y quitarle moldes~~ prest~~ándole~~ en aquel delicado asunto de la enfermedad de Maxi la ayuda que se ha visto. Iba ~~casi todos los días~~ á la casa, y en todo cuanto hablaba con su tía, era de la opinión de ésta, ~~así fuese cosa~~ de política lo que se hablaba. Hizo elogios del Sr. de Torquemada; explanó ~~con gran calor~~ la necesidad de arreglar sus propios asuntos, con aquello de *año nuevo vida nueva*, estableciendo en sus gastos ~~el~~ orden ~~más riguroso~~. Cuando hallaba ocasión, echaba una puntadita; pero doña Lupe tenía más conchas que un galápago, y se hacía la tonta... pero tan tonta que ~~era preciso~~ pegarle.

~~Juan Pablo~~, apretado por el crecimiento aterrador de su deuda flotante, desplegaba un tesón y constancia más que fraternales en el cuidado de Maxi. En Enero del 76, había conseguido domarle hasta el punto de que le llevaba consigo á la oficina, teníale allí ocupado en ordenar papeles ó en tomar algún apunte, y por las noches solía llevarle ~~consigo al~~ café, ~~en cuya tertulia~~ estaba el pobre chico ~~enfermo~~

la casa
primera
arle
ó
de continuo
ya fuese
entusiastas
escrupul
que no haría mas el primer lord de la Tesorería inglesa.
o
su
éxito
contratante
oficiosa
ya de Hacienda
tan
acaloradamente
había que
un
el filósofo
á la tertulia del
donde.

como en misa, oyendo atentamente lo que se decía, y sin desplegar sus labios. Rara vez sacaba Maxi de su cabeza aguel viejo y maldecido tema de la *liberación voluntaria* de la muerte de la bestia; pero una noche que estaban solos en el café, lo sacó, como se trae del desván un trasto viejo y se le limpia el polvo á ver si lo ha deteriorado el tiempo y lo han roído los ratones. Con gran serenidad, Juan Pablo, oficiando de maestro de filosofía, dijo lo siguiente: "Mira, el dogma de la *solidaridad de sustancias*, ha sido declarado cursi por todos los sabios de la época, congregados en un concilio ecuménico, que acaba de celebrarse en... Basilea. Las conclusiones son curiosas. Como no lees la prensa, no te enteras. Pues se ha decretado que son cursilones, incapaces de Sacramento todos los individuos que creen en la *liberación por el desprendimiento*, y en que se debe dar muerte *á la bestia*. A los que sostienen la heregía filosófica de que va á venir un nuevo Mesías, encarnándose en una mujer, etc., etc..., se les declara [illegible] de capirote y se les condena á ridiculéz [illegible].

—Mirá, tú—dijo Maximiliano con el acento más grave del mundo y como quien hace una confidencia importante.—Eso del Mesías no lo he creído yo nunca, ni era dogma ni nada que se le parezca. Lo dije porque tuve un sueño, y al despertar se me quedó aquella idea que me andaba aquí dentro como un cascabel. Pero con la seguridad de que no he creído nunca en tal Mesías, aunque hablara de él. Lo que hay es que me entraron ciertas sospechas, y hablé á mi mujer de Mesías, á ver si diciendo lo falso averiguaba lo verdadero. Me entró en aquellos días una idea de lo más estrafalario que te puedes imaginar, una idea que debía de ser criada aquí en el seno cerebral, donde fermenta eso que llaman celos. ¿Qué creerás que era? Pues que mi mujer me faltaba y estaba en cinta. ¿Ves qué disparate?

—De veras que lo es, y de los gordos.

—Sentía en mí, detrás de aquella idea, una calentura de celos que me abrasaba. Para averiguar si era fundada aquella picara idea, fuí ¿y qué hice? Pues saqué [illegible] del Mesías que iba á venir, diciéndole que ella lo tenía en su seno y que el papá era el *Pensamiento puro*... En fin, que con esta farsa pensaba yo arrancarle la confesión de lo que se me había puesto en la cabeza. ¿Qué resultó? Nada; porque aquella noche me puse muy enfermo; pero después he comprendido mi desatino, he visto claro, muy claro, y... Dios la perdone.

Empezó á tomar su café, y en tanto Juan Pablo, se decía con tristeza: "¡Pero qué malo está esta noche! [illegible], qué malo", Maxi repitió hasta seis veces el *Dios la perdone*, y cuando entraron Leopoldo Montes y otro amigo, se calló.

A la hora y media de tertulia, dió en celebrar con [illegible] hilaridad las [illegible] que Montes contaba. Después tomó parte en la conversación, expresándose con tanta serenidad y con juicios tan acertados, que se maravillaban de oirle todos los presentes. Juan Pablo [illegible] así: "Pues no está tan [illegible] como [illegible] y lo que dijo antes [illegible] celos de ser [illegible] revela talento." ¡Por vida de la santísima uña del diablo! Si consigo yo ponerte bueno, mi

M.C.D.2020

querida tía, no tendrá más remedio que hincar la jeta y darme lo que necesito.»

IV

Vida nueva.

I

El día 4 del mes de Enero, Fortunata sintió un campanillazo y salió á abrir mirando antes por el ventanillo, que era una chapa de hierro con agujeros (estilo primitivo). Era Estupiñá, que miraba á los agujeritos de la chapa del modo más autoritario. Abrió la joven, y el gran Plácido, con gesto disciplicente, las cejas algo fruncidas, mostrando en una mano el bastón cuyo puño era una cabeza de cotorra (regalo que le trajeron de Sevilla los señores de Santa Cruz), alargó con la otra un papel que tenía un sello. "El recibo del mes—dijo en tono de déspota asiático que dicta una orden de pena de muerte.

—Pase D. Plácido—dijo ella sonriendo.—Tengo que hablarle.

—Yo no paso. Vengan los cuartos. No tengo ganas de conversación.

¡Decir aquel hombre que no tenía ganas de conversación, era la mayor de las mentiras! Pero el tesón podía en él más que el liviano apetito.

"¡Jesús, qué mal genio ha echado usted!... Si le voy á dar el dinero. No tendrá usted mejores inquilinas que nosotras.

—¿Sí? Buenas jaquecas me ha dado la Segunda. No... yo no paso; no se empeñe usted.

—Quiero que vea usted cómo está la casa, para que se convenza de que aquí no pueden vivir cristianos.

—Pues mudarse.

—Pero, hijo, ¡qué tiránico se ha vuelto! No he visto casero más malo... ¿Pero ni siquiera me blanqueará la cocina? Parece una carbonería. Y hay cada agujero... Yo no puedo vivir entre tanta suciedad. ¿Sabe lo que le digo? Que si no quiere usted hacer las obras, las haré yo por mi cuenta.

—Eso es otra cosa. Siempre que sea bajo mi vigilancia y...

—Pase, pase y verá...

Al fin Plácido se dignó entrar por el pasillo

adelante. Fué á la cocina, echó un vistazo á la alcoba que estaba llena de grietas...

"No se pueden hacer obras cada vez que lo pide un inquilino, porque sería el cuento de nunca acabar. Mañana, si á mano viene, se mudan ustedes, y el que ~~venga~~ quiere traer también los albañiles. No podemos. El mes pasado me he gastado más de veinte mil reales en reparaciones. Conque, despácheme, que tengo prisa.

—¿Pero se ha vuelto usted cohete? Siéntese un momento. Dígame una cosa...

—No tengo que decir cosas. ~~No tengo más ditas ganas de conversación.~~

—¡Ay qué pólvora de hombre! Mire que así va á vivir poco.

—Mejor.

—Siéntese. En seguidita le doy el dinero. Pero dígame una cosa que quiero saber. ¿De quién es ahora esta casa?

—Eso á usted no le importa. ¿Cree que estoy yo para perder el tiempo? La casa es de su amo. Le repito que no tengo ganas de conversación. ¿Es que quiere usted comprar la casa? Vamos, ~~viesa~~.. Ya sabe usted que soy hombre de pocas palabras.

—¿De pocas?... digo... pues si lo fuera de muchas. Si usted el día que nació, estaba charlando por siete. Dígame... ¿de quién es la casa?

—De su amo. Conque... Bastante hemos hablado... y finalmente: la finca es magnífica; está tasada en treinta y cinco mil duros. Sólo el pedernal de los cimientos y la berroqueña de la escalera valen un dineral. ¿Pues y las paredes? El otro día, al abrir un hueco, los albañiles no le podían meter el pico. Nada, que *talmente* se rompen las herramientas en este ladrillo recocho que parece un diamante... Pues para concluir... no tengo ganas de conversación. Cuando se abrió el testamento del señor D. Manuel Moreno-Isla, que en gloria esté, testamento hecho tres años há, se encontró que dejaba esta casa y el solar de la calle de Relatores á doña Guillermina Pacheco, su tía... La señora ha hipotecado ambas fincas para acabar el asilo, y por eso verá usted que va éste echando chispas. Piensa acabarlo este año... Con que...

Extendió la mano, y con la otra mostraba el bastón como si fuera un bastón de autoridad.

"Doña Guillermina mi casera—dijo Fortunata, pensativa, contándole el dinero en la mano—Pues á ella le voy á pedir que me haga las obras. Es amiga mía.

—Qué ha de ser amiga de usted... qué ha de ser—replicó Estupiñá con sarcasmo.—Y si quiere usted verla furiosa, habléle de obras que no sean las del asilo.—Adios; que haya salud... ¡Ah! me olvidaba, y cuidado con los tiestos del balcón. Como yo vea rezumos de agua, la echo á usted, cuente que la echo... ¡Ave María Purísima, y cuánta planta tiene usted aquí! Es un jardín... Me parece mucho peso... ¡Qué vistas tan hermosas! Mal año ha sido este para los puestos de Navidad. Están los pobres vendedores que trinan. Ya se ve... con tanta agua... Y hoy me parece que tenemos nieve. En toda mi vida no he visto un invierno tan frío como este. ¿Sabe usted que se murió el sordo, el del puesto de carne. Ayer... de repente. Yo le ví tan bueno y tan sano anteayer, y... ¡qué vida esta!... En fin, voy á ver si le saco algo á los del segundo de la izquierda. Me deben cinco meses. ¡Ay qué gente! Si la señora me dejara, ya les habría puesto los trastos en la calle; pero la señora es así, no quiere desahucios.—"Por Dios Plácido, no les eches... los pobrecitos ya pagarán; es que no pueden."—Pero señora, con que me dieran lo que gastan en aguardiente y lo que se dejan en las pastelería de Botín. Total, que con caseras como doña Guillermina, estos bribones de inquilinos hacen lo que les da la gana.

Tanto y tanto charló aquel hombre, que Fortunata, después de rogarle mucho para que entrara, le tuvo que echar con buen modo: "Pero D. Plácido, mire que se le va á hacer tarde...

—¡Ah! sí... la culpa la tiene usted que es lo más habladora... Abur, abur...

Fortunata no salia nunca á la calle. Le traía la compra, y ella se hacia su comida. Pues Segunda se pasaba casi todo el día en

que tenía puesto en la plazuela la hacia la compra.

puesto de verduras que había tomado. Durante una temporada había vendido tubos por las calles, después zapatillas, luégo tuvo el negocio de café ambulante para dar la mañana á la gente de la plazuela, y por fin se *afincó* en un puesto de verdura, en el callejón de

En los días que siguieron á la primera visita del administrador de la casa, Fortunata no podía apartar de su pensamiento á la que por tan breve espacio de tiempo había sido su amiga. "¡Quién le había de decir á ella y quién me había de decir que viviría en su casa! Vueltas da el mundo. En aquellos días, ni á mí se me pasaba por la cabeza venirme aquí, ni esta casa era tampoco de ella." Y cuando don Plácido le cuente que estoy aquí, ¿qué dirá? ¿Se pondrá furiosa y querrá echarme á la calle? Tal vez no, porque como es tan santa... Cuando esta idea ú otra semejante le refrescaba el recuerdo de la inaudita escena y altercado en el gabinete de doña Guillermina, sentía la pobre mujer que su conciencia se le alborotaba, y no podía aplacarla ni aun arguyéndose que *la otra la había provocado*. "Me cegué, no supe lo que hice. De veras digo que si tuviera ocasión le habría de decir á doña Guillermina que me perdonara."

La soledad en que vivía fomentaba en ella esta resurrección mental de lo pasado, inspirándole juicios muy claros de sus acciones y sentimientos. Todo lo veía entonces transparentado por la luz de la razón, á la distancia que permite apreciar el tamaño de los objetos, así como la paz del claustro permite á los arrepentidos ver los errores y maldades que cometieron en el bullicio del mundo. "¿Y á Jacinta, le pediría yo perdón?"—se preguntaba sin acertar con la respuesta. Tan pronto se le ocurría que sí como que no. La había ofendido y ultrajado, cuando ella no hacía más que contarle á la santa sus penas y el conflicto en que estaba. Por fin, á fuerza de meditar en ello, amasando sus ideas con la tristeza que destilaba su alma, empezó á prevalecer la afirmativa. Cierto que debía pedirle perdón por el intento que tuvo de arañarle la cara, ¡qué barbaridad! y por las palabras que se dejó decir. Mas para que esta idea triunfase por completo, faltaba aclarar una duda, faltaba aclarar el siguiente punto:

¿Había faltado Jacinta con el señor de Moreno? Porque si había faltado, allá se iba la una con la otra, y tan buena era Juana como Petra. La señora de Rubín llegaba en sus cavilaciones á una solución terminante en este punto oscurísimo. Ya afirmaba la culpabilidad de la mona del ..., ya la negaba. "Daría yo cualquier cosa—exclamaba invocando al Cielo, —por saber la verdad, esa verdad que ahora no saben más que Dios y ella, pues el tercero que la sabía se ha muerto. La sabrá también el confesor de Jacinta, si es que lo ha confesado. Pero nadie más, nadie más. Pues no sé qué daría yo por saberlo de cierto. Esta curiosidad me quema la sangre... Y ya ves, diferencia de una cosa á otra... Si pecó, todo varía en mí, y no me rebajo yo á pedirle perdón; pero si no faltó... ¡Ay! la dichosa *mona* me pone el pié en cabeza y me la aplasta, lo mismo que pintan á la Virgen aplastándole la cabeza á la serpiente."

De aquí pasaba á otro eslabón de ideas: "Y ahora estamos las dos ... A ninguna de las dos nos quiere. Estamos lucidas. Las dos nos podríamos consolar... Porque en mi terreno, yo soy también virtuosa, quiero decir que yo no le he faltado con nadie, y si ella se hace cargo de esto, bien podría venir á mí, y las dos nos consolaríamos, y entre las dos buscaríamos á la que nos le entretiene ahora, y la pondríamos que no habría por donde cogerla... Vamos á ver, ¿por qué Jacinta y yo, ahora que estamos iguales, no habíamos de tratarnos? Por más que digan, yo me he afinado algo. Cuando pongo cuidado en ello digo ... disparates. Como no se me suba la mostaza á la nariz, no ... ninguna palabra fea. Las señoras Micaelas me desbastaron, y mi marido y doña Lupe me pasaron la piedra pomez, sacándome un poco de lustre. ¿Por qué no nos habíamos de tratar, olvidando aquellas ... que nos dijimos?... Esto en el caso de que sea honrada, porque si no, no me rebajo. Cada una tiene su ... de honrada."

Pasaba sin pensarlo á otro eslabón. "Pero ella no querrá... Tiene mucho orgullo y mucho tupé, mayormente ahora que se la comerá la envidia. Que no me venga ahora hablando de sus derechos... ¿Qué derechos ni qué ocho cuartos? Con esto que tengo ahora los derechos son míos. Esta idea no me la quita nadie; es de Dios que me la metió en la cabeza. Yo tengo un hijo; ella no. El día que lo sepa va á rabiar tanto, que se va á morir del berrinchín. ¿Dirá que es mujer legítima?... ¡Bueno! Todo queda reducido á unos cuantos latines que le echó el cura y á la ceremonia, que no vale nada... Esto que yo tengo, señora mía, es algo más que latines, fastidiese usted... Los curas y los abogados, mala peste cargue con ellos, dirán que esto no vale... Yo digo que sí vale, es mi idea. Cuando la Natural habla, los hombres se tienen que callar la boca.„

Esto que parecía un pensamiento expresado con arte, lo dijo ella del modo más llano del mundo. Y su convicción era tan profunda, que de ella tomaba fuerza para soportar aquella vida solitaria y tristísima.

II

Una mañana al levantarse, vió que había caído durante la noche una gran nevada. El espectáculo que ofrecía la plaza era precioso; los techos enteramente blancos; todas las líneas horizontales de la arquitectura y el herraje de los balcones perfilados con purísimas líneas de nieve; los árboles ostentando cuajarones que parecían de algodón, y el Rey Felipe III con pelliza de armiño y gorro de dormir. Después de arreglarse volvió á mirar la plaza, entretenida en ver cómo se deshacía el mágico encanto de la nieve; cómo se abrían surcos en la blancura de los techos; cómo se sacudían los pinos su desusada vestimenta; cómo, en fin, en el cuerpo del Rey y en el del caballo se desleían los copos y chorreaba la humedad por el bronce abajo. El suelo, á la mañana tan puro y albo, era ya al medio día una charca cenagosa, en la cual chapoteaban los barrenderos y mangueros de la Villa, disolviendo la nieve con los chorros de agua.

y revolviéndolo con el fango para echarlo todo á la alcantarilla. Divertido era este espectáculo, sobre todo cuando restallaban los airosos surtidores de las mangas de riego y los chicos se lanzaban á la faena, armados con tremendas escobas. Miraba esto Fortunata, cuando de repente... ¡ay, Dios mío! vió á su marido; era él, Maxi, que atravesaba la plaza entrando por el arco del 7 de Julio, y tuvo que retroceder saltando más que de prisa, porque el chorro de agua le cortó el paso. Instintivamente se quitó la joven de su balcón; pero después se volvió á asomar, diciéndose: "Si aquí no puede verme... Lo que menos piensa él es que está tan cerca de mí... Vamos; da la vuelta... Se ha metido por los soportales. Sin duda va al café del Gallo á reunirse con su hermano, el otro chiflado... ¿Pero cómo es que le dejan salir sólo? ¿Se habrá puesto bueno? ¿Estará mejor? ¡Pobre chico!... ¡Quién diría que después de aquellos achuchones tan tremendos iba á andar suelto por la calle como las personas que tienen la cabeza sana...

Y no se volvió á acordar más de él hasta la noche, cuando estaba acostada, sola en la casa, pues su tía no había entrado aún.

"Es una barbaridad que le dejen salir solo á la calle. El mejor día hace cualquier desavío y van á ver... Pues ahora que le he visto suelto, voy á tener miedo y á ponerme á discurrir si se meterá aquí el mejor día... La suerte es que no sabrá dónde estoy; buen cuidado tengo yo de que no lo sepa. ¿Pero quién está segura de ningún secreto en estos tiempos? A lo mejor, cualquier intencionado se lo dice y ya tenemos jaqueca otra vez... Como no le dé por venir á matarme... Eso tendrá que ver. Pero muy descuidada tendrá que cogerme, porque le deshago yo de un par de porrazos... Pero, ¿y si entra, se esconde, me acecha, y ¡pim! me pega un tiro? Todo se puede esperar de un hombre que está completamente ido de la cabeza... No; yo tengo que estar con mucho cuidado. No abro la puerta á nadie. Y voy á decirle á mi tía que necesito tomar una criada. Una chiquilla

22- 4. -14. 15 Julio

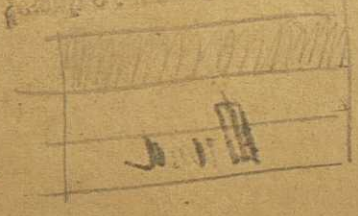
y la imposición, así como Papitos, me vendría muy bien. Sola todo el día... ¡Ah! gracias á Dios, ya siento el llavín de mi tía, que entra. ¿Será ella ó será alguno que le ha quitado el llavín y viene á matarme?... Tía, tía, ¿es usted?

—Yo soy, ¿que se te ocurre?...

—Nada; ya estoy tranquila. Es que me da mucho miedo de estar sola, y me parece que entran ladrones, asesinos y qué sé yo...

Tranquilizándose, se dormía oyendo dar las doce en el reloj de la Casa-Panadería. Oía claramente algunas campanadas; después el sonido se alargaba, alejándose como si se balanceara en la atmósfera, para volver hasta herir los cristales del balcón. En el estado incierto del crepúsculo cerebral, imaginaba que el viento venía á la plaza á jugar con la hora. Cuando el reloj empezaba á darla, el viento la cogía en sus brazos y se la llevaba lejos, muy lejos... Después volvía para acá, describiendo una onda grande, y retumbaba ¡plam! tan fuerte como si el sonoro metal estuviera dentro de la casa. El viento pasaba con la hora en brazos por encima de la Plaza Mayor y se iba hasta Palacio, como si por toda la villa fuera mostrando la hora y diciendo á sus habitantes: "Aquí teneis las doce." Y luégo para acá, ¡plam!... ¡ay! era la última. El viento entonces se largaba. Otras noches se entretenía Fortunata imaginando que la hora de la Puerta del Sol y la hora de la Panadería se enzarzaban. Empezaba la una, y le respondía la otra. De tal modo se confundían los toques, que no conocía aquella hora ni la misma noche que la inventó. Las doce de acá y las doce de allá eran un concierto interminable de campanadas.

"Vamos, que también se oye la Merced... Tantísima hora, tantísima hora, y no sabe una si son las doce ó que...,



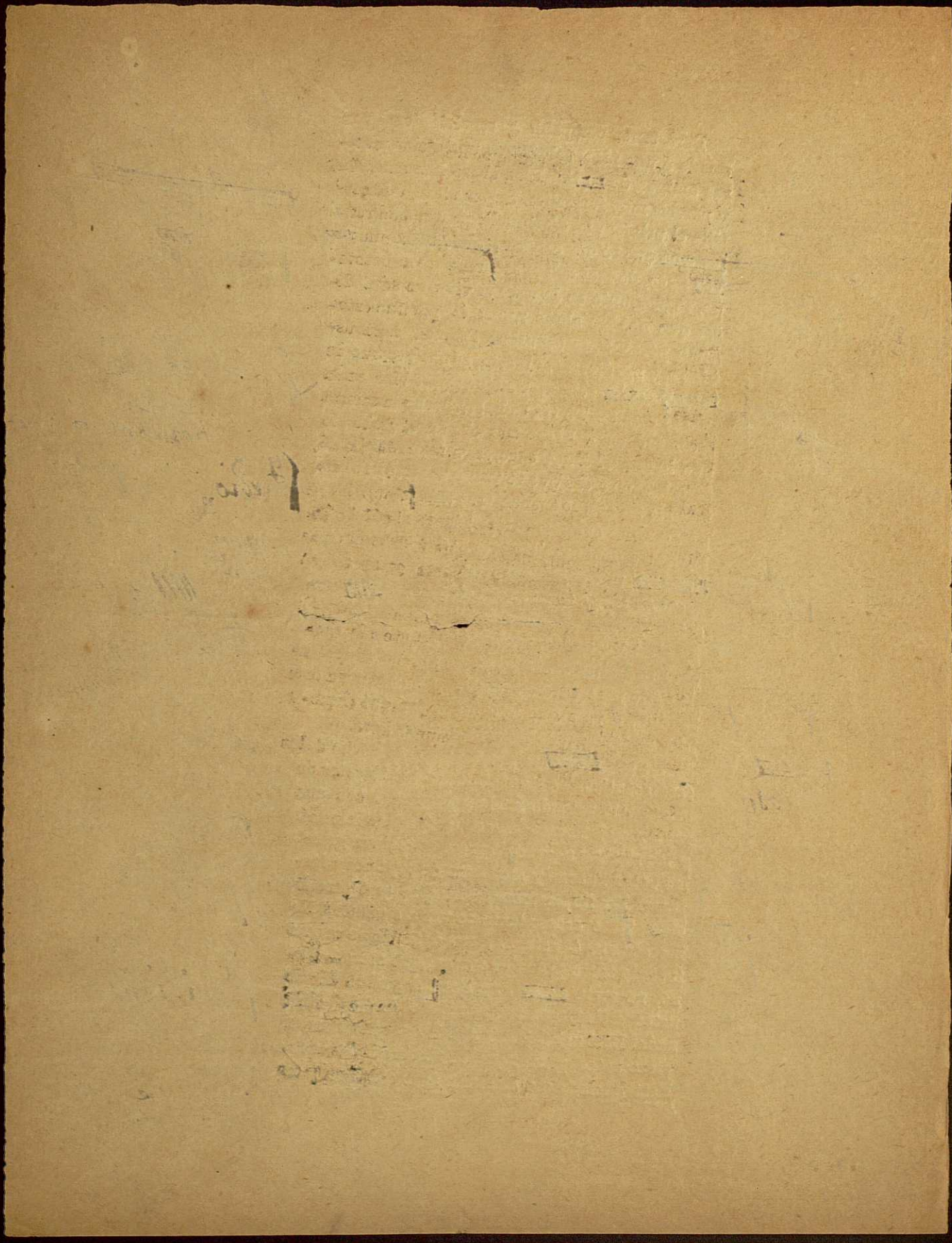
M.C.D.2020

Para tener compañía y servicio, tomó por criada á una niña, de una de las placeras amigas de su tía. Llamábase Encarnación y parecía muy formalita. Su ama le leyó la cartilla el primer día, diciéndole: "Mira, si alguna persona que tú no conoces, fíjate bien, un hombre flaco, de mal color, así un poco alborotado, te pregunta en la calle si vivo yo aquí, dices que no. No abras nunca la puerta á ninguna persona desconocida. Llaman, miras, y vienes y me dices: "Señorita, es una persona de tales y cuales señas." Conque fíjate bien en lo que te mando. Tu tía te habrá hecho la misma recomendación. Si no nos obedeces, ¿sabes lo que hacemos? Pues cogerte y mandarte á la cárcel. Y no creas que te van á sacar: allí te estarás lo menos, lo menos, tres años."

La chica cumplía estas órdenes al pié de la letra. Un domingo llamaron. "Señorita, aquí hay un hombre con barbas largas, muy señorado... y tiene la voz así, como respetosa."

Miró Fortunata por los agujeros de la chapa. Era Ballester. "Dile que pase." Se alegraba de verle para enterarse de lo que ocurría en la familia, y para que le contara por qué demonios andaba suelto Maxi por esas calles.

De tan bueno estaba turbado el bueno del farmacéutico. Venía vestido con los trapitos de cristianar, peinado en la peluquería, con una raya muy bien sacada desde la frente á la nuca, y las mechas negras chorreando olorosa grasa, las botas nuevas y sombrero de copa muy lustroso. En fin, estaba el hombre que parecía otro. "Qué deseos tenía de verla á usted... No me atrevía á venir... Pero doña Lupe me ha instado tanto para que venga, que al fin... No, no, no tema usted que Maxi descubra dónde usted está. Hay mucho cuidado de no decirle nada. Esté usted tranquila. Y eso que ahora, si viera usted, parece que ha recobrado la razón. Está juiciosísimo; habla de todo con tino, y no



hace ningún disparate. Por lo mismo, por lo mismo, no debe saber dónde está usted...„

. Fortunata estaba algo cohibida, pues á pesar de la convicción de que hacía gala con respecto á ciertas legitimidades, le daba vergüenza de no poder disimular ya su estado ante un amigo de la familia de su esposo. Se puso muy colorada cuando Segismundo le dijo esto: "Doña Lupe me ha dado un recadito para usted. Me ha encargado decirle si quiere que le avise á D. Francisco de Quevedo para cuando llegue... el nuevo... Es hombre que sabe su obligación, muy cuidadoso y muy hábil...

—No sé, verémos... lo pensaré... todavía... balbució ella cortadísima.

—¿Cómo todavía? Me ha dicho doña Lupe que será en Marzo. Estamos á 20 de Febrero. No, no se descuide usted... que á lo mejor podría versa sorprendida... Estas cosas deben prepararse.

X tomando una actitud galante, añadió: "Porque yo me intereso vivamente por usted en todas las circunstancias, en todas absolutamente. Soy el mismo Segismundo de siempre; y cuando usted necesite de un amigo leal y callado, acuérdese de Segismundo...„

La miraba sonriendo, y ella bajaba los ojos, elevando el tono casi hasta lo patético, saltó de repente con esto: "No me vuelvo atrás de nada de lo que he dicho á usted en otras ocasiones.„ Como ella no aparentase interesarse en este giro de la conversación, volvió Ballester á tomar el tono paternal de esta manera: "Me voy á tomar la libertad de hablar á Quevedo. Le diré que venga á ver á usted... Es persona de confianza, y ya sabe él que no tiene que decir una palabra [illegible] Fíese usted de mí, créame lo que yo le digo como si Evangelio.„

Lo que tenía á Fortunata sorprendida y maravillada era aquello que parecía interés que hacia ella mostraba la viuda de Jáuregui,

M.C.D.2020

M.C.D.2020

"Yo no sé lo que es, no lo dude usted, amiga mia; doña Lupe de unos días á esta parte, me ha preguntado como unas seis veces si la había visto á usted... "Yo no voy—me dijo;—pero hay que mirar algo por ella, y no abandonarla como á un perro." Por esto me decidí á venir, y ahora me alegro, porque veo que usted me ha recibido, y que continuarémos siendo buenos amigos. Quedamos en que vendrá Quevedo. No le faltará á usted nada. ¡Qué caramba! Hay que afrontar las situaciones, y... ¡Ah! ¡qué cabeza esta! ¿Pues no se me olvidaba lo mejor? (metiéndose la mano en el bolsillo). Doña Lupe me ha dado para usted este paquetito de dinero. Por fuera está escrita la cantidad: mil doscientos cincuenta y dos reales. Me corresponde á usted de réditos de mi dinero. Para concluir, siempre que se le ofrezca á usted alguna cosa, sea del orden que fuese, piensa usted un rato, y dice: "¿A quién acudiré yo? pues á Segismundo." Me manda usted un recadito. Aunque yo cuidaré de venir algún domingo ó los ratos que tenga libre, porque ahora, como estoy solo con Padilla, dispongo de muy poquito tiempo. Si pudiera, vendría mañana y tarde todos los días, contando con su permiso. Pero en este pícaro mundo, se llega hasta donde se puede, y el que va más allá del poder impulsado por el querer, cae y se revienta."

Repitió sus ofrecimientos y se fué, dejando á Fortunata la impresión de que no estaba tan sola como creía, y de que el tal Segismundo era, en medio de sus tonterías y extravagancias, un corazón bueno y leal. Mucho le extrañaba á la infelíz joven que Aurora no hubiera ido á verla, y sintió mucho que se le olvidara, durante la visita de Ballester, preguntar á éste por *las Santiegas*. Pero ya se lo preguntaría cuando volviese.

pero

la ministra

Sí; preparémonos, porque estas cosas unas veces se presentan bien y otras mal.

La ministra

por

ese tarambana de

arme

estrella."

se

generoso

Debe de ser lo que le

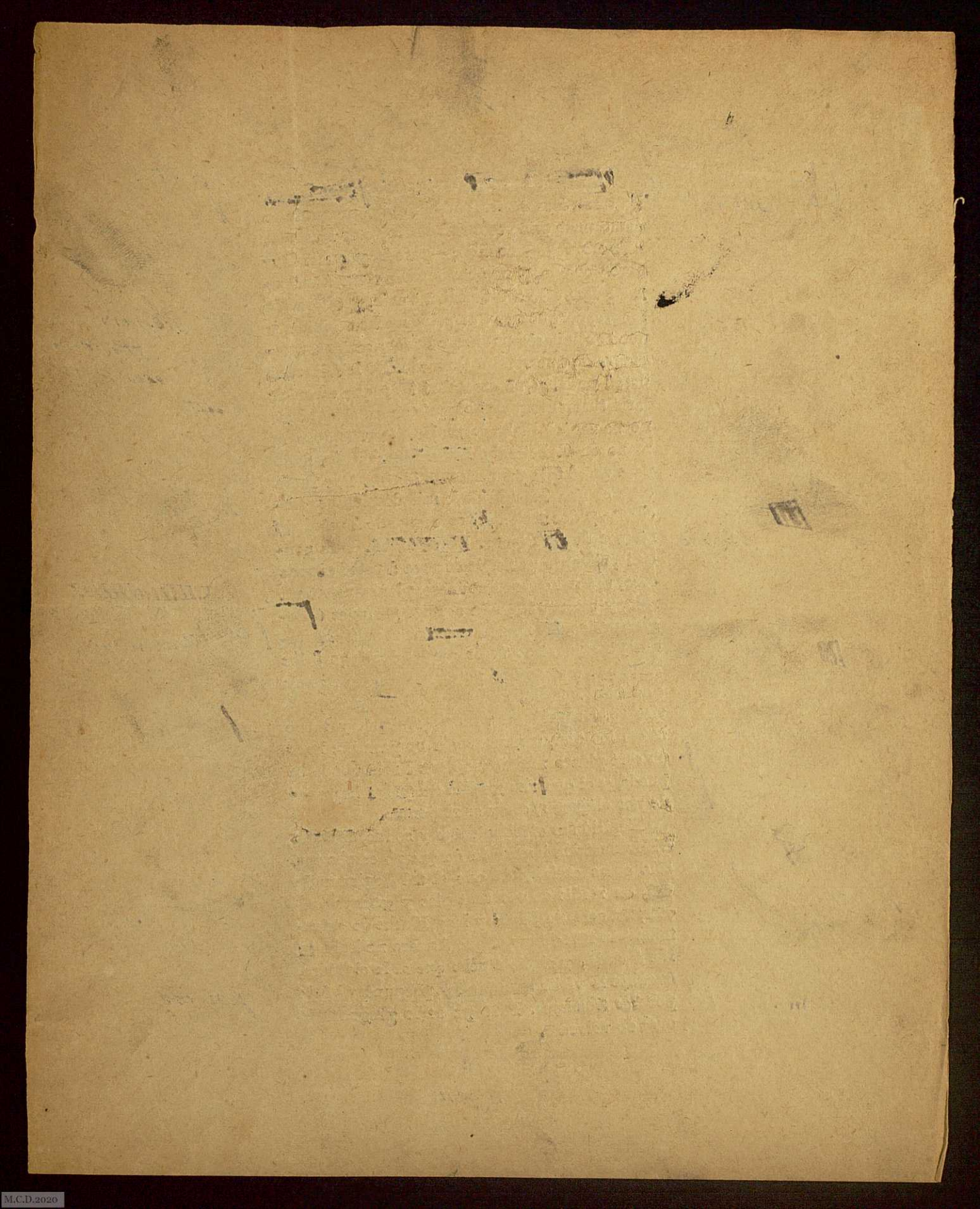
algun

Con

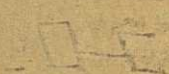
, ya mas allá del querer,

mani

del regente



Con el cambio de vida y domicilio, reanudó la señora de Rubín algunas relaciones de familia que estaban absolutamente quebrantadas, siendo de notar entre ellas la de José Izquierdo, que algunos días iba á comer y cenar con su hermana. Fortunata encontró á su tío transfigurado moralmente, con un reposo espiritual que nunca había visto en él, suelto de palabra, curado de su loca ambición y de aquel negro pesimismo que le hacía renegar de su suerte á cada instante. El bueno de *Platón* había encontrado el descanso de su vida vagabunda, y se había sentado en una piedra del camino, á la sombra de frondoso árbol cargado de fruta (valga la figura) sin que nadie le disputase el hartarse de ella. No existía por aquel entonces en Madrid un *modelo* mejor, y los pintores se lo disputaban. Izquierdo se veía acosado, solicitado, recibía esquelas y recados á toda hora, y [illegible] tener tres ó cuatro cuerpos para servir con ellos al arte. Ni había oficio en el mundo que más le cuadrase, porque aquello no era trabajar ¡qué demonio! era *retratarse*, y el que trabajaba era el pintor, poniendo en él sus cinco sentidos y mirándole como se mira á una novia. En aquellos días de Febrero del 76, cuando se puso á hablar con su hermana y sobrina de las muchas obras que traía entre manos, no acababa. En tal estudio hacía de *Padre Eterno*, en el momento de estar fabricando la luz; en otro de Rey D. Jaime, á caballo, entrando en Valencia. Allí de Nabucodonosor andando á cuatro patas; aquí de un *tío* que le llaman Eneas con su padre á cuestas. "Pero lo mejor que estamos haciendo ahora... y que lo estamos sacando muy bien..., es aquel paso de Hernán-Cortes cuando manda quemar las judías naves...„ Ganaba mi hombre todo lo que necesitaba, y estaba contento, y la sujeción del día, la compensaba con las largas sesiones que se



M.C.D.2020

dabá de noche en algún café, convidando á los amigos. A su sobrina le prestaba servicios, haciéndole cuantos recados eran compatibles con sus ocupaciones de modelo. Solía mandarla á casa de su costurera, ó se valía de él para hacer alguna compra. Más de una vez la mandó á la gran tienda de Samaniego por tela ó encajes para el ajuar que estaba haciendo; pero siempre le encargaba que no la descubriese allí, pues ya que Aurora no había ido á verla, lo que realmente era una grosería y una falta de consideración, no quería ella tampoco aparentar que solicitaba su amistad, pues si razones tenía la *Samaniega* para retraerse, también ella las tenía para no rebajarse. "A fina me ganará; pero á orgullosa no."

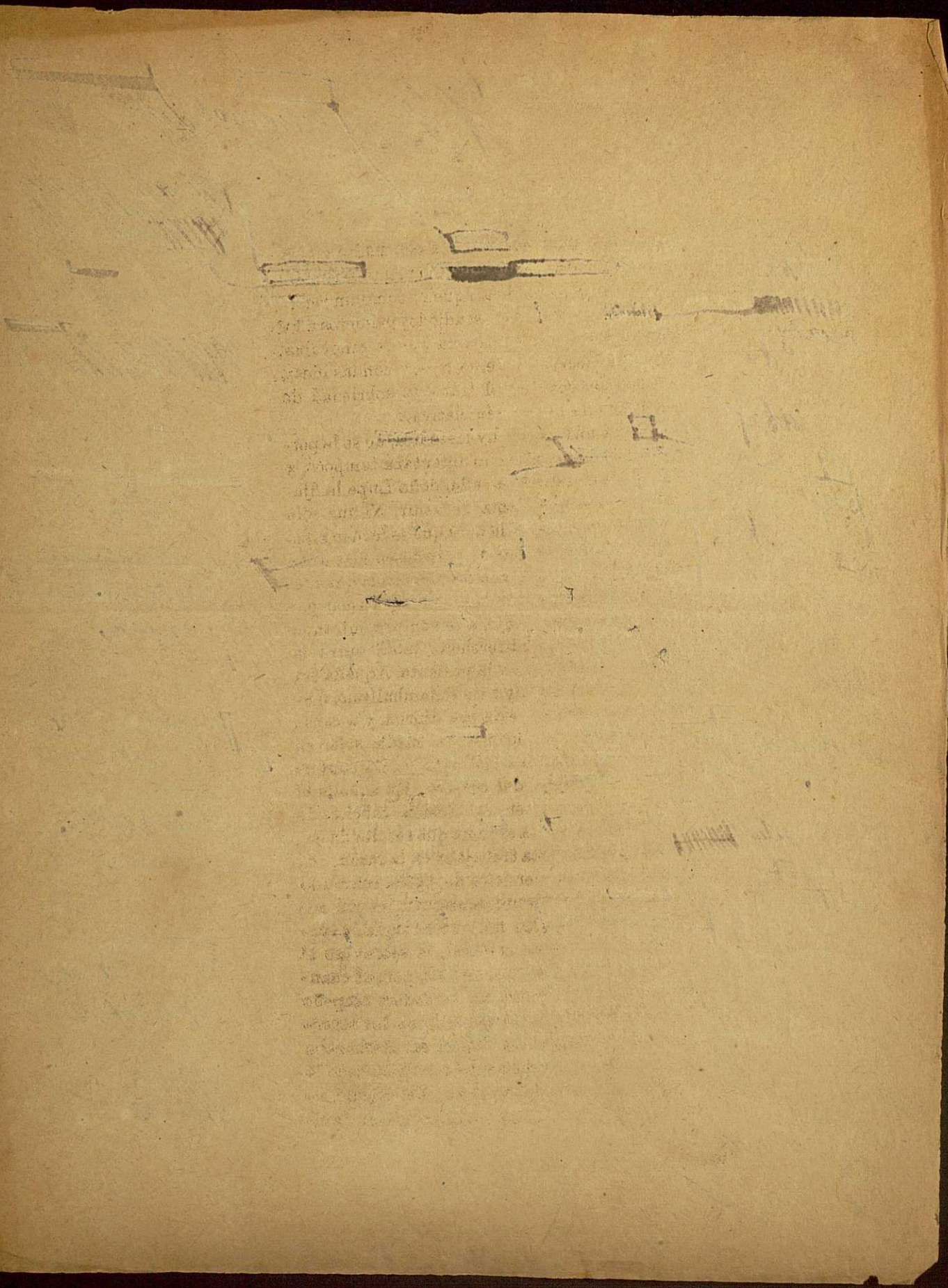
V

La razón de la sinrazón

I

La mejoría de Maximiliano continuaba, de lo cual coligieron su tía y su hermano que la separación matrimonial había sido un gran bien, pues sin duda la presencia y compañía de su mujer era lo que le trastornaba. Todo aquel invierno continuó el tratamiento de las duchas y el

Al principio, cuando no le sacaba á pasear Juan Pablo, le sacaba su misma tía, teniendo ocasión de notar lo bien concertados que eran sus juicios. Observaron, no obstante, que en el cerebro del joven se escondía un pensamiento relativo al paradero de su esposa, y temían que este pensamiento, aunque reducido á proporciones menudas por el renacimiento armónico de la vida cerebral, tuviera el mejor día fuerza expansiva bastante para volver á trastornar toda la máquina. Pero estos temores no se confirmaron. En Diciembre y Enero la mejoría fué tan notoria, que doña Lupe estaba pasmada y contentísima. En Febrero ya le permitieron



salir solo, pues no se metía con nadie y se le habían acentuado considerablemente la timidez y la docilidad. Era como un retroceso á la edad en que estudió los primeros años de su carrera, y aun parecía que se renovaban en él las ideas de aquellos días, y con las ideas, el encogimiento en el trato, la sobriedad de palabras y la falta de iniciativa.

Hacía una vida muy metódica; no se le permitía leer nada, ni él lo intentaba tampoco, y siempre que iba á la calle, doña Lupe le fijaba la hora á que había de volver. Ni una sola vez dejó de entrar á la hora que se le mandaba. Para que sus días se pareciesen más á los [illegible] único gusto era pasear por las calles sin rumbo fijo, á la ventura, mirando y pensando. Una diferencia había entre la deambulación pasada y la presente. Aquélla era nocturna y tenía algo de sonambulismo ó de ideación enfermiza; ésta era diurna, y á causa de las buenas condiciones del solar en que se [illegible], era más sana y más conforme con la higiene del cerebro. En aquélla el cerebro trabajaba en la ilusión fabricando mundos vanos con la espuma que resulta de batir las ideas; en ésta trabajaba en la razón, entreteniéndose en ejercicios de lógica, sentando principios y obteniendo consecuencias con admirable facilidad. En fin, que en aquella época su proceso cerebral, le sobrevino el *furor de la lógica*, y se dice esto así, porque cuando pensaba algo, ponía un verdadero empeño maniático en que fuera pensado en los términos de la más rigurosa dialéctica. Rechazaba de su mente con [illegible] todo lo que no fuera obra de la razón y del cálculo, no desmintiendo esto ni en las cosas más insignificantes.

Que al poco tiempo de sentir en sí este tío del razonamiento lógico lo aplicó al problema lógico de la ausencia de su mujer, no hay para qué decirlo. "Que vive, no tiene duda; este es un principio inconcuso que ni siquiera se discute. Ahora discutamos si está en Madrid ó fuera de Madrid. Si se hubiera ido á otra parte, alguna vez recibiría mi tía cartas suyas. Es así que jamás llega el cartero del exterior á casa y cuando va es para traer alguna carta de las hermanas de mi tío Jáuregui; luego... Pero propongamos que dirija las cartas á otra persona para que yo no me entere. Es inverosímil; pero propongámoslo. En tal caso, ¿qué persona sería ésta? En todo rigor de lógica no puede ser doña Casta, porque doña Casta no gusta de tales papeles. En todo rigor de lógica no tiene que ser Torquemada. Y Torquemada no es, porque anteayer, cuando entró en el gabinete de mi tía, yo, desde el pasillo, le oí preguntarle claramente si había sabido de la señorita... Luego Torquemada no es. Luego no siendo Torquemada, no hay intermediario de cartas; y no habiendo intermediario de cartas, no puede haber correspondencia; luego está en Madrid.„

Quedóse satisfecho, y después de entretenerse un rato á ver un escaparate de estampas, volvió á pegar la hebra. "Podría ponerse en duda que entre ella y mi tía haya comunicación, y en caso de que no la hubiera, el problema de su residencia seguiría muy oscuro; pero yo sostengo que hay. Si no, ¿qué significa el papelito de apuntes que sorprendí el otro día sobre la cómoda de mi tía, y en el cual, pasando rápidamente la vista, distinguí este renglón que decía: *Corresponden á Fortunata 1.25.2 reales?* Luego hay comunicación entre mi tía y ella, y como esta comunicación no es postal, resulta claro, como la luz del día, que reside en Madrid.„

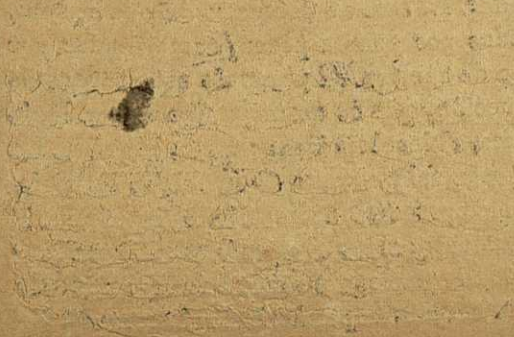
Largos ratos se pasaba en este ejercicio de la razón. A veces se decía: "Rechacemos todo lo fantástico. No admitamos nada que no se apoye en la lógica. ¿De qué vive? Vive honradamente. No aventuremos ningún juicio temerario. Podrá vivir honradamente y podrá vivir deshonradamente. Yo llegaré á descubrir la verdad, sí, descubriré la verdad, sin preguntar una palabra á nadie. Pues todos callan ante mí, yo callo ante todos. Veo, oigo y pienso. Así

M.C.D.2020

tira la verdad. ¡Qué hermosa es la verdad, mejor dicho, estos bordes del manto de la verdad que alcanzamos á ver en la tierra, porque el [illegible] del manto y la verdad misma no [illegible] donde lo podamos ver!... Dios mío, me asombro de lo cuerdo que estoy. La gente me mira con lástima como á un enfermo; pero yo, en mí, me recreo en lo sano de mis juicios. Dichoso el que piensa bien, que ese lo tiene todo.»

Entró en el café de *El Siglo*, donde creía encontrar á su hermano; pero Leopoldo Montes le dijo que habiendo aceptado Villalonga la Dirección de Beneficencia y Sanidad, había encargado á Juan Pablo un trabajo delicadísimo y muy enojoso... cosa de poner en claro unas cuentas de lazaretos, y me le tenía en la oficina de sol á sol. Allí le llevaban el café. No le venía mal á Juan Pablo que el director le encargase trabajos extraordinarios, pues esto significaba confianza, y tras la confianza vendría un ascenso. Hablaron de empleos y de política, diciendo Maximiliano cosas muy [illegible].

Refugio, la querida de Juan Pablo, estaba aquel invierno muy mal de ropa, y no iba al café de *El Siglo*, sino al de *Gallo*, porque le cogía cerca (la pareja moraba en la Concepción Jerónima), y además por la sociedad modesti[illegible] que frecuentaba aquel establecimiento permitía presentarse en él de trapillo ó con mantón y pañuelo á la cabeza. Agregábansele á Refugio algunas personas con quienes tenía amistad fácil y adventicia, de esas que se contraen por vecindad de casa ó de mesa de café. Era un portero de la Academia de la Historia con su esposa, y un cobrador municipal de puestos del mercado con la suya ó lo que fuese. Este matrimonio los domingos solía ir acompañado de toda la familia, compuesta de una abuela que había sido *víctima* del 2 de Mayo, y de siete chiquillos. El café se compone de dos crujías, separadas por gruesa pared, comunicadas por un arco de fábrica. A pesar de esta rareza de construcción, que le asemeja algo á una logia masónica, el local no tiene aspecto lúgubre. En la segunda sala, donde se instalaba Refugio, había siempre más animación campechana y confianzuda, y como el espacio es allí tan reducido, toda la parroquia venía á formar una sola tertulia. En ella imperaba Refugio como en un



M.C.D.2020

salón elegante en el cual fuera estrella de elocuencia. Dábase mucho [illegible], tomando aires de señora, alardeando de expresarse con agudeza y de decir gracias que los demás estaban en la obligación de reir. Sentábase siempre en un ángulo, que tenía, por la disposición del local, honores de presidencia. Cuando Maxi iba, su cuñada le hacía sentar á su lado y le mimaba y atendía mucho, con sentimientos compasivos y de protección familiar. Se permitía también tutearle y darle consejos higiénicos. Maxi se dejaba querer, y tomaba poca parte en la tertulia, como no fuera los silogismos que mentalmente hacía sobre todo lo que allí se hablaba. Una noche estaba el pobre chico tomándose su café, muy callado, en la misma mesa de Refugio, cuando acertó á ver en la próxima dos hombres, dos tipos, uno de los cuales no le era desconocido. Pensando, pensando, acertó al fin. Era Pepe Izquierdo, tío de su mujer, á quien sólo había visto una vez, que le encontraron en Fortunata, yendo de paseo por las Rondas, y ella se lo presentó. Como allí había tanta confianza, pronto se comunicaron los de una y otra mesa. Primero se hablaba de política, después de que la guerra se había acabado á fuerza de dinero, y como la política y las guerras se relacionan tanto con la Historia, se habló de la Revolución francesa, época funesta en que, según el cobrador municipal, habían sido guillotinadas muchas almas. Oir que se hablaba de Historia y no meter baza era imposible para Izquierdo. Desde que era modelo estaba fuerte en historia, sabía que Nabucodonosor era un Rey que comía hierba; que D. Jáime entró en Valencia á caballo, y que Hernán-Cortés era un tío muy templado que se entretenía en quemar barcos. Los disparates que aquel hombre dijo acerca de la Revolución francesa, hicieron reir mucho á todos, particularmente al portero de la Academia de la Historia, que echaba al concurso miradas desdeñosas, no queriendo aventurar una opinión, que habría sido lo mismo que echar margaritas á cerdos. Mas el compañero de [illegible], persona enteramente desco-

nocida para Maxi, debía ser una de las personas más eruditas que en aquel local se había visto nunca, y cuando rompió á hablar, se ganó la atención del auditorio. Tenía la cara granulosa y el pescuezo como el de un pavo, con una nuez muy grande, el pelo como un escobillón, y se expresaba en términos gárrulo lenguaje de su amigo: "Al Rey Luis XVI—dijo,—y á la Reina María Antonieta, les cortaron la cabeza, naturalmente, porque querían darle libertad al pueblo. Por eso hubo, naturalmente, aquel gran levantamiento, y todo lo variaron, hasta los nombres de los meses, señores, y hasta quisieron la vara de medir y pusieron el metro, y la religión también fué abolida, celebrándole las misas, naturalmente, á la diosa Razón.

Tanta sabiduría impresionó á Maxi, que al punto se desató á charlar con Ido del Sagrario, pues no era otro el erudito amigo de Izquierdo, y estuvieron poniendo comentarios á los trájicos sucesos del 93. "Porque mire usted, cuando el pueblo se desborda, los ciudadanos se ven indefensos, y francamente, naturalmente, buena es la libertad; pero primero es vivir. ¿Qué sucede? Que todos piden orden. Por consiguiente, de la misma sociedad se cienta de orden, sale el dictador, un hombre que trae una macana muy grande, y cuando empieza á funcionar la macana, todos la bendicen. Ó hay lógica ó no hay lógica. Vino, pues, Napoleón Bonaparte, y empezó á meter en cintura á aquella gente, y que lo hizo muy bien, y yo le aplaudo, sí señor, yo le aplaudo.

—Y yo también—dijo Maxi, con la mayor buena fé, observando que aquel hombre razonaba discretamente.

—¿Quiere esto decir que yo sea partidario de la tiranía?...—prosiguió Ido.—No señor. Me gusta la libertad; pero respetando... respetando á Juan, Pedro y Diego... y que cada uno piense como quiera; pero sin desmandarse, sin desmandarse, mirando siempre para la ley. Muchos creen que el ser liberal consiste en pegar gritos, insultar á los curas, no trabajar y decir

que muera la autoridad. No señor. ¿Qué se desprende de esto? Que cuando hay libertad mal entendida, los ricos se asustan, se van al extranjero y no se ve una peseta por ninguna parte. No corriendo el dinero, la plaza está mal, no se vende nada, y el bracero que tanto chillaba dando vivas á la libertad, no tiene que comer. Total, que yo digo siempre: "Lógica, liberales„ y de allí no me saca nadie.

"Este hombre tiene mucho talento—pensaba Maxi, apoyando con movimientos de cabeza la aseveración de aquel sujeto.

Y cuando al despedirse Ido le dió su nombre, agregando que era profesor de primeras letras en las escuelas católicas, Maxi discurrió que no estaba en armonía la humildad del empleo con el profundo saber y la destreza dialéctica que aquel individuo mostraba en la conversación.

Al siguiente día por la tarde, Maxi fué á *Gallo* y no halló, de las personas conocidas, más que el cobrador municipal y José Izquierdo. Este había dejado en la silla próxima un envoltorio. Mirólo Maxi con disimulo y vió que era algo como ropa ó calzado, cubierto con un pañuelo. Tan mal hecho estaba el atadijo, que al mover la silla se descubrió una bota elegante con caña color de café. Al verla Maxi, sintió como si le cayera una gota fría en el corazón. "Esa bota es de ella... ¡ay, de ella es!... La conozco, como conozco las mías. No la lleva á componer porque está casi nueva. La lleva de muestra para que le hagan otro par. Es muy presumida en cuestiones de calzado. Le gusta tener siempre tres ó cuatro pares en buen uso. ¿Y por qué no las lleva ella? Porque no sale. ¿Y por qué no sale? Porque está enferma.

II

Izquierdo se despidió de su amigo, y cogió el lío diciendo que tenía que ir á la calle del Arenal.

"Justo—discurrió Maxi sin decir una palabra.—Allí está su zapatero. Arenal 22... Lo que sabía yo por un procedimiento lógico, lo sé ahora por evidencia. Reside en Madrid. ¿Dónde? Podría averiguarlo, siguiendo á ese bárbaro. Pero no... Con la lógica y solo con la ló-

gica lo averiguaré. ¿Para qué quiero esta gran cordura que ahora tengo? Con mi cabeza me gobierno yo solo.

Después entró, en el Refugio y otras personas, estuvo muy comunicativo, discurriendo admirablemente sobre todo lo que se trató, que fué la insurrección de Cuba, el alza de la carne, lo que se debe hacer para escoger un bonito número en la lotería, la frecuencia con que se tiraba gente por el Viaducto de la calle de Segovia, el tranvía nuevo que se iba á poner y otras menudencias.

Un día de los primeros de Marzo, Maxi, al dirigirse al café, vió á Izquierdo en los soportales de la Casa-Panadería, y á punto que le saludaba, pasó y se detuvo el cobrador municipal. Este e Izquierdo cambiaron una palabra.

"En seguida voy al café—dijo Izquierdo mostrando varios paquetes á su amigo, que los miraba con curiosidad.—Voy á comprar esto: Varas de cinta... jabón... demonios, dátiles. Voy cargado como un santísimo burro.

Maximiliano siguió hacia el café, y observando que tomaba hacia la calle de Ciudad Rodrigo, miró su reloj.

—¡Dátiles!... Las golosinas la venden. Pero tan extraordinariamente—pensó el penetrando en el establecimiento, sin ver nada de lo que en él había.—Come dátiles... luego no está mala; los dátiles son muy indigestos. Y puesto que ella los come, la causa del no salir, no es enfermedad... luego es otra cosa... Veremos. Con la lógica llegaré á saberlo todo.

Y viendo entrar á Izquierdo, volvió á mirar su reloj. "Ha tardado doce minutos. Luego la casa está cerca... Doce minutos: pongamos cuatro para subir la escalera, dos para bajarla... Y está cansado el hombre, debe ser alta la escalera... La casa está cerca. La descubriremos por la lógica, nada de preguntas, porque no me lo dirían, ni seguir á este animal, porque eso no tendría mérito. El cálculo, el puro cálculo me revelará la verdad.

Izquierdo y el cobrador municipal le convidaron á unas copas; pero él no quiso aceptar, porque le repugnaba el aguardiente. Oyóles la conversación sin aparentar oirla, aunque nada interesante tenía para él, pues versó sobre si la Villa iba á suprimir tantas y cuantas mulas del ramo de jardines y paseos para repartirse la cebada entre los concejales. Después el recaudador sacó á relucir no sé qué asunto de familia, quejándose de las contínuas enfermedades de su mujer, de lo que Izquierdo tomó pié para decir unas cuantas barbaridades sobre las ventajas de no tener familia que mantener.

"Nosotros los viudos estamos como queremos —dijo volviéndose á Maxi y dándole un palmetazo en el hombro. Maxi hizo como que aprobaba la idea sonriendo, y para sí dió unas cuantas vueltas al manubrio de la lógica diciendo:

"Se te ha encargado que no descubras nada; se te ha dicho que tengas mucho cuidado con lo que hablas delante de mí, pedazo de bárbaro, y tú, como todos, te empeñas en meterme en la cabeza la idea de que estoy viudo. No cuentas con que mi cabeza es un prodigio de claridad y de raciocinio. A buena parte vienes. Verás cómo destruyo tus sofismas y mentiras. Verás lo que puede el cálculo de un cerebro lleno de luz... ¡Con que yo viudo! Embustero, ladrón... Y se creen estos idiotas que me lo trago. Lo mismo que mi tía, que me dijo ayer: "desde que *enviudaste*, pareces otro...„ Me conviene hacerles creer que me lo trago. Con mi lógica me las arreglo admirablemente y me río del mundo. ¡Qué hermosa es la lógica; pero qué hermosa! ¡Y qué hermosura tener la cabeza como la tengo ahora, libre de toda apreciación fantasmagórica, atenta á los hechos, nada más que á los hechos, para fundar en ellos un raciocinio sólido!... Pero vámonos á mi casa, que mi tía me espera.„

Tres días después de esto, al entrar en la botica, oyó que Ballester y Quevedo hablaban, y que al verle á él, se callaban súbitamente. Como había adquirido facilidad para la apreciación de los hechos, aquel se le reveló claramente. Segismundo y el comadrón hablaban de algo que no querían oyese Maximiliano. Pa di-

simular le preguntaron á él por su salud, y á poco dijo Quevedo al farmacéutico en tono muy bajo: "Preparé usted un poco de Basta con eso por ahora."

"Qué tal, ¿se pasea mucho, joven?—dijo el comadrón, volviendo hacia Maxi su cara de caimán, en la cual la sonrisa venía á ser como una expresión de ferocidad.—Vamos bien, vamos bien. Al fin podrá usted volver á sus ocupaciones ordinarias. Ya decía yo que en cuanto estuviera usted libre... por aquello de *muerto el perro se acabó la rabia*." Rubín contestó afirmativamente y con amabilidad. Después observó que Ballester sacaba de un cajón una cajita y se la daba al Sr. de Quevedo, diciéndole: "Llévela usted ; lo he hecho con el mayor esmero." El comadrón tomó la cajita y se fué.

A poco entró *doña Desdémona* preguntando por , y pudo observar que Ballester le hizo señas, llamándole la atención sobre la presencia de Maxi, pues la señora empezó diciendo: "¿Ha ido otra vez á la Cava?". Aquello se arregló y *doña Desdémona* invitóle á que la acompañase á su casa, lo que él hizo de bonísima gana, remolcándole del brazo por la escalera arriba. Conversando estuvieron largo rato, y la señora de Quevedo le enseñaba sus jaulas de pájaros, canarias en cría, un jilguero que sacaba agua del pozo y comía sacando el alpiste de una caja, con otras curiosidades ornitológicas de que tenía llena la casa. Esta parecía la plazuela de Santa Ana, y *doña Desdémona* tenía una mano particular para sacar pájaros al mundo y multiplicar todas las especies existentes. A la hora de comer entró Quevedo muy fatigado, diciendo: "No hay nada todavía...." Y como vió allí al sobrino de doña Lupe, no dijo más.

Cuando Maxi se retiró á su casa, iba desarrollando en su mente la más prodigiosa cadena de razonamientos que en aquellas cavidades se habían visto. "¿Ves como salió? Esto, que era una presunción, ahora es certeza. Lo que fulminó en mi cabeza como un resplandor siniestro del delirio, ahora clarea como luz central que ilumina todas las cosas. Vaya, hasta

poeta me estoy volviendo. Pero dejémonos de poesías; la inspiración poética es un estado insano. Lógica, lógica, y nada más que lógica. ¿Cómo lo ~~he~~ averiguado por ~~deducciones~~ lógicas, fundadas en datos é indicios reales, existió en mi ~~espíritu~~ como los rastros que deja el sueño ó como las ideas extravagantes de un delirio alcohólico? Porque esto no es nuevo para mí. Yo lo pensé, yo lo concebí envuelto en impresiones disparatadas y confundido con ideas enteramente absurdas. ¡Misterios del cerebro, desórdenes de ideación! Es que la inspiración poética precede siempre á la verdad, y antes de que la verdad aparezca, traída por la sana lógica, es revelada por la poesía, estado morboso... En fin, que yo lo adiviné, y ahora lo sé. La poesía se ~~ha~~ convertido en razón. ¡Qué claro lo veo ahora! Vive en la Cava, en la Cava, en la misma casa tal vez donde vivió antes. Se esconde para que no la vea nadie. El suceso se aproxima. La asiste Quevedo. Para ella ~~son las~~ píldoras ~~y~~ ¡Ah! ¡cómo me río de todos estos imbéciles que creen que me engañan!... ¡Engañarme á mí, que estoy ahora más cuerdo que ~~todos los cuerdos juntos~~! ¡Dios mío, qué talento tengo! ¡Qué manera de discurrir!... ¡Estoy asombrado de mí mismo, y compadezco á mi tía, á Ballester, á todos los que hacen delante de mí ~~mi~~ comedia ~~indigna~~, ~~cuando aquí el gran histrión soy yo y ellos los idiotas que se creen mi engaño~~. "Todavía no hay nada,„ fué lo que dijo Quevedo al volver de la Cava. Presunción equivocada, falsos síntomas. Luego la cosa está próxima. Ya viene mi cabeza anunciando desde hace tiempo que en Marzo sería el alumbramiento. Estamos en Marzo. Bien, no me falta más que averiguar la casa. Si me dejara llevar de la inspiración, aseguraría que es la misma casa aquella, la de los escalones de piedra; pero no procedamos con extricta lógica, y no aseguremos nada que no esté fundado en un dato real ~~y positivo de las cosas~~.

M.C.D.2020

Al día siguiente estuvo con su hermano en el café de *El Siglo*, y después en el de *Gallo* con Refugio. Era el 19 de Marzo, y los que se llamaban José convidaban á toda la tertulia. Ido del Sagrario se negaba á tomar copas, y su amigo Izquierdo, que bebía aguardiente como si fuera agua, se burlaba de la sobriedad del profesor de instrucción primaria, el cual aseguró haber *comido fuerte* y no hallarse muy bien del estómago. Poco á poco se iba desprendiendo el buen Ido de la masa de gente que formaba la tertulia, retirándose de silla en silla, hasta que Maxi le vió en la mesa más lejana, ensimismado, los codos sobre la mesa y la cabeza en las palmas de las manos. Fuese hacia él, movido de lástima, y le preguntó lo que tenía. "Amigo—le dijo Ido con voz cavernosa, mostrando su cara descompuesta,—¿ve usted cómo tiembla el párpado derecho? Pues es señal de que me estoy poniendo malo... pero no tiene usted idea de lo malo que me pongo.

—Vamos, D. José, eso no es (tratando de llevarle al grupo principal).

—Déjeme usted... Se ríen de mí, porque mucho... Tiempo hacía que no me daba esto; pero lo veo venir, lo veo venir... Ya, ya me entra, y no lo puedo remediar. Tendré que encerrarme, para que no se rían de mí. Porque me pongo perdido... Me pongo como si bebiera mucho aguardiente, y ya ve usted que no lo cato... no lo cato, créame usted ... Usted es el único que no se reirá de mí; usted comprende mi desgracia y me compadece.

—D. José... que se le quiten esas cosas de la cabeza—le dijo oficiando de hombre sesudo y razonable.

—¡Ah!... pues quíteme del campo de mi vida los hechos... el los hechos que ocasionan mi desgracia... (tocándole amigablemente el brazo). Porque somos esclavos de las acciones pre-

nas, y las nuestras no son [illegible] forma nuestra vida. Así es el mundo. De nada le vale á usted ser honrado, si la maldad de los demás le obliga á hacer una barbaridad.

—Eso es muy cierto. Qué bien discurre usted.

—¡Oh! la desgracia [illegible]... No, no somos dueños de nuestra vida. Estamos engranados en una maquinaria, y andamos conforme nos lleva la rueda de al lado. El hombre que hace el disparate de casarse, se engrana, se engrana, ¿me entiende usted?

—Entiendo, sí...

—Pues no me acuse usted si oye que he cometido un crimen (hablándole al oído), porque los que tenemos la desgracia de tener una mujer adúltera... los que tenemos esa desgracia, no podemos [illegible] de aquel mandamiento que dice: no matar. Creo que es el quinto.

—Sí, el quinto es—dijo Maxi, que sentía una corriente fría pasándole por el espinazo.

—Y aquí donde usted me ve... (echándose para atrás y expresándose siempre en voz muy baja), hoy mato yo...

Esto, aunque dicho muy quedamente, fué oído de Izquierdo, que rompió á reir y soltó esta andanada: "¡Pues no dice este judío *Dio* que hoy mata él... ¿En qué plaza, camaraita? [illegible]"

Las carcajadas atronaban el café, y [illegible] se acercó al grupo principal, diciendo con la mayor serenidad del mundo y en tono de benevolencia y compasión: "Señores, no burlarse del pobre D. José que no tiene la cabeza buena. Un trastorno de la cabeza es el mayor de los males, y no es cristiano tomar estas cosas á broma. Denme un poco de agua con aguardiente."

Se lo dieron; pero Ido no lo quiso tomar. Sentado, la cabeza entre los brazos cruzados sobre el mármol, y el [illegible] del establecimiento,

mirándole con sorna, le decía: "Aquí no se duermen monas. A dormirlas á la calle.„ Maxi trató de hacerle levantar la cabeza. [illegible] le decía: "D. José, á usted le convendría tomar duchas y también unas píldoritas de [illegible]. ¿Quiere que se las prepare? Es el tratamiento más eficáz para combatir eso... Si no lo dirá usted á mí, que durante una temporada he estado como usted...„

Y volviendo al grupo principal: "Nada, no quiere entrar en razón. Hay que dejarle. Eso le pasará. Pobrecito, me da mucha lástima. Le prometía yo á curarle radicalmente esos ataques, si se prestara á un régimen...„

De repente, D. José se levantó de su asiento y salió de estampida, entre la risa y chacota de toda la partida. Maxi quiso salir detrás; pero Refugio le tiró de los faldones y le hizo sentar á su lado: "Déjalo tú, ¿qué te importa?„ Y arreció el tumulto, por la entrada de otros Pepes y el amo del café, que también era [illegible] repartió [illegible] y copas con marrasquino. Algunos se empeñaron en que Maxi bebiese también; pero ni él quería, ni Refugio se lo hubiera permitido, atenta siempre á cuidar de su salud. Lo que hacía [illegible] era reir con la mayor buena fe todas las gracias que allí se decían, aun las más zafias y groseras, [illegible] de la estrepitosa alegría de aquella gente. Izquierdo, después de echar un brindis ridículo, que fué muy aplaudido, rebuznó mil disparates, y entonces fué cuando el cobrador municipal se dejó decir: "Esta noche, compadre, cuando suba usted á casa de su hermana, se cae como un barril, y bajará rodando por los escalones de piedra, pum, pum, y en cada peldaño un chichón, y estará usted mañana cómo *Decio*.„

III

Comió [illegible] aquella noche sosegadamente con su tía, contándole algo de lo que había visto y oído en el café, á lo que le respondió la

86

gran señora expresándole su deseo de que no fuese más á aquel establecimiento por estar muy lejos, y porque en él ~~no~~ encontraría ~~nunca más que~~ una sociedad ordinaria. El joven parecía conformarse con esta idea, y aseguró que no volvería más. Después fué con su tía á casa de ~~doña Casta~~, y mientras duró la tertulia, permaneció apartado de ella, ~~salvo algunas palabras que cruzó con doña Desdémona sobre el tratado de empollar~~ pájaros. Su mente trabajó en sí misma, durante la conversación ~~de los demás, desarrollando prodigios de lógica~~. "Es en la casa de los escalones de piedra. Ahora, hay que proceder con sigilo y decisión. Llegó la hora de castigar. ~~Si así no lo hiciera, la justicia habría huído del mundo. No tengo más remedio que matarla~~. El honor me lo pide. No soy un asesino, soy un juez. Aquel ~~grande~~ hombre lo decía: "Estamos engranados en la máquina, y la rueda ~~de al lado~~ es la que nos hace mover. Sus dientes empujan mis dientes, y ando."

Siempre

inculta y

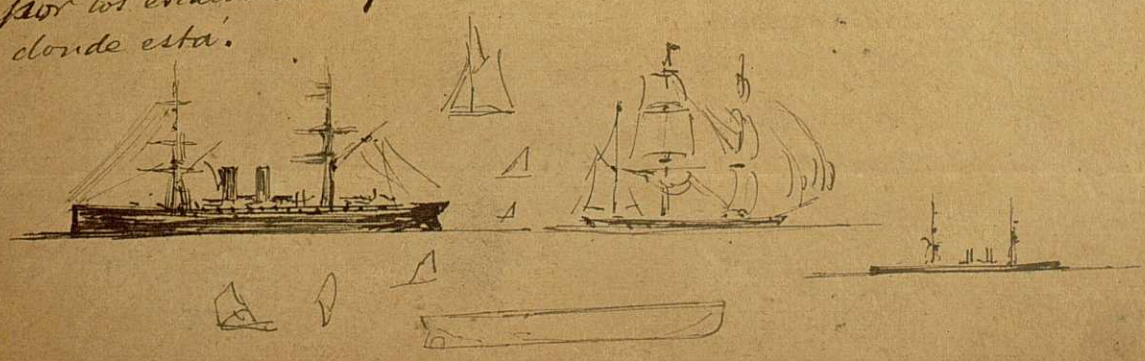
Samaniego

labrando y puliendo su idea.

desgraciado

próxima

Despues que echó aquel brindis estúpido, Izquierdo habló de subir á gatas á casa de su hermana, y de bajar rodando por los escalones de piedra.... Ya sé, pues donde está.



M.C.D.2020

¿Por que suspiras, hijo?—le preguntó su tía, ~~galante~~, observándole caviloso y suspirante.

Contestó evasivamente, y á poco se retiraron, no sin que *doña Desdémona* invitase al joven á pasar en su casa la mañana siguiente. Le enseñaría todos sus pájaros y le daría de almorzar. Aceptada esta fineza, Maxi se personó en casa de Quevedo desde las nueve, hora en que la señora aquella se hallaba en la plenitud de sus funciones, limpiando jaulas, revisando nidos, examinando huevos, y sosteniendo con este y el otro volátil ~~[illegible]~~ pláticas ~~[illegible]~~ cariñosas. Su obesidad no le impedía ser ágil y diligentísima en aquella faena. Gastaba una bata de color de almagre, y como su figura era ~~tan redonda~~, no parecía persona que anda, sino un enorme queso de bola que iba rodando por las habitaciones y pasillos. No tardó en asociar ~~á Maxi~~ á sus operaciones, enseñándole á distribuir el alpiste á toda la familia. Con algunos sostenía *Doña Desdémona* conversaciones maternales. ¿Qué dices tú, chiquitín de la casa?... gloria mía... A ver, tiene el niño mucha hambre... Ay que pico me abre ~~el niño~~..." Y los trinos ensordecían la casa. ~~[illegible]~~ Con verdadero ahinco, Maximiliano seguía ~~volteando~~ en su cabeza las ideas de la noche anterior. "La mataré á ella y me mataré después, porque en estos casos hay que poner el pleito en manos de Dios. La justicia humana no lo sabe fallar.

—Que mala es esta pájara—decía *doña Desdémona*,—¡no sabe usted lo mala que es! Ha matado ya tres maridos... y de los hijos no hace caso. Si no fuera por el macho, que es, ahí donde usted lo ve, toda una persona decente, los pobrecitos se morirían de hambre.

—Hay que perdonarla—replicó Maxi con humorismo,—porque no sabe lo que se hace... Y si ~~[illegible]~~ la fuera á condenar, ¿quién le tiraría la primera piedra?

—Vámos ahora á los perlos, que ya están alborotados.

—La lógica exige muerte—pensaba Rubín colgando cuidadosamente una jaula en que había muchos nidos.—Si no la mataba no cumpliría la ley sagrada de la razón. Por un señorito indecente si que la mato. Y por mucho que me despreciara la gente, no me despreciaría tanto como merezco.

La renovación del alpiste y del agua daba á aquellos infelices y graciosos seres aprisionados una alegría insensata; y poniéndose todos á piar y á cantar á un tiempo, no era posible que se entendieran las personas que entre ellos estaban. Doña Desdémona hablaba por señas. Maxi parecía contento, y hubiera vuelto á empezar todas las operaciones por puro entretenimiento. Cuando llegó la hora de almorzar, tenía ya muy buen apetito, y Quevedo y su esposa estuvieron muy amables con él, diciéndole que le agradecerían fuese todos los días, si tenía gusto en ello. Ya Quevedo no era celoso, y desde que su esposa se había redondeado hasta hacer la competencia á los quesos de Flandes, se curó el buen señor de sus murrias y no volvió á hacer el Otelo. Sin embargo, á ninguno que no fuera el pobre Rubín le habría permitido entrar libremente en la casa, porque en verdad, no le consideraba como un hombre, ni concedía que pellizcase la honra de ningún hogar donde penetrase.

Doña Lupe entró muy gozosa, diciendo:

¿Qué tal se ha portado el galán?

—Admirablemente, señora. Es lo más amable...—replicó doña Desdémona, y llevándola aparte, añadió:—Si está bueno y sano... Si viera usted qué contento y qué tranquilo... Nada, como la persona de más juicio.

—Yo creo—dijo doña Lupe—que si no está curado, le falta poco.—¿Y qué hay de eso?

—Esta mañana volvió Quevedo. Todavía nada... Esperando por momentos... Ella, con mucho miedo.

Algo más cotorrearon, pero no hace al caso. Doña Lupe se llevó á su sobrino al Monte de Piedad, y como aquel día las ventas fueron de muy poco interés, tornaron pronto á casa, después de comprar fresa y espárragos en un puesto de la calle de Atocha. En casa, la señora encargó á su sobrino que le hiciera unas cuentas algo complicadas, él las despachó con presteza y exactitud, sin equivocarse ni en un céntimo; y como su tía se [illegible] de aquel tino aritmético, [illegible] se echó á reir, diciéndole: "¿Pero usted qué se ha figurado? ¿Si tengo yo la cabeza como no la he tenido nunca? Si estoy tan cuerdo, que me sobra cordura para darla á muchos que por cuerdos pasan.

Hacía muchísimo tiempo que doña Lupe no había visto al chico tan despejado, con tanto reposo en el espíritu y en el ánimo tan dispuesto á la alegría, señales todas de reparación indudable.

"Si no dudo que estés bien. Cierto, que ya quisieran muchos. Yo me alegro infinito de verte así, y le pido á Dios que te conserve [illegible] estés ahora.

—Crea usted que seguiré lo mismo. Yo reconozco en mi cabeza una fuerza que nunca he tenido. Discurro admirablemente, y se lo voy á probar á usted ahora mismo. Se pasmará usted seguramente al ver que si han hecho ustedes conmigo, la he hecho yo con ustedes. Los que creían engañar son los engañados.

Doña Lupe empezó á alarmarse.

—Pues verá usted (continuando en la misma en que había hecho las cuentas y con el papel de ellas entre las manos). Cuando usted y mis hermanos quisieron hacerme creer que mi mujer se había muerto, yo aparenté tragármelo; pero bien sabía yo que vivía. Mi familia, Ballester y todas las personas á quienes conozco fuera de casa, [illegible] admirablemente su papel; y yo callado... haciéndome el tonto, mientras con la sola fuerza del cálculo, descubría la verdad.

Doña Lupe quedó tan parada, que no sabía qué decirle.

"Y vea usted cómo le pruebo que mi cabeza da quince y raya hoy á las cabezas mejor organizadas, incluso la de usted. Sin decir una palabra á nadie, sin preguntar nada á bicho viviente, y fundándome solo en algún indicio que iba pescando aquí y allí en alguna palabra que oía, sentando hechos y deduciendo consecuencias, he descubierto lo siguiente... todo con la pura lógica, tía, todo con la lógica. Atienda usted y asómbrese.

Estaba, en efecto, la viuda ilustre tan asombrada como quien ve visiones.

"Pues por el orden siguiente, he ido descubriendo estas verdades: Que Fortunata no se ha muerto, que está en Madrid, que vive cerca de la Plaza Mayor, que vive en la Cava de San Miguel, en la casa de los escalones de piedra, que está fuera de cuenta desde hace un mes, y que D. Francisco de Quevedo la asiste.

Doña Lupe no se atrevió á negar; tan abrumadoras eran las verdades que su sobrino manifestaba.

"Verás... Tú no debes ocuparte de eso... Ella vive, cierto es... pero no sé dónde. Y en cuanto al embarazo, es error tuyo y de tu maldita lógica, porque no hay nada de eso... ¡Vaya con la salida! Tu cabeza podrá estar buena; pero no lo parece.

—Si insiste usted, querida tía, en hacer comedias, creeré que quien ha perdido el juicio es usted. Yo afirmo lo que he dicho y tengo la evidencia de que es verdad. Mi lógica no me engaña ni puede engañarme. Con franqueza, ¿nota usted en mi algo que remotamente se parezca á falta de juicio?

Doña Lupe no supo qué responder.

"¿He dicho algún disparate?... ¿Se atreve usted á sostener que lo he dicho? Pues tomemos un coche y vamos á la Cava... ¡Ah! no quiere usted. Luego yo he dicho la verdad, y la que falta ahora á ella, sin duda con muy buen fin, es [illegible]. ¿Quién es ahora el cuerdo y quién no lo es?

—Pues repito que eso del [illegible] es un engaño—dijo doña Lupe llena de confusión.—Alguien ha querido darte un bromazo, que por cierto es de muy mal gusto.

—Yo le juro á usted que con nadie he hablado de este asunto, absolutamente con nadie. [illegible] es obra del puro cálculo de mi dialéctica manejada como la manejo yo ahora. Y ahora, por si usted duda todavía de que yo sea la cordura andando, le voy á dar á usted la última prueba de ello. ¿Cómo? Pues no volviendo á hablar de semejante asunto. Se acabó. Sigamos la vida ordinaria... No ha pasado nada, tía; hágase usted cuenta de que no ha habido nada. ¿No me dijo usted que tenía otra cuenta que arreglar? Venga; estoy pronto, con una cabeza que es un acero para todo lo que sea números, que son la pura esencia de la lógica.

Y se puso á trabajar en las operaciones aritméticas con tanta serenidad y un temple tan equilibrado, que doña Lupe salió de la estancia haciéndose cruces y diciendo que si lo que acababa de ver y oir se lo hubieran contado los cuatro Evangelistas no les habría dado crédito. Y siendo lo que refirió un prodigio de capacidad intelectual, la señora no las tenía todas consigo respecto á la cordura de su sobrino. Entráronle alarmas, como las de los peores días del desorden verdoso-espinal del chico, y se puso de un humor endiablado, no acertando á determinar si [illegible] era una [illegible] ó por el contrario, traería nuevas complicaciones.

Y no fué poca desgracia para Juan Pablo, que habiendo escogido aquel día para hacer á su tía la proposición de empréstito, le tocara encontrar á la capitalista dada á todos los demonios. Era el hombre de menos suerte que existía, pues nunca daba en el quid de la buena ocasión; lástima grande, porque el discurso que llevaba preparado para convencer á la señora era admirable, y una roca se ablandaría oyéndolo. Doña Lupe no le dejó pasar del exordio.

M.C.D.2020

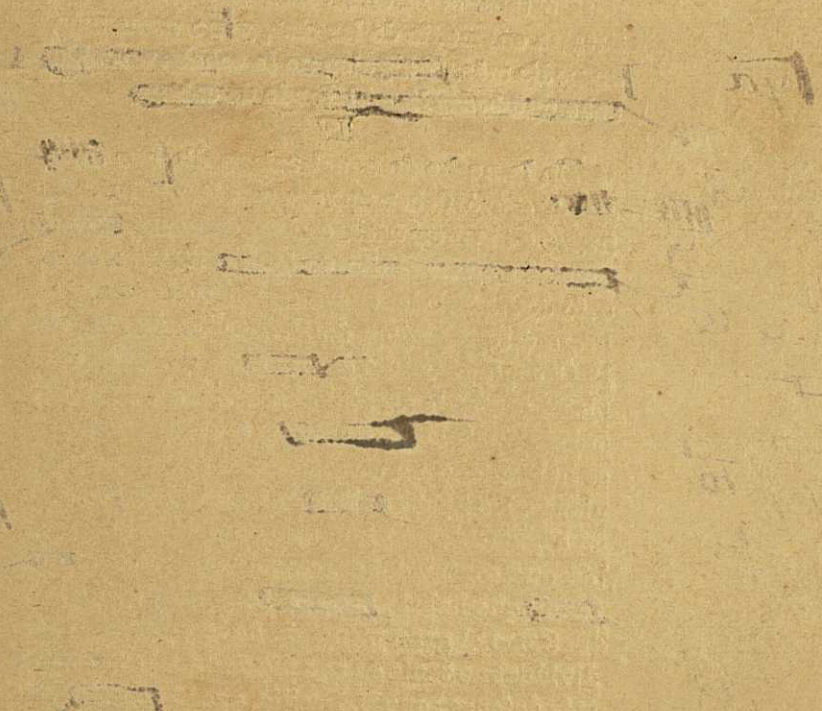
92

negándose absolutamente á contratar ninguna clase de [redacted] ni en las condiciones más usurarias. Total: que salió Juan Pablo de la casa renegando de su estrella, de su tía y de todo el género humano, revolviendo en su mente propósitos de venganza con proyectos de suicidio, pues estaba el infeliz como el náufrago que patalea en medio de las olas, y no podía más, no podía más. [redacted]

IV

En la noche de aquel aciago día que [redacted] creyó deber marcar con la piedra más negra que en su triste camino hubiera, [redacted] sostuvo en el café de *El Siglo* las teorías más disolventes. Con gran estupefacción de D. Basilio Andrés de la Caña, que volvió á [redacted] la tertulia, embistió contra la propiedad individual, haciendo creer al propio [redacted] y á otros tales, que se había dado un atracón de lecturas prudhonianas. No había [redacted] un solo libro, y toda su argumentación ingeniosa sacábala de la rabia que contra doña Lupe sentía, rencor [redacted] que habría [redacted] inspirar epopeyas.

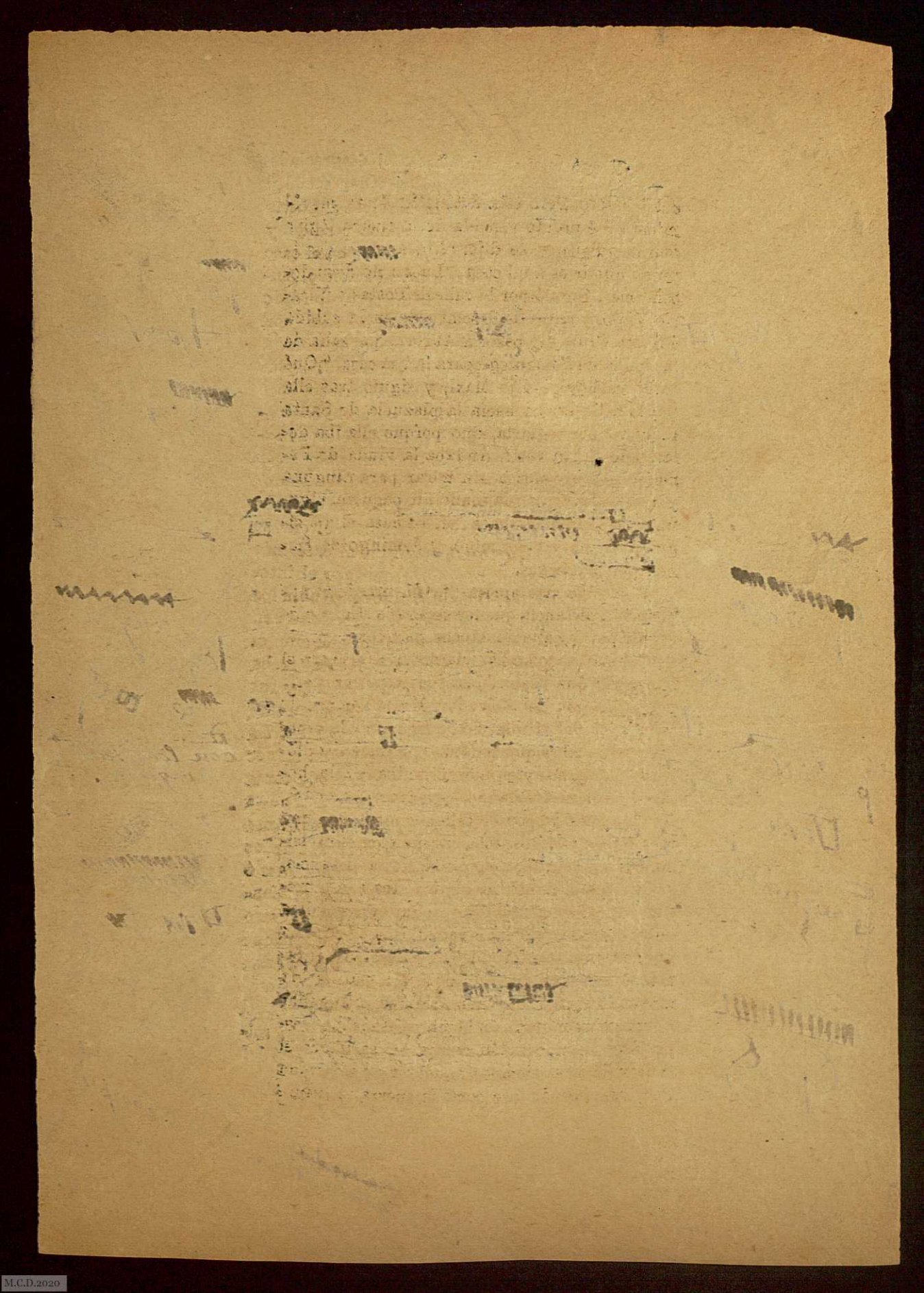
Como el gran principio de la propiedad individual no tenía en aquella desigual contienda más defensor que D. Basilio, quedó [redacted]. La mesa de mármol, en torno de la cual formaban animado círculo las caras de los combatientes, estaba á última hora llena de cadáveres, revueltas con las cucharillas, con los vasos que aún tenían heces de café y leche, con la ceniza de cigarro, los periódicos y los platillos de me-



M.C.D.2020

tal blanco, en los cuales la mano afanadora de D. Basilio no había dejado más que polvo de azúcar. Dichos cadáveres, horriblemente destrozados, eran la propiedad, todas las clases de propiedad posibles, el Estado, la Iglesia y cuantas instituciones de estos dos principios se derivan. Matrimonio, Ejército, Crédito público, etc... Con admiración de todos, Juan Pablo se lanzó á la defensa del amor libre, de las relaciones absolutamente espontáneas entre los sexos, y puso la patria potestad sobre la cabeza de la madre. Al Papa le deshizo, y la tiara quedó pateada bajo la mesa, con los pedazos de periódico, los salivazos y el palillo deshilachado de D. Basilio, quien al fin, en la confusión de la derrota, arrojó lejos de sí aquel marcador de sus argumentos. También andaba por el suelo la corona real, triturada por las suelas de las botas, y el cetro de toda autoridad corría la misma suerte. Las conteras de los bastones, golpeando con furia el sucio entarimado, remataban las víctimas que iban cayendo de la mesa, expirantes. ////// que Juan Pablo las estrujaba con los codos, después de acribillarlas con su dialéctica, y cuando cogía un lápiz y trazaba números con febril mano sobre el mármol, para probar que no debe haber presupuesto, parecía un Fouquier de Tinville firmando sentencias de muerte y mandando carne á la guillotina.

¿Y qué menos podía hacer el desgraciado Rubín que descargar contra el orden social y los poderes tradicionales la horrible angustia que llenaba su alma? Porque estaba perdido, y la cruel negativa de su tía le ponía en el caso de escoger entre la deshonra y el suicidio. Antes de ir al café había tenido un vivo altercado con Refugio, porque ésta quería que fuese con ella á *Gallo*, y el disgusto con su querida, á quien tenía cariño, le revolvió más la bilis. Sus amigos no podían con él; estaba furioso; poco faltaba para que insultase á los que le contradecían, y su numen paradógico se excitaba hasta un grado de inspiración que le hacía parecer un propagandista de la secta de los tembladores ó de los hermanos moravos. El que con más valor le contradecía, ¡parece increíble! era su hermano Maxi, que se quedó en el café más tiempo del acostumbrado, retenido por el interés de la polémica. Defendía el joven Rubín los principios fundamentales de toda sociedad con un ardor y una serena convicción que eran el asombro de cuantos le oían. No se alteraba como el otro, argumentaba con frialdad, y sus nervios, absolutamente calmados, dejaban allí á la razón que se desenvolvía muy bien. La suerte de Rubín mayor, fué que Rubín menor se marchó á las diez, pues doña Lupe le tenía prescrito que no entrase en casa después de esta hora, y por nada del mundo faltaba él á esta prescripción. Había vuelto á la docilidad de los tiempos que se podrían llamar *antediluvianos* ó que precedieron á la catástrofe de su casamiento. Dejando que su hermano se arreglase como pudiese con los demás discutidores, abandonó el café con ánimo de irse derechito á su casa. Atravesó un ángulo de la Plaza Mayor, desde la calle de Felipe III á la de la Sal, y en aquel ángulo no pudo menos de pararse un rato, mirando hacia las fachadas del lado occidental del



cuadrilátero. Pero esta atención de su movimiento fué pronto vencida de la fuerza lógica que le guiaba, y se dijo: "No; ahora á donde tengo que ir es á mi casa. Luego no debo detenerme." Siguió por la calle de Postas y Vicario Viejo, y antes de desembocar en la subida á Santa Cruz, vió pasar á Aurora, que salía de la tienda de Samaniego para ir á su casa. "¡Qué tarde va hoy!"—siguió tras ella por la calle arriba hacia la plazuela de Santa Cruz, no por seguirla, sino porque ella iba delante de él, sin verle. Andaba la viuda de Fenelón bastante aprisa, sin mirar para ninguna parte, y llevaba en la mano un paquete, alguna obra que quería hacer en su casa el día siguiente, que era domingo, y domingo de Ramos por más señas.

Como iba más aprisa que él, pronto se aumentó la distancia que les separaba. En vez de seguir por la calle de Atocha para tomar por la de Cañizares, como parecía natural (este era el itinerario que usaba Maxi), la joven se metió por el callejón del Salvador. En la sombra de la esquina del Ministerio de Ultramar la esperaba un hombre que la detuvo un instante: diéronse las manos y siguieron juntos. "Hola, hola—dijo Maxi acechando,—¿belenes tenemos?" Y viéndoles ir por el callejón adelante, una idea ó más bien sospecha encendió en él vivísima curiosidad. Siguiéndoles á cierta distancia, se cercioró al punto de lo que antes fuera presunción, y la certidumbre produjo en su alma una de las más violentas sacudidas que ninguna pudieran producirse. "Es él, ese infame... La espera, van juntos... y toman la vía más solitaria... Luego son amantes... ¡Engañar á una pobre mujer... un hombre casado!..." Precipitóse en su corazón con poderosa fuerza el rencor de otros tiempos, aquel rencor [illegible] concentrado y sutil que era como un virus ponzoñoso, tan pronto manifiesto como latente, y que al derramarse por todo su ser, producía tantos y tan distintos

aquel rencor, concentrado y sutil

que era como un virus ponzoñoso tan pronto manifiesto como latente, al derramarse derramaba por todo un ser, ~~manifestando~~ producía como el alcohol fenomenos cerebrales muy extraños

12 - 40
14 - 50
16 - 60
18 - 75

450
75
525

1150
24
460
210
2660
4103

4103 | 266
144 | 15
11

forma en calor, se presentaba bajo la apariencia de fenómenos cerebrales distintos. Al propio tiempo se desbordaba en el alma del desdichado joven un sentimiento quijotesco de la justicia, no tal como la producen las leyes y los hombres, sino tal como se ofrece á nuestro espíritu, directamente emanada de la sustancia divina. "Esto lo consiente y aun lo aplaude la sociedad... Luego es una sociedad que no tiene vergüenza. ¿Y qué defensa hay contra esto? En las leyes ninguna. ¡Ay, Dios mío, si tuviera aquí un revólver, ahora mismo, ahora mismo, sin titubear un instante, le pegaba un tiro por la espalda y le partía el corazón! No merece que se le mate por delante. ¡Traidor, miserable, ladrón de honras! ¡Y esa tonta que se deja engañar!... Pero ella no merece la muerte, sino la galera, sí señor, la galera...„

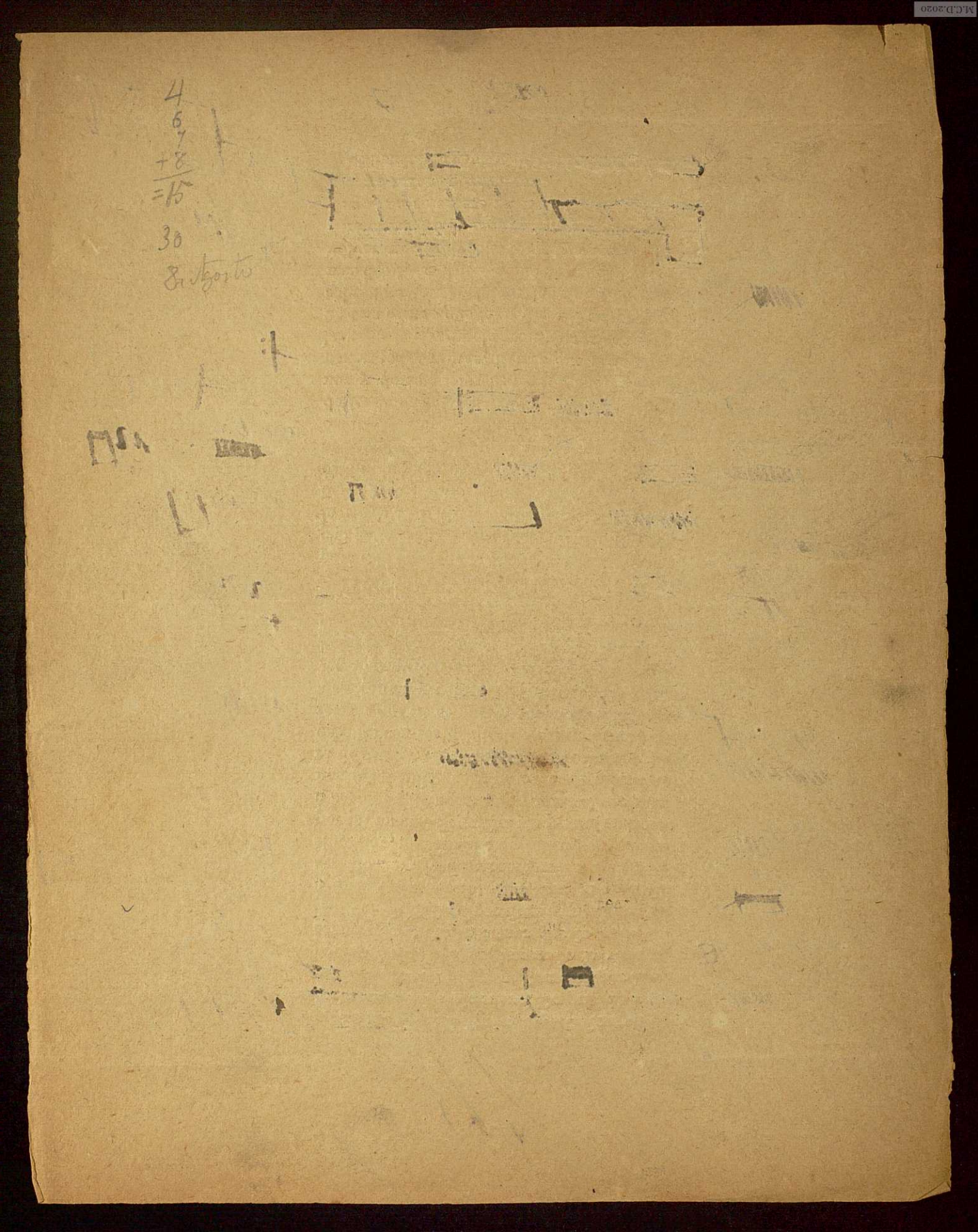
Al día siguiente del lastimoso lance ocurrido al extremo del paseo de Santa Engracia, cerca de Cuatro Caminos, no estuvo Maxi excitado y rencoroso aquella noche lo estuvo. En el tiempo transcurrido desde aquella noche aciaga de Noviembre, no había visto á su ofensor sino muy contadas veces, y siempre de lejos; nunca le había tenido así, tan á tiro... "¡Ay! ¿por qué no traigo un revólver?... Ahora mismo le dejaba seco. Si pasara por una armería, lo compraba... Pero si no tengo dinero. La tía no me da más que los dos reales para el café. Dios, ¡qué desesperación! Si me infundes la idea de la justicia, idea lógica, perfectamente lógica, ¿por qué no me das los medios de hacerla efectiva?... Verle expirar revolcándose en su sangre; no tenerle ninguna lástima... ¡Que no vea yo esto, Dios!... ¡Que no lo vea el mundo entero, porque el mundo entero se había de regocijar...!„

.....!

La pareja pasó á prisa, separándose un poco en la calle de Barrionuevo. Después de cruzar la Plaza del Progreso, tomaron por la calle de San Pedro Mártir, buscando la vía menos concurrida. "Van á tomar por la calle de la Cabeza—dijo Maxi, por donde no pasa un alma á estas horas.—¡Ah! [illegible], ladrón de honras, asesino... La justicia caerá sobre tí algún día, si no hoy, mañana. Lo que siento es que no sea por mi mano." Seguíales sin perderles de vista, á bastante distancia... Me duelen las contusiones que recibí aquella noche, como si las acabara de recibir... [illegible], cobarde, que te ensañas con los débiles de cuerpo, con los enfermos que no se pueden tener... A tí se te contesta con un revólver... ¡plaf! Y se te deja seco... Y yo me quedaría tan fresco si te pudiera dar lo que mereces... pero tan fresco y tan satisfecho como se queda todo el que ha hecho un bien muy grande, pero muy grande...

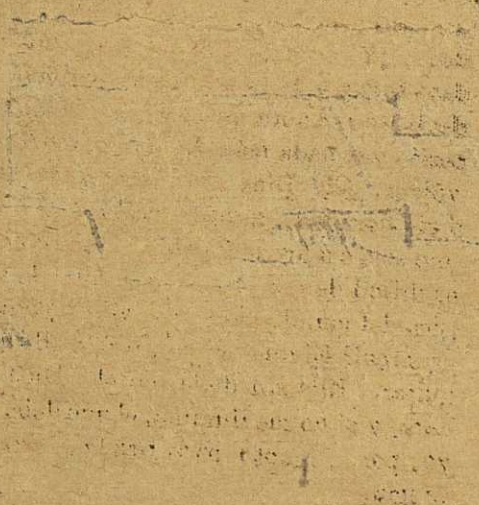
Al llegar á la calle del Ave María, Maxi se pasó á la acera de los impares y se puso en acecho en la esquina de la calle de San Simón, en la sombra. Detuviéronse: parecía decidido que no siguiese más. Era prudente esta indicación, y el [illegible] se despidió de ella apretándole la mano. Maxi le miró subir hacia la calle de la Magdalena, sintiendo deseos de írsele encima, gritando "[illegible] de mi honor y de todos los honores... ahora las vas á pagar todas juntas. Sentía que se le afilaban las uñas haciéndosele como garras de tigre. En un tris estuvo que Maxi diese el salto y cayese sobre la presa. La lógica le salvó. "Soy mucho más débil—se dijo,—y me destrozará... Un revólver, un revólver es lo que yo necesito. Venderé el reloj ó lo empeñaré, poniendo cuidado de que no se entere mi tía. Como quiera que sea, yo tendré el revólver.

Cuando el señorito de Santa Cruz y Aurora



[redacted] desaparecí[redacted] de [redacted] vista [redacted] penetró en su casa. Lo más particular [redacted] que la idea de su mujer se borró de su mente durante aquel suceso, ó quizás personificaba en Aurora la [redacted] deslealtad [redacted]. A solas en su cuarto, fué acometido de una duda horrible. Pero esto que me desvela ahora—se decía revolviéndose en el lecho,—¿es verdad, ó lo he soñado yo? Sé que entré, sé que caí en la cama, sé que dormí, y ahora me encuentro con esta impresión espantosa en mi cerebro. ¿Es verdad que les he visto al infame y á ella, ó lo he soñado? Que yo he tenido un sopor breve y profundo, es indudable... [redacted] estoy seguro de quién era [redacted]. ¿Era mi mujer, ó Aurora? Aurora sin duda, pues mi mujer no vive aquí... Pero ya voy creyendo que ha sido sueño... Sí; sueño ha sido... Aurora es honrada. Vaya con las cosas que sueña uno... Pero no, Dios [redacted], si lo ví, sí lo ví, sí lo estoy viendo todavía, y si tengo estampadas aquí las dos figuras... Esto es para volverse uno loco... ¡y [redacted]ia lástima, ahora que estoy tan cuerdo...!

Todo el día siguiente estuvo con la misma confusión en su mente. ¿Lo había visto, ó lo había soñado? [redacted] pero no pudo sacarle una palabra. ¿Si volveremos á las andadas?„ Pero lo poco que hablaba [redacted] El [redacted] Santo envióle con un recado á casa de [redacted], y después de estar allí un gran rato, oyendo tocar la pieza, notó que [redacted] hablaba muy vivamente con [redacted] Aurora.—"Vaya, hija, que hoy nos has dado un buen plantón. ¡Tres horas esperándote!... ¿A qué tienes tú que ir hoy al obrador, si hoy no se trabaja?... [redacted] mismo que el Domingo de Ramos... Toda la tarde en el obrador, y luego viene Pepe y me dice que ni has parecido



99

por allí ni ese es el camino. ¿En dónde estuviste? ¡En casa de las de Reoyos! ¿Y qué hacías tú tantas horas en casa de las de Reoyos? Tengo yo que averiguarlo...

Aurora se defendía con ingenio y tesón, como quien ~~al fin tiene la determinación de declararse~~ mayor de edad, ~~echando~~ á rodar la autoridad materna; pero no llegó el caso de hacerlo así. Maxi, aparentando poner sus cinco sentidos en la pieza que tocaba Olimpia, no perdía sílaba de aquel doméstico altercado. Gracias que la cuestión ocurrió cuando la niña tenía entre sus dedos el *andante cantabile molto expresivo*, que si llega á coincidir con el *allegro agitato*, ni Dios pesca una letra de lo que hija y madre hablaron. Durante el *presto con fuoco*, Maxi, se decía: "Parece mentira que dudara yo un instante de que lo que ví era la pura realidad... ¡Y lo creí sueño...! ¡qué imbécil!... Un dato tomado de la existencia positiva me lo ha ~~[illegible]~~. Ahora me basta con la lógica, ~~[illegible]~~ necesito ver ~~nada más~~. ~~Lo que necesito es un resolver~~. ¡Oh! Dios mío, ahora me asalta otra duda horrible... ~~¿quién mató á él ó á ella? ¿A~~ uno solo ó á los dos? ¡Ah!... este problema sí que es difícil de resolver, y necesito de toda la lógica del mundo para resolverlo. ¿Quién es más criminal? El que me la quitó, ó ella que se dejó quitar... Ella sin duda; no él... Dios me iluminará, y si no me ilumina, el que debe morir soy yo, por... inepto para resolver esta duda suprema.

Sabe que es y puede, cuando quiera,

ar

ponerlo si nace falta para evitar recorrer.

imiliano

quitado todas las dudas.

no

algo mas,.. y veré

¡Que leccion para mi mujer!

Si la mato no hay lección. La enseñanza es mas cristiana que la muerte, quizás mas cruel, y de seguro mas lógica... Que viva para que padezca y padeciendo aprenda... Pero á él debo matarle... ¡á él sí!"

Oyendo el estrepitoso final de la pieza, tuvo como un sopor de medio minuto, y volvió de él asaltado por esta idea que le sacudía: "No, matar no. Su maldad es necesaria para este gran escarmiento. La vida es lo que duele y lo que enseña... La muerte para los buenos... para los perversos, lógica, lógica.

Si la mato no hay leccion. La enseñanza es
mas ~~cruel~~ humana q la muerte, y mas
logica ~~mucho mas logica~~. ~~Pues si le~~ de
matar, a él... Pero si le mato... mato
~~al maestro, al que enseño~~ no habrá ven
Sadir. El

Apenas se había acabado la [illegible], entró doña Casta á decirle: "Maxi, la señora de Quevedo me ha llamado por la ventana del patio para decirme que le mande á usted subir un momento. Tiene que enviar un recado á Lupe.„ Subió el pobre chico, y *doña Desdémona* le hizo esperar un ratito, pues estaba ayudando á desnudarse [illegible] acaba de entrar, muy fatigado, pues le llamaron á las doce y hasta aquella hora no había podido volver á casa.

"Querido—le dijo ~~doña Desdémona~~, tocándole amistosamente en el hombro.—Hágame el favor de decirle á Lupe que la pájara mala sacó pollo esta mañana... un polluelo hermosísimo... con toda felicidad...„

Maxi se rascó una oreja, y sacando de su alma á los labios una sonrisa extraña, cuya significacion no pudo entender la señora de Quevedo, "la pájara mala—dijo con acento de niño mimoso,—enséñemela usted... y el pollo... enséñemelo también.

—No, no, ahora no—replicó *doña Desdémona* empujándole hacia la puerta.—Mañana los verá... Vaya, vaya ahora á decirle esto á su tía.

El interés con que doña Lupa esperaba noticias de la pájara mala y de si sacaba bien ó mal el pollo, no podrá ser comprendido sin tener en cuenta las grandes ideas que en aquellos días despuntaban en el caletre de la insigne señora. Su entendimiento conspicuo sugeriale determinaciones para todos los casos, y medios de armonizar los hechos con los principios en la medida de lo posible. Era su lema que debemos partir siempre de la realidad de las cosas, y sacrificar lo mejor á lo bueno, y lo bueno á lo posible. Esto lo había aprendido en la experiencia de los negocios, la cual se aplica con éxito á los asuntos morales del mismo modo que el ejercicio de las matemáticas y la agilidad gimnástica que dan al entendimiento

M.C.D.2020